

S. JUAN DE ÁVILA

Ya han florecido las granadas

LO MEJOR DE SU EPISTOLARIO

Selección y Presentación
Esaú de María Diaz Ramírez

(Contracubierta)

SAN JUAN DE AVILA fue, sin duda, el gran maestro de espiritualidad de su tiempo, de un tiempo que, en España, fue pródigo en grandes figuras en este campo.

De una forma u otra se relacionaron con él y de él se aconsejaron, S. Juan de Dios, S. Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús, S. Pedro de Alcántara, S. Juan de Ribera...

El influjo de JUAN DE AVILA sobrepasó su tiempo, podemos encontrar huellas de éste en numerosos autores de vida espiritual que bebieron de sus escritos: Luis de la Palma, Alonso Rodríguez, Pedro Ribadeneira, S. Francisco de Sales, S. Alfonso María de Ligorio, S. Antonio María Claret; los mismos fundadores de la escuela francesa de espiritualidad sacerdotal reconocieron explícitamente este influjo.

Estos escritos pueden ser también hoy fuente inagotable de sugerencias en los más variados aspectos de la espiritualidad y pensamiento cristianos.

Entre ellos, sus CARTAS, además de ofrecer la variedad y riqueza de su doctrina, destilan la belleza y espontaneidad de un estilo literario que convierten a su autor en un clásico de nuestras letras.

S. Juan de Avila

Ya han florecido las granadas

Lo mejor de su Epistolario Espiritual

Introducción por D. Rafael Torija,
obispo do Ciudad-Real

Selección y presentación
Esaú de María Díaz Ramírez

Ciudad Real
1983

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Ya han florecido las granadas es una selección de Cartas del Maestro San Juan de Ávila presentada con acierto por el sacerdote de la diócesis de Ciudad Real don Esaú de María Díaz Ramírez.

El tesoro que nos legó el gran Maestro de la vida espiritual nacido en nuestras tierras manchegas de Almodóvar del Campo, constituye una riqueza inconmensurable. Son tantos y tan profundos sus escritos... Tratados como el "Audi filia", memorándums para los concilios y los sínodos de su tiempo, discursos y sermones sobre la Eucaristía o el Sacerdocio, comentarios bíblicos, pláticas y conferencias espirituales a clérigos o religiosos, predicaciones sobre los misterios de la vida del Señor, o sobre el Espíritu Santo, exhortaciones con motivo de los distintos tiempos del Año litúrgico... y ese abundante epistolario*, reeditado en sucesivas épocas, que contiene precisas y preciosas orientaciones para tan distintas situaciones personales, familiares o sociales, como eran aquellas en las que se encontraban las personas a quienes dirige cada una de sus cartas. Éstas vinieron a ser para el Maestro, sobre todo en la época de su vida en la que ya no podía recorrer los caminos de La Mancha y Andalucía predicando de viva voz el Evangelio de Jesucristo, una nueva forma del anuncio del Evangelio. Una nueva forma de predicación y de dirección espiritual.*

Ciertamente merecen especial atención las Cartas *de San Juan de Ávila. Ya dijeron sus contemporáneos que las escribía "ex abundantia cordis". Fray Luis de Granada admira la gracia y la capacidad de Juan de Ávila que tan adecuadamente sabe responder a todas las necesidades de tantas personas, que desde tan diversas situaciones, acuden al Maestro buscando orientación. "En ellas, dice, consuela los tristes, anima los flacos, despierta los tibios, esfuerza los pusilánimes, socorre a los tentados,*

llora a los caídos, humilla a los que de sí presumen.” Obispos y sacerdotes, confesores y predicadores, religiosos y laicos, solteros y casados o viudos, jóvenes estudiantes y profesionales de diversos “oficios”, personas angustiadas en su espíritu o deseosas de avanzar por el camino de la perfección cristiana... desde todos los “estados” sociales acuden a Juan de Ávila, y a iodos él orienta con prudencia y con sabiduría evangélicas. ¡Qué gran Maestro y qué amable pastor!

Don Esaú ha seleccionado un precioso manojo de cartas cargadas de doctrina *teológica y espiritual. A simple vista su trabajo se presenta como algo sencillo. Y no diré yo que no lo sea. Pero es evidente que se trata de una idea feliz. Él ha sabido hacernos caer en la cuenta, de lo que significa, en la concepción de San Juan de Ávila —simplemente leyendo algunas de sus cartas—, el amor de Dios manifestado en Cristo hacia los hombres. Un amor que se nos revela como gratuito, como cercano a la persona a quien ama, pronto al perdón... Ha sabido asimismo indicamos, siguiendo la doctrina del Maestro, cómo tiene que ser la correspondencia del hombre: total. “No se contente con lo que padece, aunque sea mucho” —recomienda Juan de Ávila a una de sus destinatarios, “Porque si en el padecer ponemos tasa, en aquel punto la ponemos en el amor, y en éste no es razón que la haya, PUES LA TASA DE ÉL ES AMAR SIN TASA.” “No tiene tasa el amor.”*

Esta especie de “lectura dirigida” que consigue don Esaú con la selección de treinta y siete cartas, con la presentación en apartados homogéneos, con las breves, pero sabrosas introducciones a cada capítulo, con el relieve en que se sitúa algún pasaje que se estima central en cada carta y hasta con la transcripción y composición tipográfica de las cartas escogidas, es el resultado de un trabajo inteligente llevado a cabo con seriedad y rigor y que sin duda prestará un excelente servicio a cuantas personas deseen adentrarse en el conocimiento de la doctrina espiritual del Maestro Ávila.

Situaciones de espíritu muy similares a las que el Maestro Juan de Ávila ilumina en sus Cartas *con la luz proyectada desde el centro mismo de la revelación cristiana, es decir, desde el amor de Dios al hombre, manifestado de forma tan singular en Cristo Jesús, se viven a diario por infinidad de personas, también ahora en nuestra sociedad actual. El hombre, con sus interrogantes más profundos, con sus angustias y sus esperanzas, con sus dolores y sus gozos, sigue necesitando de la luz de Cristo, la ayuda de su gracia, el impulso de su amor. También al hombre de hoy*

hay que seguir repitiéndole lo de San Juan de Ávila: "entienda más en amar que en temblar". Las orientaciones de Juan de Ávila tienen valor para el problematizado hombre de este siglo nuestro.

Dios quiera que el trabajo, que con tanto cariño ha preparado, en medio de sus ocupaciones pastorales normales, nuestro sacerdote don Esaú, contribuya a hacernos a todos más fácil, mis cercano, más apetitoso el estudio asiduo de las obras del gran Maestro Juan de Ávila. A todos: sacerdotes, religiosos y seglares.

Ciudad Real, 1 de noviembre de 1982

† RAFAEL
Obispo Prior

PRESENTACIÓN

El libro que presento es sencillamente una selección de cartas de S. Juan de Ávila, realizada entre las más de 257 que hoy se conocen del santo, publicadas, por regla general, todas o en parte, bajo el título de Epistolario Espiritual, o simplemente Epistolario, y que, a su vez. no son más que una mínima muestra de las que el mismo escribió, probablemente varios millares, pues la correspondencia epistolar, junto con la predicación, fue una de sus principales actividades.

La selección está hecha, únicamente, entre las que podríamos llamar cartas doctrinales; con ser tan escasa en número —sólo 27 cartas—, es, según mi opinión, suficiente para que el lector se forme una idea del perfil completo de todo el Epistolario.

Las cartas se presentan ordenadas dentro de un esquema doctrinal, que no he querido imponer desde fuera, sino que viene sugerido por el con tenido de las cartas seleccionadas. Son elementos de este esquema: La división en apartados del libro, la breve introducción que presenta cada apartado, el titulo general de] mismo y los títulos particulares con que se encabe/a cada carta; junto al título de la carta se destaca un texto, tomado del cuerpo de la misma, y que es, en consecuencia, del santo.

Las cartas del Maestro Juan de Ávila se prestan, por su contenido, densa riqueza doctrinal, circunstancias en que fueron escritas..., a múltiples comentarios del más diverso tipo; se ha preferido, sin embargo, en esta ocasión, poner al lector en contacto directo con el pensamiento del santo, sin más orientación que la que pudiera nacer del esquema antes indicado.

Todas las cartas se publican íntegras, sin ninguna acotación, y el texto escogido para ellas, después de cotejar varias ediciones del Epistolario, es básicamente el presentado por D. Luis Sala Balust en el Tomo I de las Obras Completas del Bto. Maestro Juan de Ávila. Ed. BAC. 1952, por

considerarlo definitivo desde el punto de vista crítico, aunque he introducido algunas variaciones tanto en la puntuación como en la modernización de las palabras, pensando en los lectores a quien va dirigida esta selección.

En nota se indica, en cada carta, el título con que fue publicada en las primeras ediciones del Epistolario; es muy útil para localizar al destinatario, y, a veces, el contenido de la carta.

Ciudad Real, 1982

NOTA BIOGRÁFICA

S. Juan do Ávila nació en Almodóvar del Campo (Ciudad Real) el año 1499 (o 1500) y murió en Montilla (Córdoba) el 1569; 69 años, pues, de existencia dedicada, desde los 26 años, al ejercicio del ministerio sacerdotal, en tareas propias de un sacerdote diocesano; Juan de Ávila fue un sacer dote del clero secular.

Su formación se inició en su pueblo natal en el ambiente familiar cristiano en el que se desarrolló su infancia; sobre los 13 anos marchó a Sa ¡amanea a estudiar leyes, estudio que interrumpió a los cuatro anos, volviendo a su pueblo para vivir con sus padres entregado a una vida de oración y penitencia hasta que, en 1520, aconsejado por un religioso franciscano, marchó a la universidad de Alcalá donde cursó estudios teológicos, al final de los cuales, 1526, se ordenó de sacerdote. Cantó su primera misa en Almodóvar en memoria de sus padres que habían muerto, y tras dedicarse un año a la evangelización entre sus paisanos —después de deshacerse de todos sus bienes patrimoniales en beneficio de los pobres—, fue a Sevilla para marchar a América con el obispo de Tlascala.

En Sevilla, en la espera de realizar sus sueños misionales, cambió por completo el rumbo de su vida: El arzobispo de Sevilla D. Alonso Manrique, informado de la valía y santidad del joven sacerdote, le ordenó que se quedara en Sevilla; desde entonces el campo de la actividad de Juan sería Andalucía y el sobrenombre con que pasaría a la posteridad el de Apóstol de Andalucía,

El apostolado de Juan de Ávila se abre en múltiples facetas difíciles de resumir en una escueta nota biográfica; más difícil aún perfilar la figura humana y sacerdotal del apóstol que la llevó a cabo.

Pienso que la mejor caracterización de Juan de Ávila es aquella que lo presenta como un fiel discípulo de Jesucristo, al que quiso imitar y se-

guir con una imitación y seguimiento hasta literal: Pobre como Él, no quiso nunca atarse a nada que le impidiera anunciar un evangelio en puridad, rehusó varios obispados y el cardenalato, corrigió con valentía a personas de todos los estamentos sociales, gozó de la libertad que nace del desprendimiento de las riquezas y de todo poder estructurado; perseguido como Cristo, fue procesado por la Inquisición pasando un año entero en sus cárceles; entregado en cuerpo y alma a la tarea de predicar el evangelio al pueblo; preocupado únicamente de cumplir la voluntad de Dios, esta será una constante de su vida como lo fue en Jesús; maestro rodeado de una corona de discípulos, el Maestro Juan de Ávila; enemigo de entrometerse en la realización de tareas meramente temporales...

Con este talante de discípulo de Cristo, y éste crucificado, Juan de Ávila cumple una variada tarea. La primera de ellas la predicación. Juan es un predicador; predicando se recorre múltiples ciudades, pueblos y villas de Andalucía y en sus misiones llega a Extremadura y parte de la Mancha: Córdoba, Baeza, Jerez. Sevilla, Montilla, Zafra, Fregenal de la Sierra, Granada, Priego... Cuando predicaba Juan de Ávila la gente acudía a coger sitio a la Iglesia desde las primeras horas de la madrugada; la fuerza de su predicación se fundaba en la oración, larga oración frente a Jesús Crucificado, para estar «bien templado», mortificación, estudio y ejemplo de vida. El contenido es siempre profundo, fundado en la enseñanza de la Iglesia y en la Sagrada Escritura, con una exposición clara, natural, llena de vibración que expresaba la íntima convicción de lo que predicaba. A través de esta predicación logrará ruidosas conversiones.

Al lado de esta tarea, la fundación de colegios o centros de formación y estudio; era éste un objetivo por el que lucha constantemente de forma que por todas las ciudades donde pasaba procuraba dejar alguno, no siempre lo conseguía, pero así y todo fundó tres Colegios Mayores o Universidades (Baeza, Jerez y Córdoba), 11 Colegios menores y el Colegio de Alcalá, además de varios convictorios sacerdotales; porque la formación de clérigos y sacerdotes es otra de sus características definitorias; vivió rodeado de discípulos a los que infundía sus enseñanzas y espíritu evangélico; no fue ajena a su intención la fundación de una «orden» de sacerdotes dedicados a la predicación, enseñanza del catecismo, dirección espiritual; el santo vio realizados sus sueños por otro contemporáneo suyo S. Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, a la que en caminó a muchos de sus discípulos.

La dura tarea misionera que Juan se impuso en la predicación hizo que su salud se resintiera, por lo que los últimos 15 años de su vida los pasó en Montilla, dedicado a la predicación, pláticas a los sacerdotes, dirección espiritual, y a escribir, siendo esta de escritor, otra de sus facetas apostólicas. En Montilla realizó la edición definitiva del «Audi fillia», libro que puede ser considerado como el primer tratado de perfección cristiana para todo fiel, escrito en lengua vulgar, sus sermones, cartas, los Memoriales al Concilio de Trento, las Advertencias al Concilio de Toledo y otras obras menores. A través de ellas Juan se convierte en el maestro de vida espiritual de su tiempo. De una forma u otra se relacionaron con el y do él se aconsejaron, S. Juan de Dios, Santa Teresa, S. Ignacio, S. Francisco de Mor ja, S. Pedro de Alcántara, S. Juan de Ribera por no citar a otros muchos como Fr. Luis de Granada, obispos, sacerdotes y religiosos que bebieron de sus enseñanzas.

El influjo de Juan de Ávila sobrepasó su tiempo, podemos encontrar las huellas dé este influjo en numerosos autores de vida espiritual: Luis de la Palma, Alonso Rodríguez, Pedro Ribadeneira, Diego de la Estella, Francisco de Sales, S. Alfonso María de Ligorio, S. Antonio María Claret; los mismos fundadores de la escuela francesa de espiritualidad sacerdotal lo reconocieron.

El 10 de mayo de 1560 moría Juan de Ávila en Montilla; al enterarse Santa Teresa de su muerte, cuentan, que se puso a llorar: «Lloro, dijo, porque pierde la Iglesia de Dios una gran columna». El día 4 de abril León XIII lo beatificó. Pío XII lo declaró Patrono del Clero secular español, Pablo VI lo canonizó y en la actualidad se trabaja para que sea reconocido como Doctor de la Iglesia Universal.

I. — EL AMOR DE DIOS SE HA MANIFESTADO EN CRISTO

«Dios te ama», dice frecuentemente el Maestro Ávila, a los destinatarios de sus cartas; y como prueba de esta afirmación —casi la única, y a él le basta—, JESUCRISTO: El amor de Dios a los hombres se ha manifestado en Cristo.

Todos los acontecimientos de la vida de Jesús podrían ser utilizados para esta prueba, de hecho S. Juan de Ávila recurre a los más variados de ellos, en mayor o menor medida, a través de todo su epistolario.

Pero son el Nacimiento y la Muerte del Señor los dos momentos privilegiados de esta vida, por ello el santo los tiene más a menudo presentes. Las dos cartas seleccionadas en este apartado, dan testimonio de ello.

a) Y fue hecho Dios a nuestra imagen y semejanza. (Carta n.º 1)

b) Puesto en alto atrajo todas las cosas a sí. (Carta n.º 2)

I. — EL AMOR DE DIOS SE HA MANIFESTADO EN CRISTO

CARTA N.º 1[1]

A) Y FUE HECHO DIOS A NUESTRA IMAGEN Y SEMEJANZA.

> «¿Puede haber cosa más tierna que la que es herida con la mirada de solo un ojo? ¿Puede ser cosa más flaca que la que es atacada con un solo cabello?

¡Cuán ocupada estará vuestra merced en este santo tiempo en aparejar posada al huésped que le ha de venir! Paréceme que la veo so

lícita como Marta y sosegada como Magdalena, para con los servicios exteriores e interiores servir al que viene, pues de uno y de otro es digno el Señor.

¡Oh bienaventurado tiempo en que se nos representa la venida de Dios en carne a morar entre nosotros, para *alumbrar nuestras tinieblas y encaminar nuestros pies en la carrera de la paz* ([2]), y, haciéndonos hermanos suyos, gozar de una herencia con Él!

No sin causa vuestra merced desea su venida y le apareja su corazón por morada; porque este Señor deseado fue antes que viniese, y el pro feta le llama el *Deseado de todas las gentes* ([3]); y a ninguno se da si primero no lo desea. *El deseo de los pobres oye Dios* ([4]), porque tiene sus orejas puestas en el suspiro del corazón que otra cosa no desea sino a Él; y a este tal viene y no se le niega, según lo dice en los Cantares:

[1] «A una señora en tiempo de Adviento».
[2] Cf. Lc. 1,79.
[3] Ag. 2,8.
[4] Ps. 10,17.

¡Heriste mi corazón, hermana mía, esposa, heriste mi corazón con uno de tus ojos y con un cabello de tu cabeza! ([5]).

¿Puede ser cosa más tierna que la que es herida con la mirada de sólo un ojo?

¿Puede ser cosa más flaca que la que es atada con un solo cabello?

¿Dónde están los que dicen que Dios es difícil de alcanzar?

Querellémonos, señora, de nosotros, que, por querer mirar a muchas partes, no ponemos la vista en Dios y no queremos cerrar el ojo que mira a las criaturas, para con todo nuestro pensamiento mirar a sólo el Señor. Cierra el ballestero el un ojo para mejor ver con el otro, para acertar al blanco, ¿y no cerraremos nosotros toda la vista de lo que nos daña, para mejor acertar a cazar y herir al Señor?

Coja y recoja su amor y asiéntelo en Dios quien quisiere alcanzar a Dios. Que, como Dios sea amor, de sólo amor se deja cazar, y no tiene que ver con los que no le aman. Y si *dicen que le conocen,* como le deben conocer, *no dicen verdad,* como dice San Juan ([6]). Y este que con amor es herido, con un cabello es atado; por que lo que amor prende, el pensamiento recogido y atento lo conserva que no se pierda.

Y para que se diese más confianza a los hombres que podían alcanzar a Dios, y que no huye de ellos, se hace uno de ellos y se pone en brazos de una doncella, teniendo Él fajados los suyos, sin poder huir del hombre que buscarle quiere.

¡Oh celestial pan, salido del seno del Padre y puesto en la plaza de este mundo, convidando contigo mismo a cuantos te quisieren comer y gozar! ¿Y quien es aquel que puede sufrirse de no ir a ti y tomarte, pues por la sola hambre te das? ¿Y pide más, sino que suspire el alma por ti y. confesando sus pecados, te quieran y te reciban?

Grande miseria es la de aquellos que, viniéndoseles el pan a su casa, ellos se quieren más morir de hambre que no abajarse y tomarlo. ¡Oh pereza, y cuánto mal haces! ¡Oh ceguedad, y qué bienes pierdes! ¡Oh sueño, y cuántos bienes nos quitas! Pues estando prometido que *iodo el que busca*

[5] Cant. 4,9.
[6] Cf. 1 Jo. 2,4.

halla, y el que pide le darán, y al que llaman que le abrirán ([7]), está claro que, si mal nos va, por nuestra negligencia es. Pues, ¿cómo, señora, ha de pasar esto así? Habiendo Dios venido a curarnos, ¿liémonos de quedar enfermos? Estando a la puerta de nuestro corazón llamando y diciendo: *Ábreme, amiga mía, esposa mía* ([8]), ¿dejarle hemos estar llamando, envueltos en nuestras vanidades y no salirle a abrir?

> Alma mía, ven acá y dime, de parte de Dios te lo pido,
> ¿qué es aquello que te detiene de no ir toda y con todas tus fuerzas tras Dios?
> ¿Qué amas, si a este tu Esposo no
> amas?
> ¿Y por qué no amas mucho a quien mucho te amó?
> No tuvo Él otros negocios en la tierra sino entender en amarte y buscar tu provecho, aun con su daño;
> ¿qué tienes tú que ver en la tierra, sino tratar amores con el Rey del cielo?
> ¿No ves que se ha de acabar todo esto que ves, que oyes, que tocas, que gustas, que tratas?
> ¿No ves que es todo esto tela de arañas, que no te puede vestir ni defender del frío?
> ¿Adonde estás cuando en Jesucristo no estás?
> ¿Qué piensas?
> ¿Qué estimas?
> ¿Qué buscas fuera del único y cumplido bien?

Levantémonos, señora, ya, y rompamos este mal sueño. Despertémonos que es de día, pues que Jesucristo, que es luz, ya ha venido; y hagamos obras de día, pues algún tiempo hicimos obras de noche. ¡Oh si tanto nos amargase el tiempo que a Dios no conocimos que nos fuese grandes espuelas para ahora con grandes ansias correr tras Él! ¡Oh si corriésemos! ¡Oh si volásemos! ¡Oh si ardiésemos y nos transformásemos! ¿Qué hace, señora, la criatura, pues ve a su Creador hecho hombre solamente por amor?

> ¿Quién nunca oyó amor como éste, que amando uno a otro, se tornase él?

---

[7] Mt. 7,7.
[8] Cant. 5,2.

Amónos Dios cuando nos hizo a su *semejanza,* más mucho mayor obra es hacerse Él a imagen del hombre.

Abájase a nos para llevarnos consigo, hácese hombre para hacernos dioses, y desciende del cielo para llevarnos allá, y, en fin, murió para darnos vida.

¡Que entre estas cosas esté yo durmiendo y sin agradecimiento a tan gran de amor!

Alumbra mis ojos para que no duerman en tal muerte ([9]); y tú que hiciste la merced, danos el sentimiento de ella, que, de otra manera, el mayor bien se tornará mayor mal. Abre, Señor, mis ojos para que te consideren descender del seno del Padre y entrar en el de la Virgen Madre, y agradeciéndotelo mucho, humílleme yo por ti. Véate yo en un pesebre por cama, llorando por frío y fatigado con pobreza y aprenda yo a desechar regalo por ti. Suenen tus lágrimas en mis orejas, para que se ablande mi alma y se te dé como cera a todo lo que tú quisieres. Y no permitas tú que llore Dios y no lo sienta el hombre; que no sé de cual de estas dos cosas me maravillaría más. Sella, Señor, en mi alma tus palabras, para que yo no peque contra ti. Recójase en mi corazón la sangre que por mí derramaste, y todo tú seas mi amor, porque quedes contento de cuantos trabajos pasaste por mí. A mí buscaste, por mí lo has, por mí son todas tus justas ([10]), libreas ([11]) y gastos; no me vea yo ser de otro, pues tan bien me mereces tú.

Ea, señora, aparéjese esas entrañas, que viene Dios a nacer y no tiene casa ni cama; téngalas muy encendidas de amor, porque el Niño ha mucho frío. Y si las tiene tibias, con el frío del Niño las calentará; porque mientras más frío padece por vos, más amor enseña tenernos, y donde más amado me veo, allí debo más amor. De frío padece, mas del mucho amor que tiene, no sufre ropa, que desnudo nace y desnudo lo ponen en la cruz; porque al nacer y al morir nos enseñó mayor exceso de amor.

Apareje, señora, cuna para dormirlo, que es sosiego de contemplación. Y mire que lo trate y cure ([12]) bien, que es Hijo de alto Rey; Hijo es de virgen y en virginales corazones reposa de buena gana; porque la carne que Él come, carne muerta y crucificada es. Y porque tiene muchos parien-

---

[9] Ps. 12,4.
[10] Peleas.
[11] Regalos.
[12] Cuide.

tes pobres, y quien a Él quiere, también ha de querer a ellos, tienda vuestra merced la mano para les dar, porque son hermanos del Creador.

Y después de nacido en ella, guárdelo bien.

Él la guarde y la salve por su misericordia. Amén.

CARTA N.º 2[13]

B) PUESTO EN ALTO ATRAJO TODAS LAS COSAS A SÍ.

> «Y si dice que, porque el fuego es fuego, por eso quema, así le digo que, porque Dios es Dios, por eso nos ama...»

El Niño nacido por nuestro bien dé a vuestra merced de los bienes que trae, pues tomó Él los males que nosotros teníamos. Él le dé fuego vivo de su amor, en que a vivas llamas arda; pues por encender éste en nosotros viene tan pobre y aterido de frío.

Mientras este Niño más padece, más nos roba el corazón para le amar; y mientras más le amamos, más deseamos padecer por Él. Porque el amor huye del descanso como de una cosa contraria a su intento; y buscando los otros libertad y placer, el que ama aborrece esto y desea ser siempre esclavo y trabajar por quien ama.

> Señora, ¿quién constriñó a Dios a hacerse hombre? No otro sino el amor.
>
> ¿Quién le constriñó que, ya que era hombre, fuese nacido en tiempo tan recio, en lugar extranjero, en casa de establo, en tanta pobreza y bajeza, que se ha de haber de Él compasión?
>
> Cierto, otro no lo hizo que el amor que desde el cielo lo trajo preso al vientre virginal de nuestra Señora, y del vientre le llevó al duro pesebre, y de allí a otros trabajos, y después a la cruz, adonde amándonos verdaderamente, nos hizo que de verdad le amemos, según Él mismo lo dijo antes: *Si me ensalzáreis de la tierra, todas las cosas traeré a mí* ([14]).

Ensalzar de la tierra quiere decir morir en cruz, como murió; y entonces trajo todas las cosas a sí, mediante el grande amor que encendió en los corazones. Porque mirando a este verdadero Amador, unos han olvidado

---

[13] «A una persona».

[14] Jo. 12,32.

sus tierras, viviendo en peregrinaje; otros dejado sus haciendas, viviendo en pobreza; otros se han ofrecido a trabajos y muerte, deseando más padecer por Cristo que holgar ([15]) sin Él.

Y sea su clemencia por siempre bendita, que entre los que por este noble amor del Crucificado han olvidado sus cosas y a sí con ellas, es una vuestra merced; no de ella, mas de Aquél que en ella obra para gloria de Él; y así no la dejará en las flacas manos de ella sola, pues Él, y no ella de sí lo comenzó.

Alégrese, señora, en Dios su alegría, pues es cobijada con manto tan fuerte y tan blando; fuerte para defenderla de sus enemigos y de sí propia, que es el mayor enemigo, y blando para consolarla entre sus trabajos, para sentirlos como si de Él fuesen, y para darle parte de su corazón, muy herido de amor por ella. ¿Cómo el Señor pudiera haberla esperado, traído, guardado y sustentado, si muy de verdad no la hubiera amado? ¿Cómo no le provocaran a ira las faltas de ella, si no hubiera en Él tanto amor que cerrara los ojos a ellas y los abrió a lo que le cumple? (1).

Y diráme: ¿De dónde a mí tanto bien que el Rey eterno me ame y por eso me sufra y me dé bienes en lugar de males?

> Respondo, señora, que me diga ella,
> ¿por qué el fuego quema, y el sol alumbra, y el agua refresca,
> y cada cosa hace según su naturaleza?
> Y si dice que el fuego es fuego, por eso quema,
> así le digo que, porque Dios es Dios, por eso nos ama libremente,
> y hace misericordias a quien no las merece.

No tiene nada, no, nuestra soberbia de qué gloriarse; mas la vergüenza y deshonra es nuestra y la honra es de Él. De los bienes nosotros gozamos; mas la gloria suya es. Que así lo cantaron los ángeles nacido el Niño: *¡Gloria sea a Dios en los cielos y paz a los hombres de buena voluntad* ([16]).

Gloria démos, señora, al Señor de todos por las misericordias que de su mano hemos recibido. Gloria sea a Él, porque con tanto poder nos libró de las manos de aquellos a los cuales nosotros, con miserable consejo, nos

---

[15] Descansar.

[16] Lc. 2,14.

habíamos entregado. Gloria sea al que, siendo tan desgraciados nos trajo a su gracia, y nos sustenta, y *corona con misericordia y misericordias* ([17]), y nos da a entender que acabará lo que ha comenzado. Porque de aquél suele ser el cuidado y carga de un negocio de quien ha de ser la honra; y quien lleva la honra ha de tener el cuidado. Y pues aqueste bendito Señor quiere ser en nosotros glorificado y llevarse la honra de nuestra victoria. Él quiere tomar el cuidado de nuestra pelea, y Él hará que caminemos a Él por Él, y nos atará con nudo de amor tan fuerte, que ni muerte ni vida, de Él no nos apartará.

Él hará que le miremos con ojos abiertos y que a todas las cosas los tengamos cerrados; y tanto se nos imprimirá en el corazón, que por su amor y memoria olvidemos todas las cosas y a nosotros también. Esto hará el que es piadoso y *poderoso y es santo su nombre* ([18]), y el que más nos ama que nosotros sabemos decir ni pensar, porque sus obras son sobre todo sentido. A Él sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.

A lo que me pregunta de mi salud, mal me va, pues soy flaco; que, si no lo fuese, no me quitaría tan presto Dios los dolores como me los quita.

Y a lo demás le respondo que el fuego grande, mientras más encerrado y callado, más arde.

Cristo la haga discípula verdadera y fiel del enseñamiento de su amor, para que en algo sepa responder a su insaciable y divino amor, como yo se lo suplico.

[17] Ps. 102, 4.
[18] Lc. 1,49.

II. — CARACTERÍSTICAS DEL AMOR DE DIOS EN CRISTO

S. Juan de Ávila no se conforma con hablarnos del amor de Dios de una manera global; porque, quizá no baste con asentar el hecho de que Dios nos ama, necesitamos saber de forma más explícita que este amor es amor, al menos, desde la idea que nosotros los hombres tenemos de lo que significa amar, y puede que, desde esta idea no solo lleguemos a estar convencidos de que Dios nos ama, sino que nuestra misma concepción del amor se vea enriquecida al descubrir las características del amor que Dios nos tiene.

Las características que Juan de Ávila señala al amor de Dios, no se agotan con las que aparecen en el título que se ha puesto a las cartas incluidas en este apartado; la lectura atenta de las mismas permite sumar otras más.

a) Amor gratuito. (Carta n.º 3)

b) Amor que acepta la realidad del amado. (Carta n.º 4)

c) Amor que perdona. (Carta n.º 5)

d) Amor que se esconde para más regalar con la nueva presencia. (Carta n.º 6)

e) Amor que en todo busca el bien de la persona a quien ama. (Carta n.º 7)

II. — CARACTERÍSTICAS DEL AMOR DE DIOS EN CRISTO.

CARTA N.º 3[19]

A) AMOR GRATUITO.

> «Porque una cosa es herencia que se da a hijos que obedecen y sirven con amor a su padre, y otra jornal que se da al extranjero, teniendo cuenta con el valor sólo de sus trabajos. Y lo que nosotros esperamos, herencia es.»

La paz de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vuestra merced.

Dos cosas creo son las que atribulan a vuestra merced: una, el cuerpo que pasa trabajos, y

otra, el alma llena de desconsuelos, los cuales le nacen de parecerle que está contraria a Dios por no servirle como desea. Y aunque padece, como dicen, «por mar y tierra», creo que cuanto excede el alma al cuerpo, exceden las desconsolaciones de ella a los trabajos de él.

Porque quien tiene deseos de agradar a Dios, fácilmente ofrece su cuerpo a cualesquier trabajos; mas no fácilmente sufre en su alma las culpas que comete o le parece que comete contra el Señor, y de buena gana acrecentaría en trabajos de cuerpo y por quitar de su alma culpas; porque, cierto, dientes muy agudos tiene el gusano de la conciencia para roer las entrañas de quien comete pecado.

Mas si Dios encaminase a vuestra merced quien le supiese distintamente declarar qué bien es Jesucristo nuestro Señor, luego huirían de su alma esas desconsola-

[19] «A una señora afligida con trabajos corporales y tristezas espirituales».

ciones que tanto desmayo le causan, como *huía del rey Saúl el espíritu malo* ([20]) al sonido de la música dulce del profeta David.

No hay alma que tan desconsolada esté, que la nueva alegre de quien es Jesucristo no baste a levantarla de la tristeza y desconfianza y henchirla de gozo, si de ella se quiere aprovechar. Y como a tal, dijo el ángel a los pastores; *Anuncióos un gozo grande que tendrá todo el pueblo, porque os es nacido hoy el Salvador* ([21]).

Y el mismo Señor dio testimonio de esto diciendo: *El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió y me envió a dar buenas nuevas a los pobres, y a sanar a los quebrantados de corazón, y a predicar libertad a los cautivos, y a dar vista a los ciegos, y a dar suelta a los quebrantados con deudas, y a predicar el año agradable del Señor* ([22]).

Y por no saberse aprovechar vuestra merced de la consolación que trae esta nueva, viene a ser hollada de la desconsolación que tan demasiadamente la aflige, quitando los ojos de este Señor puesto en la cruz, *para que todo hombre que con ojos de fe* y de amor *le mirare, no perezca* ([23]), y poniéndolos en sí misma y en sus obras, que es una vereda tan sin consuelo, que ningún hombre que por ella caminó a solas, puede tener paz ni consuelo.

Porque como cada cosa da tal fruto cual ella es, no puede tener más paz ni contento quien mira a sus obras solas, de cuanto ellas tienen de bondad. Y aunque no todas sean pecado, como muchas de ellas, especialmente en hombres imperfectos en el servicio de Dios, sean llenas de faltas, y *semejables*, como dice Isaías, *a paños de mujer menstruada* ([24]), que es grande asco mirarlos, de ahí viene que den crueles bocados de remordimiento al alma que las obró y son más causa de lloro que no de consuelo.

Lo cual dice San Bernardo haberle acaecido a sí mismo diciendo a su alma: «¡Oh viña mía, cuántas cosas nos fueron hurtadas por malas astucias, aun en aquel mismo tiempo que comenzamos con más vigilancia a entender el cuidado de nuestra guarda! ¡Cuántos y cuales racimos de obras buenas nos los ahogó la ira, o se los llevó la jactancia, o los ensució la gloria vana! ¡Cuántas cosas padecimos del regalo de la gula! ¡Cuántas del es-

[20] 1. Reg. 16,23.
[21] Lc. 2,10.
[22] Is. 61,1 s.
[23] Jo. 3,5.
[24] Cf. Is. 64,6.

píritu de la acidia! ([25]) ¡Cuántas de la desconfianza y tempestad del espíritu!»

De esto que San Bernardo dice y de lo que cada uno en sí experimenta, se ve claro que quien se arrima a cosa tan llena de menguas no puede tener en pie la alegría de la confianza; mas por fuerza ha de ser apretado con angustias y desordenado temor, cotejándose con la ley de Dios y viéndose falto en ella, sin saber adonde arrimarse.

Gran temor dio la ley cuando fue dada en el monte Sinaí, y tanto que dijeron los que allí estaban: *No nos hable el Señor porque no muramos* ([26]). Y de esta manera cuando un alma considera los mandamientos de Dios y las terribles amenazas que están puestas y que de cierto vendrán, contra quien los quebranta, y ve que ella es una de aquéllos, síguesele muy grande tristeza, sintiendo tanto mal de presente y temiendo otro mayor en lo porvenir, y anda con tal remordimiento y acusación dentro de sí, que le parece ser él para sí un intolerable infierno. De lo cual le nacen bravísimas desesperaciones, porque es cosa recia sufrir larga vida con remordimiento continuo de la conciencia.

Y no sólo este mal, mas muchos suceden de aqueste desmayo y desconfianza, que nace de mirar el hombre a sí mismo a solas. Pues ¿qué remedio tendremos, pues que no nos podemos dejar de mirar, y mirarnos causa desesperación? Por cierto, el que suelen dar los que pasan por algún río y les avisan diciendo:

«No miréis al agua que corre, porque se os desvanecerá la cabeza y os ahogaréis; mas mirad hacia arriba fuera ¿el agua e iréis por las aguas seguro.»

Estas aguas, señora, que corren hacia abajo, nuestras obras son. a las cuales solas ningún hombre miró que no les diese desmayo, por justo que fuese; porque delante el acatamiento de Dios todos se conocen faltos, y le suplican: *No entres. Señor, en juicio con tu siervo* ([27]). Y aunque muchas obras hagan justas con que agradan a

[25] Pereza.
[26] Ex. 20,19.
[27] Ps. 142,2.

Dios, mas mirando todo el discurso de su vida, dice San Agustín que. «aunque sean santos, tienen de qué llorar».

Conviene, pues, no mirarnos a solas, mas con mirarnos y llorarnos, alzar los ojos arriba, considerando a Jesucristo nuestro Señor, el cual es tan lleno de misericordia y remedio y merecí miento para nosotros, que basta y rebasta para consolar y enriquecer a los muy tristes y pobres.

Sépalo, señora, si no lo sabe, que la confianza y consuelo de los cristianos que se desean salvar no ha de estar puesta en sus propias fuerzas ni obras solas, mas en la gracia que nos es dada en las de Jesucristo, que por su infinita bondad las quiso comunicar con todos con los que con fe y penitencia se sujetaren a Él según dice San Pablo: *Que fue hecho causa de salud a todos los que le obedecen* ([28]). Y teniendo tal arrimo en Él como tenemos, estamos tan confiados y sosegados, cuanto es razón que lo estén los que participan de merecimientos de Dios humanado.

Porque el negocio de salvarse los hombres más es gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor, que fuerza y valor de nuestros trabajos propios.

Y más quiere ser Dios glorificado por salvar por gracia que por pagar lo que debe; porque pagar quienquiera lo hace, mas darnos su Hijo, y por Él tomarnos por hijos, y darnos el don de su gracia, y como a tales darnos fuerzas para servirle como buenos hijos, y como a tales prometernos herencia, ésta es merced inestimable de Dios, y por tal quiere Él que sea conocida y agradecida.

Y por esto dijo San Pablo *que la vida eterna es gracia de Dios* ([29]); porque aunque requieren merecimientos del hombre para entrar en ella, mas éstos no tienen su valor principal de parte del hombre, mas de la gracia del Señor y de ser incorporados en su unigénito Hijo, lo cual resulta no en alabanza del hombre, mas en la de Dios y de su gracia.

Porque una cosa es *herencia* que se da a hijos que obedecen y sirven con amor a su padre, y otra es *jornal* que se da al extranjero, teniendo cuenta con el valor sólo de sus trabajos. Y lo que nosotros esperamos *herencia es;* y aunque se ha de ganar con buenas obras, y por eso se puede llamar *jornal*, mas no se han de hacer con ánimo de jornalero interesal y extraño, mas de hijo, cuyos

[28] Hebr. 5,9.
[29] Rom. 6,23.

servicios más son galardonados por ser servicios de hijo que sudores de jornalero.

Y pues este negocio es entre padres e hijos, no piensen los desconfiados que por cada cosa que un hijo haga o deje de hacer no conforme a la voluntad de su padre, luego le han de desheredar. Porque, según hemos dicho, esta herencia, y este consuelo y confianza para alcanzarla, no está fundada principalmente sobre nuestro arrimo, ni fuerzas ni obras; porque si así fuera, ¿qué cosa hubiera de mayor desconsuelo que en cosa tan importante estar arrimados a cosa tan flaca, y que, si nuestras fuerzas u obras faltaran, ya no tuviera más remedio para cobrar la gracia perdida ni esperar herencia de padre? Como se suele hacer con los jornaleros, que, si no trabajaron, o mal trabajaron, se les niega el jornal por justicia, sin remedio de cobrarlo por misericordia.

Acá nuestro fundamento y arrimo es la misericordia de Dios, que, por los merecimientos de Jesucristo, su Hijo, nos quiere salvar, dándonos remedio para que, aunque nuestras obras falten, aunque sean quebrantados los mandamientos de Dios, podamos, si queremos, y Él nos ayuda a querer, alcanzar perdón, y recobrar la gracia perdida. y ser salvos por Jesucristo nuestro Señor, cuyos merecimientos nos alcanzan la misericordia que nosotros no merecíamos.

Y si vuestra merced dice, como suele decir, que además de estos merecimientos de Cristo son menester los nuestros de buenas obras, y que la sola fe no basta, digo que es verdad; mas

¿qué tantas han de ser estas buenas obras para esperar el perdón del pecado o la herencia del cielo?

En esto, señora, gravemente se engaña, porque todo aquél que tiene fe, esperanza y amor, que le causa propósito de obedecer los mandamientos de Dios y de su Iglesia, en gracia de Dios está; y si con esto muere, salvo será para siempre, aunque tenga madera o heno en que pagar en el purgatorio.

Y porque aquí hablo para ella cuya vida tengo conocida, le digo de parte de nuestro Señor (en todo cuanto a mí se entiende) ([30]) que con esa vida que tiene, tal cual ella ve que es, se contenta la infinita bondad de nuestro Señor, y que mientras Él le diese en ella perseverancia, puede esperar de su misericordia que la salvará. Mas si siente de la bondad divinal

[30] «De acuerdo con lo que yo sé», quiere decir.

y de los merecimientos inmensos de Jesucristo nuestro Señor tan estrecha y bajamente, que piense que si uno no es tan perfecto como ella lo tiene pintado y desea ser, que este tal no será salvo, no es así, porque Cristo tiene en su cuerpo místico miembros perfectos e imperfectos. Sospecho que le ha de decir nuestro Señor: «Como lo crees», o por mejor decir: «Pues no crees así, no te salves».

Deje ya, señora, de medir a Dios con tan chico palmo ([31]) y alabe la gracia que en su Hijo le hizo, que es tomarla por hija y prometerle la herencia, cuando le dio gracia de que. con dolor de sus pecados, se confesase y propusiese de ahí adelante de servir a Dios. Y sobre estas prendas, no dadas por nuestros merecimientos, mas por la muerte de Jesucristo, prosiga Ion ejercicios de su buena vida con alegría y esfuerzo; y si cayere, procure levantarse con el socorro de los sacramentos.

Y no piense que, aunque sea hija imperfecta, le han de negar la herencia del cielo; porque, aunque entre los hijos haya uno enfermizo y cuan ruin le quisiere pintar, en fin, porque es hijo también hereda, aunque no tanto como los otros. Los pecados veniales, señora, no impiden la herencia de hijos; acá o en purgatorio se pagan.

Y si fuere mortal y le socorriere el remedio de la penitencia, tampoco nos quitará el cielo; porque el grande amor que Dios nos tiene por Jesucristo. su Hijo, le movió a darnos remedio para que, cuando nuestra virtud faltare, seamos con la suya remediados y fortalecidos.

Y paréceme cierto que uno de los mayores pecados que vuestra merced tiene es sentir tasadamente de la bondad del Señor, que es sin medida.

Y por una parte tiene a Dios por altísimo y al pecado por muy malo, por ser contra Él; y por otra siente de Dios bajamente, pues no confía que, por la inefable gracia que hizo al mundo en darnos su Hijo, usa de misericordia con los desamados, para que sean traídos por la penitencia a ser amados, y reciban mercedes los que no merecían el pan que comían, y aún eran dignos de azotes; y por el mismo Señor son sufridos y amparados los que, mirando a sí mismos, merecían ser castigados.

Ésta, señora, es la verdad, cuya confesión redunda en gloria de Jesucristo; y si nosotros de nuestra parte no la merecernos, mereciólo Él por nosotros. Quien esto cree alaba a Dios, y de la cosa que Él más quiere ser alabado, que es de ser bueno y bienhechor de los hombres, aunque ellos no

[31] El palmo es una medida de longitud, cuarta parte de la vara, dividida en doce partes iguales o dedos, equivalentes a unos 21 cm.

lo merezcan. *Porque si la gracia que se da por Jesucristo a los penitentes fuera por merecimientos de ellos, no fuera gracia, sino deuda,* como dice San Pablo ([32]);

> y si dar Dios el cielo fuera por las obras de los hombres, como cosa a ellos debida, sin tener en cuenta con la gracia, tampoco fuera gracia. Y por eso no se da por ellas a solas, si no se junta con ellos la gracia que se da por Jesucristo nuestro Señor, de la cual y del cual las obras del hombre tienen valor de merecimiento para tan gran bien como es el eterno reino.

En los tiempos pasados pretendía Dios ser estimado por justo castigador sabio y fuerte y ser reverenciado y temido por tal; mas como ya escogió obras nuevas, quiere también que se le den alabanzas nuevas.

> ¡Qué mayor novedad pudo ser que hacerse hombre, y cansarse el que es riqueza y descanso de] cielo y de la tierra!
>
> ¡Qué mayor novedad que morir el que es vida!

De las cuales obras nuevas ni amor nunca visto ni oído salen para con los hombres tales efectos de misericordia, que es mucha justicia que alabemos ya al Señor con todas nuestras fuerzas con nombres de amador y de lleno de misericordia, con más frecuencia que con nombre de sabio, ni fuerte ni justo. Y no es pequeño consuelo para los que son flacos en su servicio pensar que Él es *tan rico* en amor y *misericordia* ([33]), que nos sufre y ama, aunque nosotros no le respondamos tan por entero como era razón.

Y si vuestra merced sintiese la palabra que me escribió, diciendo que Dios la ama, no sería menester escribir yo tantas, no para otro fin sino para persuadir a vuestra merced lo que ella misma escribe.

> Pregunto, señora: Si Dios la ama, ¿de qué está acongojada, entristecida y desconfiada?
>
> ¿Por ventura no ha oído lo que dijo San Agustín, que «Dios no ama y desampara?

---

[32] Cf. Rom 11,6.
[33] Cf. Efe. 2,4.

¡Oh divina bondad, que amaste a los que estaban lejos de ti y por amor les inspiras la penitencia y los traes a ti, no habiendo en ellos cosa digna para ser amados, mas muchas para ser aborrecidos! ¿Y por qué no confiarán los que tú trajiste, que tendrás bondad para sufrirlos siendo ya hijos, pues tuviste bondad para traerlos siendo enemigos?

Olvidaste, Señor, y perdonaste por la penitencia tantas abominaciones como tú sabes que contra ti se hicieron, y ¿pensaré yo que me tienes guardados mis pecados menores que ahora hago? Que, aunque, por vía de conocerte más y de haber recibido mayores mercedes, sean en alguna manera mayores, mas, en fin, ellos en sí son muy menores y me dañarán menos; porque conociendo tu misericordia mejor que antes y el remedio medicinal de tus sacramentos, que para los penitentes has ordenado por el merecimiento de Jesucristo nuestro Señor, tengo más ocasiones y aliento para pedir el perdón y para esperarlo. Y si tú, Señor, quieres sacar de mis caídas esta alabanza, que digan que eres tan bueno, que salvaste un tan malo como yo. sea tu gloria para siempre ensalzada, y plega ([34]) a ti que mis males y bienes sirvan, Señor, a que tú seas glorificado.

A unos salvas guardándolos de caídas y a otros perdonándoles las que dan. Y aunque yo quisiera ser más de los que no caen, no por eso dejaré de esperar de tu bondad que me salvarás, aunque haya caído, y que me ayudarás a levantar en lo de adelante. Bendito seas tú para siempre, que me enseñaste el remedio de todos mis males y me declaraste adonde me arrime para no caer y a quién dé la mano después de caído; a quién dé gracias cuando estuviere en pie y a quién pida perdón cuando hubiere pecado.

¡Oh Jesús benditísimo,
Hijo de Dios Padre y de la bendita Virgen María,
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo ([35]),
abogado y amansamiento delante del
Padre por nosotros tus siervos,
consuelo de tristes, riqueza de pobres,
poderoso esfuerzo de los enflaquecidos!
Por eso te llama San Pablo *esperanza nuestra* ([36]).

¿Qué diré, Señor, de ti que sea digno de tus alabanzas? Amparo de nuestra orfandad, merecimiento de la justificación de nuestros pecados,

---

[34] Plazca.
[35] Cf. Jo. 1,29.36.
[36] I Tim. 1,1.

esposo de nuestras almas, escudo fuerte que recibiste los golpes de la justicia divina que merecían nuestros pecados, muro y antemuro de nuestra ciudad, torre de nuestra fortaleza, vida que muriendo nos avivaste, justicia que siendo vituperada de los hombres nos hiciste justos delante del acatamiento de Dios, ganándonos la gracia que teníamos perdida, y siendo tú condenado nos absolviste, cayendo sobre ti las maldiciones de la Ley y deshonras de los hombres hiciste que cayesen sobre nosotros las bendiciones de Dios.

Te abajaste. Señor, hasta ser acompañado de ladrones, para darnos a los ángeles por compañeros. Pregonado fuiste por malo en la ciudad de Jerusalén; y después en el monte Calvario, lugar de los malhechores, fuiste deshonrado y atormentado, desamparado y muerto con extrema pobreza, y allí nos ganaste la gracia con que merezcamos la compañía de Dios en el monte santo del cielo, adonde entremos a gozar de tus benditos sudores.

¡Oh Padre muy amador de tus pobres hijos! ¡Quién te viera velar, trasnochar, caminar y sudar, y después morir, para con tu vida y tu muerte dejar a tus hijos ganado tanto favor y riquezas que, aunque ellos falten en tu servicio, tengan remedios y favores y valor para ir a gozar de lo que por sí no merecieron, bendigan por siempre a tu amor que te constriñó a vivir y morir por el bien de tus siervos!

> En este amor me gloriaré y confiaré que es fortísimo, no en el flaco que yo a ti te tengo.
>
> Éste es mi gloria cuando bien me glorío.
>
> Ésta mi riqueza y esperanza, y en esto estoy confiado, y cantaré: *Bien sé a quién creí, y cierto estoy que es poderoso para guardar lo que deposité para aquel día,* como dice San Pablo ([37]).
>
> Y si pregunta por qué, diré lo que dijo San Agustín: Que tuvo Dios amor para tomarme por hijo, y poder hacer bien a quien me ama, y verdad para cumplir lo que promete.

Este Señor es fundamento certísimo, en quien debemos estribar ([38]); que nuestras obras, muchas de ellas, son tales como *caña* flaca y *quebrada* ([39]), que quien a ella se arrima, antes se horada la mano que se pueda sus-

---

[37] 2 Tim. 1,12.
[38] Apoyarnos.
[39] Is. 36,6.

tentar en ellas; y las que son buenas de valor, por la gracia de Dios lo son, ganada por los merecimientos de Jesucristo, en los cuales me gloriaré, y en su gracia que me ganó: *mas en mí mismo no, sino en mis flaquezas* ([40]).

¡Señor Jesucristo! Yo confieso delante de ti que soy pobre, y desnudo, hombre flaco y pecador, lleno de muchas deudas antes que comenzase a servir, y también después; mas yo te confieso por perdonador de los que con corazón quebrantado te piden perdón. Mayor es tu misericordia que mi maldad, por eso confío más por ti que desespero por mí. Tengo por gran merced tuya no confiar en justicia que yo tenga de mí, dándome tu gracia con que te agrade, y que mis pequeños trabajos, que de por sí son tan pequeños, reciban valor de vida eterna y te sean agradables. Y tengo, Señor, confianza que sufrirás con paciencia las faltas de aquel que trajiste a ti con amor. Y mientras me durare contigo la fe y el amor que por tu misericordia me has dado, me durará la esperanza viva de que me has de salvar, y que me darás perdón de mis faltas cuando te lo pidiere, como dulcísimo Padre a su indigno hijo, que por ser hijo lo sufres y ligeramente perdonas.

Tengamos, pues, esta firme confianza en el Salvador del mundo, Jesucristo nuestro Señor, *y metamos en el seno la esperanza que nos ganó* ([41]). Y así, pues ha dado conjeturas que tenemos su gracia, esforzados corramos con buen talante, con acrecentamiento de esta gracia y obediencia de los mandamientos de Dios, y echemos fuera las desconfianzas que nuestras obras malas nos trajeren, poniendo luego la medicina de la penitencia sobre ellas, en confianza que, por los merecimientos de Jesucristo y virtud de sus sacramentos, somos perdonados.

No obremos con desconfianzas; mas adoran do y agradeciendo al Eterno Padre, que nos dio a su Hijo, por el cual y en el cual nos hizo agradables, dándonos su gracia y favores, confiemos que agradamos a Él, no sólo en las obras altas, mas aún en las muy comunes, así como dice San Pablo; *Ahora comáis, ahora bebáis, o cualquier otra cosa que hagáis, hacedlo todo para gloria de Dios* ([42]). Y de esta manera tengamos reposado nuestro corazón, pensando que, pues el Señor nos tomó por hijos, le agradamos como a Padre en lo que conforme a su ley y razón hacemos.

Esta alteza y dignidad no la hubimos de nuestra cosecha, nuestro Señor Jesucristo nos la ganó para que par-

[40] 2 Cor. 12,5
[41] Cf. Job. 19,27.
[42] 1 Cor. 10,30.

> ticipásemos del agradamiento que Él tiene delante del Padre.

Y así como en lo que hiciéramos, yendo bien hecho, hemos de pensar que agradamos a Dios, así en lo que nos viniere debemos pensar que nos lo envía Él por nuestro bien y esforzarnos a recibirlo con hacimiento de gracias. No envía Dios a los suyos lo que les envía para ponerles tropiezos y lazos, mas con amor paternal, para que todo lo saquemos bien, y conozcamos el cuidado que de nosotros tiene. Y de esto no debemos sacar desconsuelo, como lo suelen hacer los hombres llenos de achaques, que de las mercedes que Dios les hace sacan más desconfianza diciendo: Lo próspero que Dios me envía, es para pagarme en este mundo y condenarme en el otro, y lo adverso es para principio de condenación infernal.

No deben hacer así los que al Señor desean servir; mas en lo uno y en lo otro deben entender que Dios les quiere ayudar a salvar y que su voluntad es que andemos alentados y consolados con las señales que tenemos en ser amados y muy amados de un Rey y tal Rey. Y así usaremos de lo que Dios envía conforme a su voluntad y a nuestro descanso; porque recibiéndolo con la desconfianza ya dicha, no es otra cosa la vida sino un continuo tormento. De manera que debemos traer el corazón confortado y fiado de Dios, estribando en Él, y no en nuestra flaqueza, y con corazón amoroso hacer y sufrir lo que conviene según su ley.

Y ese cuerpo que Dios dio a vuestra merced para martirio, no sé en qué mejor lo pueda emplear que en ofrecérselo para que le sirva en ese estado que le dio, pariendo y criando. Y pues el mismo Señor tomó carne delicadísima para tener en qué padecer por nosotros, piense vuestra merced que la que Dios dio a ella es sensible para que padezca por Él.

Confiado estoy de su misericordia, que Él está de ella contento. Deseo que vuestra merced esté sosegada y que las cosas de su casa y de su alma las haga con este corazón que le he dicho, confiando de su bondad, que pues Él le puso en esa tahona ([43]), que Él se sirve que ande al rededor de ella. *Y* si *lo* que le he dicho no basta para sacarle de sus desconfianzas, que tanto le dañan, no resta, sino que ruguemos a Dios que Él de su mano le dé confianza y conforte de corazón, pues es dádiva suya; esperando con estas prendas y conjeturas estar en su gracia, que nos hará merced de nos

---

[43] Molino de cereales cuya piedra mueve una caballería andando «alrededor de ella».

guiar hasta nos meter en la celestial tierra prometida, donde veremos y poseeremos al mismo Dios.

Sea Él en quien esperamos, y Él sea lo que esperamos, porque de nadie podemos alcanzar a Dios, si Él no se da, ni es razón esperar de Dios cosa menor que Él mismo.

CARTA N.º 4[44]

B) AMOR QUE ACEPTA LA REALIDAD DEL AMADO.

> «...no perdáis vuestra paz y paciencia si os viéreis caí. da, pues os he dicho muchas veces que tal cual sois os ama el Señor.»

Bien parece hermana que no sois para prueba ni habéis salido de la niñez, pues en dejándose de reír el celestial Esposo con vos, luego ponéis sospecha que está con vos enojado.

¿Adonde están las particulares misericordias que de su mano bendita habéis recibido en testimonio que particularmente os ama? ¿Así habéis de olvidar cuánto os ha regalado? ¿Y tan presto habéis de pensar que quita Dios su amor de quien una vez tan de verdad lo ha puesto? ¿Para qué os ha dado tantas prendas, sino para que le fiéis algo sobre ellas? Fiadle este crédito, que os ama, aunque ahora no os lo muestre. Y pensad que no seréis en ello engañada, pues ya os he dicho otras veces que el amor que a Dios tenemos no ha de ser tal. que nos derribe con demasiada tristeza si en alguna culpa liviana caemos; que, de esa manera, ¿quién de los hombres tendrá descanso ni paz, pues todos pecamos?

> Quiere el Señor que os arriméis a Él y os gocéis en Él, y que pongáis vuestras llagas en las suyas, para que quedéis sana y consolada, por recias y sensibles que sean las vuestras.

¿Hasta cuándo habéis de andar escarbando tanto como escarbáis en vuestro muladar, que no sacaréis sino cieno, y de mal olor? Acabad ya de creer que no por vos, sino por Jesús crucificado, habéis de ser sana y amada. Y no os desmayéis tanto por vuestras faltas, pues por los frutos que de ello sacáis podéis ver que no agradáis al Señor con ello. Mejor será tener un corazón varonil y esforzado mirando al bien que por Jesucristo habéis recibido y tenéis. Y así lo mirad, que os doláis de vuestros pecados y viváis con cuidado de no le ofender, mas no perdáis vuestra paz y paciencia

[44] «A una persona escrupulosa».

si os viéreis caída, pues os he dicho muchas veces que tal cual sois os ama Dios.

> Contentaos con ser amada por su bondad, aunque por vos no merezcáis ser amada.
>
> Si una esposa parece muy hermosa a su esposo porque él la mira con ojos de mucho amor, ¿qué va en ello ([45]) que ella no sea tan hermosa, pues lo es a los ojos de su esposo?

Si a vos sola miráis, daros ha asco de vos, y desmayaréis viendo tanta miseria. Mas ¿qué os falta, pues tenéis en el cielo quien os ama, y a cuyos ojos parecéis bien, porque os mira por los agujeros de sus llagas que por vos padeció, y por las cuales os dio su gracia, y suple vuestras faltas, y os sana y hermosea? Descansad, pues ya sois sierva del Crucificado, y olvidad las turbaciones pasadas como si pasado no hubieran; que de parte del mismo Señor os digo, como otras veces os he dicho, que Él lo quiere así.

Corred de aquí adelante vuestra carrera con ligereza, como quien ha echado de sí una carga pesada que lo impedía; que aunque luego ([46]) no venga la serenidad deseada, no os fatiguéis, que a las veces se camina más con tempestad que con buen tiempo y se merece más con la guerra que con la paz.

El que os redimió os regirá como cumple ([47]) para ser salva. Fiaos de Él, pues tantas razones tenéis para ello; y lo que escarbáis en vuestra miseria, escarbadlo en su misericordia, y sacaréis de ello más provecho que de lo primero. Ésta os cobije con su dulcedumbre eterna, como yo lo deseo, y suplico, y espero, pues para eso os llamó.

Encomendadme al mismo Señor por amor de Él.

[45] Que importa…

[46] Enseguida. Nosotros solemos emplear hoy el adverbio luego, más en el sentido de después, que en este sentido de enseguida, inmediatamente..., que tan frecuentemente usa el santo en sus escritos.

[47] Conviene.

CARTA N.º 5[48]

C) AMOR QUE PERDONA.

> «¿Qué duda de perdón, pues no duda de la pasión que por los pecados pasó? ¿Qué aprovecha confesar que Cristo murió por nuestros pecados, justo por injusto, sí no cree que su muerte mató nuestros pecados?»

No tenga vuestra merced queja de mí. le suplico, sino *dónemelas* ([49]), como dice San Pablo, pues Dios nos donó las que contra nos tiene. Ya sabe vuestra merced mis faltas, que bastan a hacer cualquier falta en el servir. Y otras veces falta mensajero como ha faltado donde he estado y ahora estoy; si no hay quien me avise de él yo no sé dónde le busque. Suplicóle crea que en cosa de más importancia tengo amor para le servir.

Por tentación cierta tengo la desconfianza de salvación que vuestra merced me dice; y no sólo por cierta, mas por necia; que tal nombre merece la que no se quita con los bienes que tenemos en Cristo, como si este negocio fuese obra de nuestros méritos, y no antes gracia de Dios por Jesucristo.

Emsanche vuestra merced su pequeño corazón en aquella inmensidad de amor con que el Padre nos dio a su Hijo, y con Él nos dio a sí mismo, y al Espíritu Santo y todas las cosas. Reciba esta gracia con hacimiento de gracias y goce de Dios, pues Dios se la da. Y si le desmayan sus deméritos, acuérdese que una de las dádivas que el Padre en Cristo nos da, es suelta de nuestras deudas y amansamiento de la ira que merecían nuestros pecados.

¿Qué duda de perdón, pues no duda de la pasión que por los pecados pasó?

---

48 «A un predicador».

49 Perdónemelas. (Cf. 1 Cor. 2,12.)

> ¿Qué aprovecha confesar que *Cristo murió por nuestros pecados, justo por injusto* ([50]), si no cree que su muerte mató nuestros pecados?
>
> Y si son muertos ¿por qué los teme? Pues los hijos de Israel, a quien Dios sacó de Egipto, *viendo a sus enemigos ahogados en el mar, no temieron* ([51]), mas cantaron alabanzas a Dios, tomando materia de ello en los mismos enemigos que los habían perseguido primero, y a quien antes habían temido.

Y aunque no tengamos tan cierta fe de que nuestros pecados nos son perdonados, cuán cierta la tenemos de que el Señor murió por ellos, por no saber de cierto si su satisfacción se aplica a nosotros; mas el *corazón nuevo* ([52]) que Dios nos dio cuando nos llamó para sí, si no es señal de su amistad y perdón, con la cual podamos tener confianza de que estamos de Él perdonados, el *espíritu de hijos* ([53]) que nos dio, cuando nos dio amor con Él como con Padre, ése tenemos por prenda, que en el corazón de Dios somos estimados por hijos, pues en el nuestro le estimamos a Él por Padre; pues es blasfemia pensar que amando yo a Dios, no me ame Él a mí, siéndome dado el amor de su mano.

No sienta vuestra merced del Señor en cortedad y estrechura, mas en bondad, como nos está mandado. Y alce los ojos a la señal de nuestra salud, Cristo, a la prenda de nuestra esperanza, al agradamiento del Padre, participando de la cual somos agradables a Él y tenemos por su sangre, cierta la vida delante del trono de Dios.

Y si le parece que sus obras son menguadas y faltas, así es la verdad. Mas ¿qué parte es eso para desconfiar?

> Por Cristo fuimos hechos de enemigos amigos, y por Él conservados en su amistad.
>
> Más fuertes contrarios de estar bien con Dios teníamos en nuestros pecados primero que a Dios conociésemos que lo son ahora las faltas que lineemos;
>
> y como no pudieron los pecados pasados estorbar la fuerza de la gracia que en Cristo nos fue comunicada,

---

[50] 1 Petr. 3,18.
[51] Cf. Ex. 15,31.
[52] Ez. 36.26.
[53] Rom. 8.15.

tampoco podrán los pecados estorbar la amistad, pues estamos incorporados en Cristo, amado del Padre.

Buena cosa es, sentir nuestra falta y pobreza, mas con condición que sintamos la largueza de la misericordia de Dios y glorifiquemos su bondad en nuestra maldad, pues sufre con amor a hijos tan faltos, ruines y miserables. ¿Por qué priva vuestra merced a Dios de esta gloria, de ser ancho en el amor para con sus hijos? Que, por la fe y el amor que a su Hijo tienen, les sufre las faltas que ellos tienen y cometen, habiendo ellos llorado sus pecados y hecho verdadera penitencia de ellos.

Persuádase ya que hay bondad en Dios para amarle y que hay merecimiento en Cristo para ser amado por Él, y viva en hacimiento de gracias por los bienes recibidos y también por el perdón de sus pecados, que cada día comete y cada día recibe; *y pelee las guerras del Señor con alegría*, como dice Judas Macabeo ([54]). Y con darle de lo que le da, espere gozarle en su reino, aunque haya de pagar *en juego temporal el heno, paja y madera* ([55]) que hubiere en su alma.

Anhele siempre a mayor aprovechamiento, mas vaya fundado sobre quietud y confianza, que, si no creciere más, esto le basta para su salud. Porque si a sí mismo se mira, como todos seamos llenos de faltas, nunca en su alma faltará desmayo ni sentiría ser amado; y andando así, ¿cómo servirá al Señor y contentará a su Santo Espíritu, que en nosotros mora, pues es Él alegre y nosotros le entristecemos con nuestra angustia y desmayo, contra lo cual San Pablo dijo: *No queráis entristecer al Espíritu Santo del Señor?* ([56])

Es la suma que conozca sus faltas, y le parezcan muy grandes, y las llore y gima por la confesión y la penitencia; pero mayores los bienes que en Cristo tenemos, por el cual confíe ser amado, con mucho hacimiento de gracias; y si más no le dieren de lo dado, eso basta para esperar la salud eterna.

---

[54] Cf. 1 Mac. 3.2.
[55] Cf. 1 Cor. 3,15.
[56] Cf. Efe. 4,30.

CARTA N.º 6[57]

D) AMOR QUE SE ESCONDE PARA MÁS REGALAR CON LA NUEVA PRESENCIA.

> «No me espanto de vuestra flaqueza, porque probado cuán trabajosa cosa es esconderse Dios al alma que le busca, no sé qué fatiga se pueda igualar con la que trae su ausencia al alma... que ni sabe por dónde camine ni tiene gana de estarse queda» ([58]).

No tengáis por ira lo que es verdadero amor; que así como la malquerencia suele halagar, así también el amor reñir y castigar; y *mejores son,* dice la Escritura, *las heridas dadas por quien ama que los falsos besos de quien aborrece* ([59]), y grande agravio hacemos a quien con amorosas entrañas nos reprende y castiga, pensar o decir que por querernos mal nos persigue.

No olvidéis que entre el Padre y nosotros es medianero nuestro Señor Jesucristo, por el cual somos amados y atados con tan fuerte lazo de amor, que ninguna cosa lo puede soltar, si el mismo hombre no lo corta por culpa de pecado mortal y por no querer hacer penitencia de él. ¿Tan presto habéis olvidado que *la sangre de Cristo da voces* ([60]) pidiendo para nosotros misericordia, y que su clamor es tan alto, que hace que el clamor de nuestros pecados quede muy bajo y no sea oído? ¿No sabéis que, si nuestros pecados quedasen vivos, muriendo Cristo por deshacerlos su muerte sería de poco valor, pues no los podía matar?

Nadie, pues, aprecie en poco lo que Dios aprecia en tanto que lo tiene en suficiente y sobrada paga, en cuanto de su parte es, de todos los pecados del mundo y de mil mundos que hubiera. No por falta de paga se pierden,

[57] «A una mujer que sentía mucha ausencia y disfavores de nuestro Señor.» De esta carta hay tres formas notablemente diferentes, presentamos sólo una de ellas.

[58] De otra de las versiones de esta carta.

[59] Prov. 27,6.

[60] Hebr. 12,24.

mas por no quererse aprovechar de la paga, por medio de la fe, penitencia y sacramentos de la santa Iglesia. Asentad de una vez con firmeza de vuestro corazón que el negocio de nuestro remedio Cristo lo tomó a su cargo como si fuera suyo; y nuestros pecados llamó suyos; y pidió perdón de ellos sin haberlos cometido; y con entrañable amor pidió que los que a Él llegasen fuesen amados como si para Él lo pidiera. Y como lo hizo lo alcanzó. Porque, según ordenanza de Dios, somos tan uno Él y nosotros, que o habernos de ser de Él y nosotros amados, o Él y nosotros aborrecidos; y pues Él no es ni puede ser aborrecido, tampoco nosotros si estamos incorporados con Él. Antes por ser Él amado, lo somos nosotros, y con justa causa; pues que más pesa Él para que nosotros seamos amados que nosotros pesamos para que Él sea aborrecido; y más ama el Padre a su Hijo que aborrece a los pecadores que se convierten a Él. Y como el muy amado Hijo dijo a su Padre: «O quiere bien a éstos o quiéreme mal a mí, porque yo me ofrezco por el perdón de sus pecados y porque sean incorporados en mí», y venció el mayor amor al menor aborrecimiento; y somos amados, y perdonados, y justificados, y tenemos gran esperanza que no habrá desamparo donde hay nudo de tan fuerte amor.

Y si la flaqueza nuestra estuviere con demasiados temores acongojada, pensando que Dios la ha olvidado—como la vuestra está—, provee el Señor de remedio y consuelo, diciendo con el profeta Isaías:

¿Por ventura puédese olvidar la madre de su vientre?

Pues si ella se olvidare, yo no m? olvidaré de ti, que en mis manos te tengo escrito ([61]).

¡Oh escritura tan firme, cuya pluma fueron duros clavos, cuya tinta es la misma sangre del que escribe, y el papel su propia carne!

Y la sentencia de la letra dice: *Con amor perpetuo te amé* ([62]).

Tal escritura como ésta no debe ser tenida en poco, especialmente sintiendo en sí ser el alma atada con dulcedumbre de propósitos buenos, que son señales del perpetuo amor con que el Señor la ha escogido y amado.

---

[61] Is. 49,15-16.
[62] Jer. 31,3.

Por tanto, no os escandalicéis ni turbéis por cosas que os vienen, pues que todo viene dispensado por las manos que por vos y en testimonio de amaros se enclavaron en la cruz. Y si queréis entender lo que os viene o el intento para que Dios os lo envía,

sabed que son pruebas para que seáis examinada,
y después,
como a la persona fiel en la prueba,
seáis coronada de justicia de la mano del mismo Señor.

Y porque no penséis que esas cosas que pasáis son señales de reprobación y que a sólo los malos las envía Dios, oíd qué dice David en su persona, y de otros muchos que andan en el camino de Dios: *Yo dije en el exceso de mi alma, lanzado soy delante de la faz de tus ojos* ([63]). Y aunque es cosa que mucho lastima este desmayo del corazón, y disfavor sentido en lo interior de él, y no atina el alma cómo está con Dios, y cómo estará, ni en qué para,

mas, con todo eso,
pocas cosas hay con que uno purgue sus pecados,
ni tantas cosas aprenda,

como en aquella oscuridad tenebrosa y aflición interior, que hace sudar del corazón gotas de sangre. Lo cual envía nuestro Señor a los suyos porque no se vayan de este mundo sin sentir qué es cruz ni tribulación. Y así hiérelos en lo del espíritu en donde están vivos; porque si los hiriera en las cosas temporales, a las cuales están muertos, no las sintieran. Conviéneos. pues, dar buena cuenta de este peligroso paso donde Dios es servido poneros, y, adorando sus juicios y confortada con la confianza de su bondad, abajar vuestra cabeza y, sin más escudriñar, abrir la boca de vuestro corazón y tragar esta píldora de oscuridad y el sentimiento de la ausencia y disfavor de Dios, con obediencia del mismo Dios.

Sabed cierto que si queréis no desdecir en la prueba que Dios os envía, que os conviene haceros robusta, como dijo el ángel ([64]); y vivir muriendo *cada día*, como dijo San Pablo ([65]).

---

[63] Ps. 30,23.
[64] Cf. Jos. 1.6.
[65] Cf. 1 Cor. 15.31.

> Coceos en el fuego de la tribulación, para que seáis fuerte como ladrillo y seáis conveniente para sufrir lluvias de tentaciones y de trabajos, y no blanda como adobe de barro, que se deshace en el agua y no es fuerte para edificación. Que la gente que ha de ser puesta en el edificio del cielo, con golpes de diversos trabajos y tentaciones ha de ser probada en el suelo, según está escrito: *Probólos el Señor y hallólos dignos de sí* ([66]).

Enseñaos, pues, a manteneros de gruesos manjares y esforzaos a *convertir en pan las piedras* de las tribulaciones, si queréis tener testimonio de que sois *hija de Dios* ([67]), y si os da gana de pan blanco de consolaciones, remitid eso en el cielo, que lo dulce de allá excede mucho a lo amargo de acá, y en lugar de los duros huesos que acá daban a comer a los dientes del alma, será allá el mismo Dios sabrosísimo *pan de vida* que nunca se acabe. Esperad éste y esforzaos con esto, porque este negocio no es para regalados ni para hombres de poca fe.

En trabajos os veréis muchas veces, que, si con sentido humano los miráis os parecerán ser señales de infierno y principio de él; y habéislos de sufrir con paciencia, y aun sin consolación, y aun sin sentimiento de confianza para que sepáis que cosa es sufrir de verdad. Porque mientras la confianza está fuerte, no hay cosa que mucho lastime, mas cuando Dios esconde su cara y no enseña favor al alma, sino disfavor, y, siendo perseguida de sus enemigos, no siente favor en su buen Amigo, entonces el padecer es duro y sabe a tormentos de infierno. No sentiréis entonces esperanza de escapar; mas contentaos con no desesperar y séaos aquel desconsuelo penitencia por vuestros pecados, con los cuales algún día os consolásteis; y sírvaos ver a la clara qué es lo que podéis de vos; y justo es que quien peca amándose y pareciéndose bien, que lo pague descontentándose entrañablemente de sí; y quien en sí confía, que le muestren tan a su costa qué es lo que puede.

Por este fuego os conviene pasar, si queréis gozar del descanso. Esta guerra habéis de vencer para merecer la corona del cielo. Mirad que dice la divina Escritura: *Bienaventurado el varón que sufre la tentación, porque cuando fuere probado recibirá corona de vida, la cual prometió Dios a los*

---

[66] Sab. 3,5.
[67] Cf. Mt. 4.3.

que le aman ([68]). Si os agrada la corona no os sea pesada la prueba, y no puede haber prueba sin tentación, y no os vendrá tentación, que no pase por la mano de vuestro Padre Dios, midiéndola que sea convenible para vuestro provecho y para vuestra flaqueza. No temáis de beber con paciencia lo que Dios os da con amor. El mismo dice: *Hijo no le angusties cuando eres de Dios castigado; porque al que el Señor ama castiga, y como padre en hijo se agrada* ([69]). Y en otra parte dice; *Hijo en tu flaqueza no te desprecies, mas era al Señor, y curarle ha* ([70]). Y pues nos está mandado de parte de Dios que en ninguna cosa desmayemos, vamos a él fiados de su palabra y pidámosle favor, que verdaderamente nos le dará.

¡Hermana, si viésemos cuán caros y preciosos somos delante de los ojos de Dios! ¡Oh si viésemos cuán metidos nos tiene en su corazón, y cuando a nosotros nos parece que estarnos lanzados, cuán cercanos estamos a El! Sea para siempre Cristo bendito, éste es a boca llena nuestra esperanza, que ninguna cosa tanto me puede atemorizar cuanto El asegurar.

Múdeme yo de devoto en tibio,
de andar por el cielo a la oscuridad del
abismo del infierno;
cérquenme pecados pasados,
temores de lo porvenir,
hombres que me espanten y persigan;
demonios que acusen o me pongan lazos,
amen/íceme con infierno,
y pongan diez mil peligros delante;
que con gemir mis pecados;
y con alzar mis ojos pidiendo remedios a
Jesucristo,
el manso,
el benigno,
el lleno de misericordia, el firmísimo amador mío hasta
la muerte, no puedo desconfiar, viéndome tan
apreciado, que fue Dios dado por mí.

¡Oh Cristo, puerto de seguridad para los que, acosados de las ondas tempestuosas de su corazón, huyen a ti! ¡Oh fuente de vivas aguas para los

---

[68] Sant. 1,12.
[69] Cf. Pro. 3,11-12.
[70] Eccli. 38,5.

ciervos heridos y acosados de los perros espirituales, que son demonios y pecados! Tú eres descanso entraña!, fiucia ([71]) que a ninguno de su parte faltó. *¡Oh amparo de huérfanos y defensor de viudas* ([72]) firme *casa de piedra para los erizos* ([73]) llenos de espinas y pecados, que con gemido y deseo de perdón huyen a ti! Tú defiendes de la ira de Dios a quien a ti se sujeta. Tú, aunque *mandas* algunas veces *a tus discípulos que entren en la mar sin ti* ([74]) y que se desteten de tu dulce conversación, y estando tú ausente, se levantan en la mar tempestades que ponen en aprieto de perder el alma, mas no olvidas. Dícesles que se aparten de ti, y vaste al monte a orar por ellos. Piensan que los tienes olvidados y que duermes, y estás, las rodillas hincadas orando por ellos. Y cuando son pasa das las tres partes de la noche, cuando a tu infinito saber parece que basta ya la penosa ausencia tuya para los tuyos que andan por la tempestad, desciendes del monte y, como Señor de las ondas mudables, andas sobre ellas —que para ti todo es firme— y te acercas a los tuyos, cuando ellos piensan que están más lejos de ti, y les dices palabras de confianza, que son: *Yo soy, no queráis temer* ([75]).

¡Oh Cristo, diligente Pastor y cuidadoso! ¡Cuán engañado está quien de ti no confía de lo más entrañable de su corazón, si quiere enmendarse y servirte! ¡Oh si dijeses tú a los hombres cuánta razón tienen de no desmayar con tal Capitán los que quieren entrar a servirte, y cómo no hay nuevas que tanto puedan entristecer y atemorizar al tuyo, cuanto la nueva de quien tú eres basta para consolarlos! Si bien conocido fueses, Señor, no habría quien no te amase y confiase, si muy malo no fuese. Y por eso dices: *Yo soy no queráis temer.*

Yo soy aquel que mato y doy vida,
meto en los infiernos y saco ([76]);
quiere decir que atribulo al hombre
hasta que le parece que muere
y después le alivio,
recreo
y doy vida;

---

[71] Fiducia, confianza.
[72] Ps. 67,6.
[73] Ps. 103,18.
[74] Mc. 6,45.
[75] Mt. 14.27.
[76] Cf. 1 Reg. 2,0.

meto en desconsolaciones que parecen infierno, y después de metidos no los olvido, mas sácolos,
Y para esto los mortifico,
para vivificarlos;
para eso los meto, para que no
se queden allá,
mas para que la entrada en aquella
sombra de infierno, sea medio
para que después de muertos no
vayamos allá, mas al cielo.

Yo soy el que de cualquier trabajo os puedo librar porque soy omnipotente; y os querré librar, porque soy todo bueno; y os sabré librar, porque todo lo sé. Yo soy vuestro abogado, que tomé vuestra causa por mía. Yo vuestro fiador que salí a pagar vuestras deudas. Yo Señor vuestro, que con mi sangre os compré, no para olvidaros mas para engrandeceros, si a mí quisiéreis servir, porque *fuisteis con gran precio comprados* ([77]). Yo aquel que tanto os amé, que vuestro amor me hizo transformarme en vosotros, haciéndome mortal y pasible, de todo lo cual era muy ajeno. Yo me entregué por vosotros a innumerables tormentos de cuerpo y alma, para que vosotros os esforcéis algo por mí y tengáis esperanza de ser librados, pues tenéis en mí tal favor.

Yo vuestro Padre por ser Dios, yo vuestro primogénito hermano por ser hombre.

Yo vuestra paga y rescate ¿qué teméis deudas, si vosotros con vuestra penitencia y confesión pedís suelta de ellas?

Yo vuestra reconciliación ¿qué teméis ira?

Yo el lazo de vuestra amistad, ¿qué teméis enojo de Dios?

Yo vuestro defensor, ¿qué teméis contrarios?

Yo vuestro amigo, ¿qué teméis que os falte cuanto yo tengo, si vosotros no os apartáis de mí?

Vuestro es mi cuerpo y mi sangre, ¿qué teméis hambre?

Vuestro mi corazón, ¿qué teméis olvido?

[77] 1 Cor. 6,20.

Y por accesorio, son vuestros mis ángeles, para defenderos, vuestros mis santos para rogar por vosotros; vuestra mi Madre bendita, para seros Madre cuidadosa y piadosa; vuestra la tierra, para que en ella me sirváis; vuestro el cielo, para que a él vengáis, vuestros los demonios y los infiernos, porque los hollaréis como esclavos y cárcel; vuestra la vida porque con ella ganáis la que nunca se acaba; vuestros los buenos placeres, porque a mí los referís; vuestras las penas, porque por mi amor y provecho vuestro las sufrís; vuestras las tentaciones, porque son mérito y causa de eterna corona; vuestra es la muerte, porque os será el más cercano tránsito para la vida.

Y todo esto tenéis en mí y por mí; porque lo gané no para mí solo, ni lo quiero gozar yo solo; porque cuando tomé compañía en la carne con vosotros, la tomé en haceros participantes en lo que yo trabajase, ayunase, comiese, sudase y llorase y en mis dolores y muerte, si por vosotros no queda. ¡No sois pobres los que tanta riqueza tenéis, si vosotros con vuestra mala vida no la queréis perder a sabiendas!

No desmayéis, que no os desampararé aunque os pruebe: vidrio sois delicado, mas mi mano os tendrá. Vuestra flaqueza hace parecer más fuerte mi fortaleza. De vuestros pecados y miseria saco yo manifestación de bondad y misericordia. No hay cosa que os pueda dañar si me amáis y de mí os fiáis. No sintáis de mí humanamente, según vuestro parecer, mas en fe viva con amor; no por las señales de fuera mas por el corazón, el cual se abrió en la cruz por vosotros, para que ya no pongáis duda en ser amados en cuanto es de mi parte, pues véis tales obras de amor de fuera y corazón tan herido con lanza y más herido de vuestro amor por de dentro.

¿Cómo os negaré a los que me buscáis para honrarme, pues salí al camino a los que me buscaban para maltratarme? Me ofrecí a sogas y cadenas que me lastimaban, ¿y negarme he a los brazos y corazón do cristianos adonde descanso? Dime a azotes y a columna, ¿y negarme he al alma que me está sujeta? No volví la cara a quien me la hería, ¿y volverla he a quien se tiene por bienaventurado en la mirar para adorarla? ¡Qué poca confianza es ésta, que viéndome por mi voluntad despedazado en manos de perros por amor de los hijos, estar dudando los hijos de si los amo, amándome ellos!

Mirad hijos de los hombres y decid:
¿A quién desprecié que me quisiese?

¿A quién desamparé que me llamase? ([78]).

¿De quién huí que me buscase?

Comí con pecadores, llamé a los apartados y sucios; importuno yo a los que no me quieren, ruego yo a todos conmigo; ¿qué causa hay para sospechar olvido para con los míos, donde tanta diligencia hay en amar y enseñar amor?

Y si alguna vez disimulo, no lo pierdo, mas encúbrolo por amor de mi criatura, a la cual ninguna cosa le está tan bien como no saber ella de sí, sino remitirse a mí: en aquella ignorancia está su saber: en aquel estar colgada su firmeza; en aquella sujeción su reinar. Y bastarle debe que no está en las manos de otro sino en las mías, que son también suyas, pues hicieron por el provecho de ella más que las propias suyas.

Y por sacarla de su parecer y que siga el mío, le hago que esté en tinieblas y que no sepa de sí. Mas si se fía de mí y no se aparta de mi servicio, *librarla he y glorificarla* he ([79]), y cumpliré lo que dije: *Soy fiel hasta la muerte*, *darte he corona de vida.* ([80]).

Laus Deo. ([81]).

---

[78] Eccli. 2,12.
[79] Ps. 90.15.
[80] Apoc. 2.10.
[81] Alabado sea Dios.

CARTA N.º 7[82]

E) AMOR QUE EN TODO BUSCA EL BIEN DE LA PERSONA A QUIEN AMA.

> «Vuestra voluntad es tuerta, y vuestro parecer ciego, no queráis tales guiadores. Guíeos aquella voluntad sumamente buena y que no puede querer sino lo bueno.»

Vuestra carta recibí con tanto amor como me fue enviada, porque de verdad podéis creer que, si nuestro Señor Jesucristo ha mandado y obrado en vuestros corazones que me améis por El y en El, lo mismo ha hecho en mí para con vosotras.

Y cuanto a lo que decís de vuestros trabajos, pláceme que los tengáis y pésame que los sintáis; porque creed por muy cierto que otro camino no hay para alcanzar los gozos del cielo que pasar acá trabajos por Cristo; que si otro hubiera nuestro redentor y maestro Jesucristo nos lo hubiera enseñado por palabra y por obra. Mas, pues su bendita boca llama *bienaventurados a los que lloran, a los que padecen hambre y sed, a los que padecen persecuciones* ([83]), y toda su vida no fue sino un continuo martirio, ¿qué duda nos queda a los que somos discípulos suyos, sino que firmemente creamos que éste es el camino de la salud? No dudéis, hermanas muy amadas, de seguir la luz que es Cristo; que sin falta, si váis por donde El fue, iréis a donde El fue; porque palabra suya tenemos que *adonde El estuviere, estará su sirviente* ([84]).

> No miréis de quién o por quién vienen los trabajos, como hacen los que dicen: si Dios me los enviase, sufrirlo habría, mas vienen de fulano y fulano, ¿por qué los he de sufrir?
>
> Estos teniendo ojos, no ven, porque los tienen puestos en tierra, y por eso se ciegan; mas si a Dios los alzasen, verían la luz de la doctrina de Dios, que nos enseña

[82] «A unas mujeres devotas que padecían trabajos».
[83] Cf. Mt. 5,5-6. 10.
[84] Cf. Jo. 12,20.

que por manos de los malos limpia Dios a los suyos, y por mano de esclavos enseña a sus hijos, y que todo lo ordena El para provecho de quien le ama.

Nunca tengáis cuenta con muchos, que es cosa de grande trabajo; tenedla con Dios y en sus benditas manos arrojaos; y venga el trabajo de donde viniere, recibidlo de su mano, y dadle gracias por el trabajo y por el descanso, que todo viene de una mano y de un amor, y el fin de todo es para nuestra santificación. Y si Dios os diese viva confianza de que sois amadas de El y que todo lo que os viene os lo envía El por vuestro bien y para ([85]) en testimonio que os ama, no os hallarían estas tinieblas; antes, aunque muy incrédulas fuéseis, creeríais a amor tan probado con tantos testimonios.

¡Oh fuego de amor perpetuo, y cuántos son tus testimonios del amor que nos tienes! Para esto creaste el cielo y la tierra, para esto nos sirven tus criaturas altas y bajas, para esto nos creaste y conservas después de creados, para que, pues es cierto que todo esto tú nos lo das, y no por temor que nos tengas ni por esperanza de lo que te hemos de pagar, veamos claro tu amor que está secreto, pues tantas señales públicas de él nos manifiestas, ¿quién será aquel tan descreído que, no habiendo pasado ni un solo momento de todos los años que ha vivido en el cual no haya recibido bienes de Dios, no crea de corazón que Dios le ama, pues otra cosa sino el amor no le compele a hacernos mercedes?

Cobran fama los hombres de dadivosos por diez o doce mercedes que hacen, son creídos los hombres por dos o tres testigos que traen en prueba de lo que dicen, ¿y por qué, hermanas, no cobrará el Señor en nuestro corazón fama y crédito de amador, pues cuantas criaturas hay y cuanto tenemos y somos dicen a voces que nos quiere bien Dios?

Y porque no pusiesen los hombres Inclín en estos testigos, por ser cosas bajas para dar testimonio de tan alta cosa como es el amor que nos tiene Dios, quiso El, por su infinito y eterno e incomprensible amor, darnos por amor a su amado Hijo, para que, teniendo una prenda y testigo de amor tan excelente como el mismo Dios, creyésemos esta verdad: Que nos ama Dios.

¡Oh abismo de infinita bondad, del cual tal dádiva sale al mundo, que *así lo ames, que des a tu unigénito Hijo, para que todo hombre que cree*

[85] Acaba.

en El y le ama no perezca, mas tenga la vida eterna! ([86]) Alábente los cielos con todo lo que en ellos está, y la tierra y la mar con todo su arreo, porque tú, tan grande, has amado tan grandemente a los que eran dignos de desamor. ¿Y quién será aquel que no te ame viéndose tan amado? ¿Quién será aquel que no esperará verte en el cielo, pues por nosotros fue visto Dios en la tierra, y tan abajado, que podamos bien creer que seremos ensalzados por El? Porque más fue abajarse Dios a ser hombre que los hombres ser ensalzados a ser participantes de Dios. Gran cosa es los hombres ser hechos hijos de Dios, mas cosa mayor es Dios ser llamado y hecho hijo de virgen. Gran cosa esperamos en ser compañeros de ángeles, mayor fue ser Dios acompañado de ladrones en día de su pasión. Y si os parece mucho unos tales como nosotros haber de ir delante el acatamiento de Dios a gozarnos con El para siempre, mayor cosa fue el Hijo de Dios estar colgado en la cruz ante tanto acatamiento de gente y con tanto propósito de padecer por los hombres, que, si conviniera al provecho de ellos estar en la cruz y padeciendo hasta el fin del mundo allí lo estuviera. Porque determinado tenía de recatar a los hombres, costase lo que costase; mas porque bastó y sobró lo que dio, no pasó más. Aunque nosotros le debemos dar gracias por lo que pasó y por el amor con que de terminó de pasar por nos mil tanto, si menester nos fuera.

Considerad, pues, esta muerte penosa y tan larga en la intención de Cristo nuestro Señor, y veréis que no es mucho que den vida sin fin y con gozo a los hombres que tuvieren fe y amor a este Señor, pues El por ellos ofreció una vida tan valerosa. Asentad, señoras, en vuestro corazón lo que dice San Pablo, y nunca de vuestra memoria se parta: *Que cuando Dios a su Hijo nos dio, todas las cosas nos dio con El* ([87]). Claro es que quien dio el Hijo, dará la casa y hacienda y todo lo demás, porque todo es menos que el Hijo, y tal Hijo.

Pues si todo esto habéis escuchado con aquellas orejas con que so oyen las cosas de Dios, yo sé que en todas las cosas que os acaecieren sentiréis el vivo amor con que Dios os las envía, y os serán todas unas luces que os declaren la benevolencia y bienquerencia que Dios os tiene, y hallaros habéis tan cercadas de saetas de amor, que no podáis (si piedras no sois) dejar de amar a quien tanto os ama. No esperaréis horas ni lugares ni obras para recogeros a amar a Dios; mas todos los acaecimientos serán despertadores de amor. Todas las cosas que antes os distraían, ahora os la

---

[86] Cf. Jo. 3,16.
[87] Cf. Rom. 8,32.

esforzarán. Porque decidme, ¿quién no confiará en quien ve ser tan amado, que a cada momento le hace mercedes?

> Bienaventurado aquel a quien Dios dio sentimiento de su bondad en todas las cosas y que de todas usa en viva fe;
>
> y miserable de aquel que hace de las armas de la confianza instrumento para desconfiar,
>
> y se le tornan carbones apagados y apagadores los encendidos carbones que Dios le envía para encenderle.

Mirad, hermanas, todo lo que os viniere con estos ojos, y daréis al Señor alegría; porque gran descanso es para un señor tener un criado que le entienda bien lo que dice. No seáis como los edificadores de Babilonia, que pidiéndoles instrumentos para edificar, derriban, No seáis maliciosas y sospechosas, que, si os saludan, penséis que os maldicen. No seáis víboras, que la dulzura de las flores que la abeja torna en miel, torna ella en ponzoña ([88]), Sabed contratar con Dios, pues ya una vez os abrió los ojos. Y no le seáis tan desabridas, que lo que Él os envía para señal que os ama lo toméis por señal que no os ama. Él lo envía para que más y más confiéis en Él; no lo toméis para entristeceros y derribar vuestro corazón con desconfianza. Señales son de paz, no de guerra, si vosotras mismas no estáis al revés.

¡Maldito sea este parecer propio, que tanto trabajo da a quien lo tiene y tanto desacato es contra Dios! Éste es el que no os deja reposar y el que mil cientos de veces os turba y angustia y os hace que no halléis anchura donde reposar, la cual veíais tan ancha y más ancha que lo que es la anchura del cielo si, dejado vuestro corto parecer, os encomendáseis en la infinita bondad del Señor, de la cual véis que tantas veces ha con vosotros usado.

Gran mal es, por cierto, no confiar que os ama, después de traídas, el que os trajo a sí estando apartadas. Amóos estando afeadas por vuestros pecados, ¿cómo no os amará ahora que os ha limpiado y emblanquecido con su sangre hermosa? No seáis de tan poca fe para con quien es razón que tanta tengáis. Poco hacéis en fiaros de quien tantas prendas tenéis. Vivid en fe de quien nunca desamparó a los que con humilde corazón de Él se fiaron.

---

[88] Veneno.

> Tened cuidado, no de regiros, mas de contentaros con Dios que os rigiere.
>
> Vuestra voluntad es tuerta, y vuestro parecer ciego: no queráis tales guiadores.
>
> Guíeos aquella voluntad sumamente buena y que no puede querer sino lo bueno.
>
> Ríjaos aquel saber que ni engaña ni es engañado.
>
> Echad vuestro cuidado en Aquel que tan bien cuida y vela sobre los que a Él se encomiendan.
>
> Arrimaos a Aquel que os trajo al conocimiento de su santo nombre y que os tiene aparejado reino sin fin.

Y porque si esto creyéseis y sintiéseis, los trabajos os serían rosas, por eso dije que me pesa que lo sintáis; y si lo sentís, no os derriben, mas sea vuestra fortaleza Aquel que por nosotros se hizo flaco.

No hay más papel, y por eso no os escribo más. Ésta hayan por suya todos los que vosotras mandáreis, y rogad por mí.

III. LA MEJOR ACTITUD DEL HOMBRE ANTE EL DIOS QUE LE AMA.

La reflexión sobre el amor de Dios al hombre, mueve inmediatamente al Maestro Juan de Ávila, a TOMAR POSTURA frente a este amor; y lo mueve, primero personalmente a él, y «empuja» a los demás a que la tomen. Sus cartas están llenas de urgentes y constantes «presiones» en este sentido; por eso su lenguaje se torna cálido, vivaz, directo, car gado de interrogaciones que se suceden y que expresan la fuerza de una tensión que suele terminar en la belleza de sus exclamaciones.

Juan de Ávila habla al hombro entero, no sólo al corazón, a los sentimientos, a la sensibilidad, al querer, a la razón... y a veces, muchas veces, este lenguaje se convierte en oración —ya lo hemos visto en alguna de las cartas anteriores—. estos largos diálogos del santo con Dios suelen contener, más claramente que sus enseñanzas directas, lo mejor de su doctrina.

Las cartas que incluso en este tercer apartado son ya UNA POSTURA frente al amor de Dios, y he calificado esta postura como ACTITUD; y entre las simples actitudes que se pueden tomar ante Dios, he recogido tres, frecuentemente repetidas por el santo en sus cartas.

a) Refugiarse en Dios como niños (Carta n.º 8).

b) Entregarse a Dios como barro (Carta n.º 9).

c) Esconderse en Dios con Cristo (Carta n.º 10).

III. LA MEJOR ACTITUD DEL HOMBRE ANTE EL DIOS QUE LE AMA.

CARTA N.º 8[89]

A) REFUGIARSE EN DIOS COMO NIÑOS.

> «Bastarnos debería, señora, esta palabra «mi padre» si nosotros fuésemos niños e hijos. No más que «mi padre», señora, no más, no más...»

San Pablo *se hizo todo a iodos para ganar a todos* ([90]); y si él lo hizo, por virtud de Cristo lo hizo; que él así lo confiesa, que *ora y obraba en él Cristo* ([91]). Y pues el siervo esto hizo y con espíritu del Señor, el Señor ¿cuánto más lo hizo y hará?

¿No ve vuestra señoría cuán propio viene a nacer para conformarse con los pequeños? ¿No ve cuán chiquito, cuán niño, cuán sin dar muestra sino de que hace frío y que Él es delicado? Escondida está la grandeza, y manifiéstase la flaqueza, y ¡cuán a su costa! Y pasa cochura por hermosura ([92]), pues mientras más descubre lo flaco, más descubre lo hermoso. ¿Qué cosa hay más flaca que llorar y después morir, y en un palo de malhechores? Mas ¿qué cosa más hermosa que amar Dios a sus criaturas hasta hacerse niño pobre y crucificado por ellas? *Aparece la humanidad y benignidad* ([93]), porque apareció la flaqueza y se escondió la fortaleza y grandeza; y cuanto parece descrecer en lo grande, parece crecer en lo bueno y amo-

---

89 «A una señora».

[90] Cr. 1 Cor. 9.19.

[91] Cf. Gal. 2,20.

[92] Cochura = acción de cocer. La idea del **san** to es que Dios al hacerse hombre, se «cuece» y al cocerse desaparece como Dios, y así aparece la hermosura de su bondad haciéndose hombre: «Pasa cochura por hermosura».

[93] Cf. Tit. 3,4.

roso. Y digo «parece», pues en Él no hay crecer ni menguar, sino para nuestra consideración ([94]).

Y pues tan chico y tan grande está, tan sin rigor de grande y tan acompañado de blandura de Niño, no sé qué se hace vuestra señoría, por qué no *pasa* de sí a *Belén a ver este Verbo de Dios hecho niño* ([95]), pues ve cuán propio está para ella, que siempre, desde que de Él es, le ha sido niña ella a Él, y Él Padre y ayo, que de la mano la ha traído y por ella ha hablado y ha obrado lo que ella ni sabía, ni podía, ni quería.

Mire bien en el pesebre,
y verse ha a sí misma
y verle ha hecho (Él) ella,
para ganar a ella;
pues ella es tan sin saber, fuerza y virtud como niña, sea del todo niña en la malicia y en todo mal.

¿Por qué será grande en la malicia y niña en la bondad, habiendo de ser, como dice San Pablo, *niños en la malicia y grandes en el sentir*? ([96]).

¿No ve cuán arrimado está un niño a «su padre», cuán asegurado de él, cuán esforzado con él? Que su único refugio, en todo lo que le viene, «su padre» es, con corazón y con boca; y ni por pensamiento le pasan malicias de desconfianzas con «su padre», ni otra cosa más de «mi padre».

Bastarnos debería, señora, esta palabra «mi padre», si nosotros fuésemos niños e hijos.

No más que «mi padre», señora, no más, no más; todo lo otro es mi enemigo, mi perdición, mi flaqueza, mi engaño.

No haya «YO» en arrimo,
no «Yo» en amor,
no «YO» en nada,
sino «mi padre» en todo y en mí.

Y entonces entenderá vuestra señoría
cuánta parte de sí ha sido ella,
y cuánto ha tomado para sí

[94] Sino para nuestra manera de ver.
[95] Cf. Lc. 2,15.
[96] 1 Cor. 14,20.

y quitado a Dios:
Y cuanto le ha quitado (a Dios),
tanto ha perdido, porque no hay salud
ni bienandanza sino en Dios.
Cuanto ha tomado de sí, ha perdido de Dios;
y por eso restitúyale lo que le ha tomado,
y restituírsele ha Dios ([97]).

Sea niña pequeña, para que le diga su Señor: *Nuestra hermana es pequeñuela, ¿qué le haremos para el día que le han de hablar?* ([98]) Toma Dios a su cargo a los pequeños para guardarlos en el día que los hablan las tribulaciones, y el día que le habla Él o de parte de Él. Y si flaquezas hay en estos tiempos, por no ser el hombre niño y tener gran ceguedad, que, siendo pequeño, se tenga por grande y algo. Flaqueza es ser flaco, mas insufrible cosa es no tenerse por tal.

Esta luz pida vuestra señoría siempre, porque no sea hallada ingrata y desconocida a su bienhechor y ser demonio debajo de vestidura de oveja. Guárdese de hurtar a Dios su honra, y de levantar ídolo contra Él, mas en verdadera niñez se dé a Él. Y lo que no fuere niñez, séale verdadero demonio, ayudándose de la niñez de Jesús, y ayudándola Él con su gracia. Y no halla miedo a trabajos, que es vergüenza con tal Padre.

Y hólgueme mucho de que desee estar firme en la verdad de su conocimiento.

---

[97] La idea que quiere expresar el santo en este párrafo, y en realidad en toda la carta, es que, pues somos, queramos o no, como los niños, débiles, pobres e inseguros, ¿por qué no nos portamos con Dios como niños? «Flaqueza es ser flaco, mas insufrible cosa es no tenerse por tal», dirá posteriormente.

[98] Cant. 8,8.

CARTA N.º 9[99]

B) ENTREGARSE A DIOS COMO BARRO.

> «Yo soy lodo, y tú, Señor, el ollero; haz de mí en todo tu voluntad.»

Si las penas nos viniesen las que nosotros queremos, no serían penas, y seríamos privados de la compañía de la cruz de nuestro Redentor, que es el mayor mal que nos podría venir. Hanos de venir lo que más desabrido nos es, porque así ha de ser curada nuestra voluntad, hasta que ninguna cosa nos venga que nos sea desabrida; y entonces seremos siervos de Jesucristo, que dijo: *No mi voluntad, sino la tuya sea hecha* ([100]).

Y pues Él, por su gran misericordia, tiene cuidado de enviar a vuestra merced la salud de su alma, no la reciba como herida que llega, mas como medicina que sana. Haga gracias a su Salvador y cíñase con fortaleza a pasar cosas mayores, que aún no nos ha venido lo que a verdaderos siervos del Crucificado suele venir, ni lo que nosotros debemos desear.

Todo lo que de fuera nos viene, hemos de pensar que nos lo envía Dios desde lo alto con misericordia, y pensar de dentro que merecemos muy mucho más, y no huir nuestro purgatorio, por mucho que duela. Cuando Dios ordenare que vuestra merced comience a padecer de verdad y le enviare lo que ella más huye de padecer, entonces confíe que es amada de Él, y tenga esperanza de ver con alegría la faz del Señor.

No es palabras el camino de Dios, y por eso no se desmaye en las pruebas, mas esfuércese en Dios, que le envía la guerra para coronarla con victoria, y recójase a Él en la larga oración, hasta sudar gotas de sangre si es menester, poniendo delante sus ojos al dechado de nuestra vida, Jesucristo nuestro Señor, que oró tres veces, y con tanto trabajo, sin ser luego oído, hasta que corrió *la sangre y regaba la tierra* ([101]).

Sujétese del todo a la voluntad del Señor,
y tórnese como un poco de lodo,

---

[99] «A una señora».
[100] Lc. 22,42.
[101] Cf. Le. 22,44.

y diga al Señor: *Yo soy lodo,*
y tú, Señor, el ollero;
haz de mí a toda tu voluntad ([102]).

No la halle Dios vestida, mas del todo desnuda de la propia voluntad porque por pequeña cosa que tenga sin estar mortificada, le dará no pequeña pena y desasosiego.

De Cristo es por justísima compra; no le pese de serlo ni huya del tratamiento de Él, mas de todo corazón le pida que la lleve para sí por donde Él sabe y quiere y no por donde ella quiere, aunque sea con tener extrema deshonra delante de los ojos de todo el mundo.

Mire que dé buena cuenta de esta lección que el Señor le ha enviado; porque si no, otro día no le enviará lo que a ella cumple, sino lo que ella quiere y será su mal. Cobre en Dios esperanza y pelee varonilmente, que de esto y de más es digna la amistad de nuestro Señor, y no se puede gloriar de amador quien no pasa mucho por el amado.

Esfuerce Dios a vuestra merced, tanto que baste ella esforzar a los flacos y consolar a los tristes, y déle perfecta obediencia a su santa voluntad y perfecta fe en su bondad. Amén.

[102] Cf. Rom. 9,21.

CARTA N.º 10[103]

C) ESCONDERSE EN DIOS CON CRISTO.

> «No hay lugar seguro donde asentar el corazón, sino en el secreto encerramiento y escondrijo interior, donde no entra sino sólo Cristo *estando cerradas las puertas*.»

¿Qué aprovechan espuelas cuando el jumento es tan perezoso como yo? Y juntándose con esto la carga de mi poca salud, no es maravilla que no escriba ni responda. Ésta se escribe con tanta *angustia temporum* ([104]), que no sé si irá de provecho.

Heme alegrado de *la ablactación del niño* ([105]), aunque sé que algunos mueren entonces por no tener fuerzas para comer pan con corteza. Mas como tenga a vuestra merced por *hijo de promisión* como a Isaac ([106]), espero de Jesucristo que no morirá con manjar de piedras, sino que *lo gustará*, como Cristo *el vino mirrado* ([107]). El consentimiento le quitará Dios; el sentimiento será tormento de cruz para gloria del que nos amó en ella; y rogándonos nuestros enemigos descendamos de ella, queremos más confesar a Cristo y estar en ella que negar y descansar.

Ya sabe vuestra merced la suma y omnipotente bondad de nuestro celestial Padre, que llega a sacar bienes de males y calor de frío; y por eso no desmaye de verse apartado de alas de padre que en la tierra vive, ni de hallar esterilidad donde pensaba hallar mantenimiento abundante.

Ose vuestra merced a estar a solas con Cristo,

---

103 «A un caballero de estos reinos discípulo suyo».

[104] «Ésta se escribe en medio de tantas dificultades...» (Cf. Dan. 9,25).

[105] Destete del niño. Se alegra el santo de que el destinatario de la carta esté «gustando» la cruz del sufrimiento que es como ser destetado en la vida cristiana, comenzando a tomar «pan con corteza». Todo este párrafo se entiende bien dentro de esta imagen (Cf. Gen. 21.8).

[106] Cf. Gen. 17,19.

[107] Cf. Mt. 27,34.

no desperdiciar los medios de los siervos de Él, mas por obedecer su ordenación, cuando quiere que quede vuestra merced sin abrigo en la tierra.
Porque entonces es costumbre del Señor nuestro hacer mercedes visibles y mayores,
que por medio de los suyos hacía, y aprende el tal hombre que tiene Dios, y muy buen Dios,
y dice: *Non solum sum, quid Pater mecum est* ([108]).

Y comienza a crecer en la fe
y ensancha su oración en el amor, siendo ayudado del amor con que ve ser amado.
así crece con lo que parecía y temía que había de desmedrar ([109]),
y halló compañía en la soledad, y anduvo sin báculo el flaco.
No falte cuidado de recibir al que es todo nuestro bien;
esté siempre diciendo con verdad: *Loquere*, *Domine, quia audit servus tuus* ([110]).

Encastíllese en su corazón, que, aunque es de flaqueza de vidrio, el que a él vendrá a morarlo hará tan poderoso, que todo lo que lo quiera combatir será vidrio, y él más fuerte que el acero. Y por no hacer esto hay flaqueza en el corazón cuando la hay, según está escrito: *Divisum est cor eorum; nunc interibunt* ([111]).

No hay lugar seguro donde asentar el corazón, sino en el secreto encerramiento y escondrijo interior, donde no entra sino sólo Cristo *januis clausis* ([112]).

Y fuera de aquí andan a tanto peligro como moza liviana fuera de casa entre malos hombres.

Y si hubiese justo castigo y bien ejecutado por cada salida a callejear el corazón *forte* ([113]) escarmentaríamos, como hace el jumento; aunque

---

[108] «No estoy solo, el Padre está conmigo» (Cf. Jo. 3,16).
[109] Perder.
[110] «Habla, Señor, que tu siervo escucha» (Cf. 1 Reg. 3,9).
[111] «Dividióse su corazón, por eso perecerán» (Os. 10,2).
[112] «Estando cerradas las puertas» (Cf. Jo. 20-26).
[113] «Quizás».

quien atento estuviere, luego verá el castigo que del cielo viene sobre el mismo corazón *quanio diligit movere pedes* ([114]); y es lo que luego sigue, *et Domino non placuit* ([115]). Uso quiere este negocio, que después el mismo corazón se está quedo, aunque le abran la puerta, como ave doméstica en jaula. Y ésta es la raíz de todo aprovechamiento, porque a los pies de Cristo lo ha de haber si verdadero ha de ser.

Christus Jesús sit cum ómnibus ([116]). Amén.

---

[114] «Cuando gusta de andar correteando» (Cf. Jer. 14,10).
[115] «Que no agradó a Dios».
[116] «Cristo Jesús esté con todos».

IV. — LA RESPUESTA DEL HOMBRE AL AMOR. AMAR A DIOS. ÉL ES EL MAYOR BIEN.

Las actitudes son POSTURAS provisionales; la postura definitiva del hombre frente al amor de Dios manifestado en Cristo, para Juan de Ávila, no puede ser otra cosa que el amor.

Ésta es ya una respuesta, y la respuesta definitiva: AMAR, amar a Dios.

¿Y amar por qué?

Las cuatro cartas que componen este apartado son cumplida contestación de la pregunta. No le faltan al santo razones que justifiquen la lógica del amor del hombre a Dios; da razones y muchas, y las da del más diverso tipo: desde las motivaciones un tanto mezcladas del propio interés del amador, hasta las más puras, en las que el hombre es invitado a que, olvidándose de sí mismo, se entregue al amor de Dios, por Dios mismo.

a) Invitación al amor (Carta n.º 11).

b) «Gustad y ved qué bueno es el Señor» (Carta n.º 12).

c) La doble ganancia de los que aman a Dios (Carta n.º 13).

d) ¿Qué os parece, hombres, este don? (Carta n.º 14).

IV. — LA RESPUESTA DEL HOMBRE AL AMOR. AMAR A DIOS. ÉL ES EL MAYOR BIEN.

CARTA N.º 11[117]

A) INVITACIÓN AL AMOR.

> «Amemos, pues, señor mío, y viviremos, amemos y seremos semejantes a Dios, y heriremos a Dios, que con sólo amor es herido; amemos y será nuestro Dios, porque sólo el amor le posee; amemos y serán nuestras todas las cosas...»

Muy reverendo padre:

Pax Christi ([118]).

Pues que nuestro Señor Jesucristo no es servido que yo esté por ahora donde gozase de la comunicación de vuestra merced y de esos señores colegiales, como deseo, sea su nombre bendito, y súfrolo en paciencia. En lo cual creo que no hago poca penitencia, porque difícil cosa es de sufrir estar apartado de quien el hombre ama. Y de verdad nunca tanto deseé la corrección de vuestra reverencia como ahora, porque creo que fuera para mucho servicio de nuestro Señor. Mas, pues al que le ama todas sus cosas le parecen bien, hablaré un poquito por ausencia, hasta que Dios dé la presencia.

Deseo mucho, señor mío, que buscásemos a Dios nuestro bien; y esto no como quiera, mas como quien busca un muy deseado tesoro, por amor del cual *vende todo lo que tiene* (2), creyendo quedar rico con tener una sola cosa, en lugar de muchas que poseía.

---

[117] «A una persona religiosa».

[118] La paz de Cristo.

¡Oh Dios y Señor y descanso de lo de dentro de nuestro corazón!

¿Y cuándo comenzaremos, no digo a amarte, mas siquiera a desearte amar?

¿Cuándo tendremos un deseo de ti, digno de ti?

¿Cuándo nos ha de mover ya la verdad más que la vanidad; la hermosura, que lo feo; el descanso, que el desasosiego; el Creador, tan lleno y suficientísimo, que la criatura, pobre y vacía?

¡Oh, Señor, y quién abrirá nuestros ojos para conocer que, fuera de ti, no hay cosa que harte ni que permanezca!

¿Quién nos descubrirá algo de ti, para que, enamorados de ti, vayamos, corramos, volemos y nos estemos siempre contigo?

¡Ah de nosotros que estamos lejos de Dios y tan poca pena tenemos de ello, que ni aun lo sentimos! ¿Adonde están los entrañables suspiros de las almas que una vez han gustado a Dios y después se les aparta algún tanto? ¿Adonde lo que decía David: Si *diere sueño a mis ojos y descanso a mis párpados, hasta que halle casa para el Señor*? ([119]). Y esta *casa* somos nosotros cuando no nos perdemos repartiéndonos en cosas diversas, mas nos recogemos en unidad de deseo y amor, y entonces nos hallamos y somos casa de Dios.

Creo que es la causa de nuestra tibieza lo que uno decía, que quien a Dios no ha gustado, ni sabe qué cosa es tener hambre ni tampoco hartura. Y así nosotros ni tenemos hambre de Él ni hartura en las criaturas; mas estamos helados, ni acá ni allá, llenos de pereza y desmayados, y sin sabor en las cosas de Dios, y propios ([120]) para causar vómito al que quiere sirvientes no tibios, mas encendidos en fuego, *el cual Él vino a traer a la tierra y no quiere sino que arda* ([121]), y porque ardiese ardió Él mismo, y fue quemado en la cruz, como *la vaca ruja* lo *era fuera de los reales* ([122]), para que, tomando nosotros de aquella leña de la cruz, encendiésemos fuego y

---

[119] Ps. 131,4-5.
[120] Aptos, a propósito.
[121] Cf. Lc. 12.49.
[122] Cf. Num. 19.3.

nos calentásemos, y respondiésemos a tan grande Amador con algún amor, mirando cuán justa cosa es que seamos heridos con la dulce llaga del amor, pues vemos a Él no sólo herido, mas muerto de amor.

Justo es que nos prenda el amor de quien, preso por nosotros, fue entregado en manos tan crudas. Entremos en la cárcel de su amor, pues Él entró en la del nuestro, y por eso fue hecho como *manso cordero delante de los que le maltrataban* ([123]). Y esta cárcel le hizo estar quieto en la cruz; porque muy mayores y más recias fueron las cuerdas y prisiones de nuestro amor que los clavos y sogas; que le apretaron, aquéllos el cuerpo, y el amor al corazón. Y, por tanto, átese nuestro corazón con su amor, atadura de salud, y no queramos tal libertad que estemos fuera de su cárcel; porque, así como está mal sano el que de su amor no está herido, así es mal libre quien de su cárcel no está preso.

No le resistamos ya más; dejémonos vencer de sus armas que son sus beneficios, con los cuales quiere matarnos para que vivamos con Él; quiere quemarnos para que consumido este hombre viejo conforme a Adán, nazca el hombre nuevo por el amor conforme a Cristo; quiere destruir nuestra dureza, para que, así como en metal líquido con el calor se imprime bien la forma que quisiere el artífice, así nosotros, tiernos por el amor, que *hace derretirse en oyendo hablar al Amado* ([124]), estemos muy aparejados y sin resistencia para que Cristo imprima en nosotros la imagen que Él quiere; y la que quiere es la del mismo Cristo, que es la del amor; porque Cristo es el mismo amor, y Él nos mandó que *nos amásemos como Él nos amó* ([125]).

Y San Pablo nos dice *que andemos en el amor, como Cristo nos amó y se entregó por nosotros* ([126]). De manera que, si no amamos, desemejantes estamos a Él, tenemos ajeno rostro, no le parecemos, somos pobres, desnudos, ciegos, sordos y mudos y muertos; porque sólo el amor es el que aviva todas las cosas, y él es el que es cura espiritual de nuestra alma, sin el cual está ella tal cual está el cuerpo sin ella.

Amemos, pues, señor mío, y viviremos;
amemos y seremos semejantes a Dios y heriremos a Dios
que con sólo amor es herido;

---

[123] Jer. 11,19.
[124] Cf. Cant. 5,6.
[125] Jo. 15,12.
[126] Ef. 5,2.

amemos y será nuestro Dios, porque sólo el amor le posee;
amemos y serán nuestras todas las cosas, pues que todas nos servirán, según está escrito: *Los que aman a Dios en todas las cosas tienen buen fin* ([127]).

Si este amor nos place, pongamos la segur ([128]) de la diligencia a la raíz de nuestro amor propio,

y hagamos caer a este nuestro enemigo en tierra.

¿Qué tenemos de nosotros? Pongámonos en Dios, no hagamos caso de nosotros, pues nos ama Dios; no nos duelan nuestras pérdidas, mas la de Dios, que son las almas que de Él se apartan. Y porque es dificultoso dejarnos de amar, echemos lágrimas con que sea fácil de cavar esta tierra. Gimamos a Dios de lo profundo de nuestro corazón, que nuestras lágrimas hieren a Dios, aunque ellas son tiernas, y Él es omnipotente. Pensemos buenos pensamientos, porque, como dice David, *es una fragua de fuego mi pensamiento* ([129]).

Sobre todo, metámonos, y no para luego salir, mas para morar, en las llagas de Cristo, y principalmente en su costado, que allí en su corazón, partido por nosotros, cabrá el nuestro y se calentará con la grandeza del amor suyo. Porque ¿quién, estando en el fuego, no se calentará siquiera un poquito? ¡Oh si allí morásemos y qué bien nos iría! ¿Qué es la causa porque tan presto nos salimos de allí? ¿Por qué no tomamos estas cinco moradas en el alto monte de la cruz, adonde Cristo se transfiguró, no en hermosura, mas en fealdad, en bajeza, en deshonra? Las cuales moradas nos son otorgadas, y somos rogados en ellas, siendo negadas a Pedro las tres que pedía ([130]).

Y si algún poquillo de fuego en nosotros se enciende, guardémoslo bien, no nos lo apague el viento, pues que es poco; cubrámoslo con ceniza de humildad, y callar y esconder, y hallarlo hemos vivo; y echemos cada día leña como Dios mandaba que el sacerdote hiciese, la cual es hacer buenas obras huyendo de perder el tiempo.

---

[127] Cf. Rom. 8,28.
[128] Hoz, hacha.
[129] Ps. 38,4.
[130] Hace referencia al suceso de la Transfiguración del Señor; Pedro pidió hacer allí tres «moradas», las cuales le fueron «negadas» (Cf. Mc. 9,4).

Y sobre todo alleguémonos al fuego que enciende y abrasa, que es Jesucristo nuestro Señor, en el Sacramento Santísimo. Abramos la boca del alma, que es el deseo, y vamos sedientos a la fuente de agua viva; que, sin duda, poniendo la miel en la boca, algo gustaremos, y el fuego en el seno ha de calentarnos. Y después y antes de comulgar tengamos algún aparejo; y los mejores son la fe cierta que vamos a recibir a Jesucristo nuestro Señor, y el pensamiento y amor de su pasión, pues en su memoria se hace. Y así recreados, aparejémonos para comulgar otra vez; porque quien entonces se apareja solamente a ella, muy pocas veces se hallará aparejado.

Corramos, pues, tras Dios, que no se nos irá; clavado está en la cruz; allí le hallaremos muy cierto; metámosle en nuestro corazón y cerremos las puertas de él porque no se nos vaya. Muramos a las cosas visibles, pues las hemos por fuerza de dejar. *Renovémonos con novedad de espíritu* ([131]), pues tanto tiempo hemos vivido en vejez. Crezcamos en conocimiento y amor de Cristo, que es sumo bien.

Y todo esto se alcanza con humilde oración y perseverante cuidado. Más se recibe en el alma que se hace del alma; más es ser movida y dispuesta que obrar ella de sí ([132]). Y por tanto, quitemos los impedimentos nosotros, y soseguemos nuestro corazón dentro de nos; esperemos allí a Cristo, el cual *entra las puertas cerradas a visitar* ([133]) y alegrar sus discípulos, y sin duda será con nosotros, porque de Él dice David: *Oyó el Señor el deseo de los pobres, y el aparejo de su corazón oyó su oído* ([134]). Y pues Cristo principalmente ha de obrar esto en nosotros no hay por qué desconfiemos; más fuertes en la fe de tal guiador, comencemos con fervor esta carrera, que lleva hasta alcanzar a Dios.

Y si luego no pudiéremos sujetar nuestro corazón como queremos, sufrámosle en paciencia, hasta que *Dios se levante y caigan nuestros enemigos* ([135]), hasta que *despierte y mande a la mar que esté quieta* ([136]); mas quiere que tengamos nosotros confianza en Él, aun entre las grandes tentaciones, aunque ya se quiera la navecilla hundir. Por tanto, no titubeemos, no desmayemos, no penemos a otros por el enojo que nos causa esta guerra

---

[131] Cf. Efe. 4,23.

[132] Quiere decir que vale más la acción de Dios en el alma, que lo que ésta puede conseguir por su propio esfuerzo.

[133] Jo. 20,26.

[134] Ps. 9,17.

[135] Ps. 67,2.

[136] Mt. 8.26.

continua de habernos de vencer. Algún día vendrá que *ponga Dios nuestros fines* ([137]) *en paz y durmamos sin que haya quien nos despierte* ([138]). Y ya que no alcancemos esta paz luego, más vale que andemos sudando y peleando por desarraigar nuestras pasiones que estar en sosiego por no querer seguir la perfección y contentarnos con vida de tibios. Sin duda es muy gran parte de la perfección el trabajar de verdad por alcanzarla. Desconfiemos, pues, de nosotros, y confiemos en Dios, y comencemos en virtud del Omnipotente; y nuestro principio sea humildad, figurada en la ceniza, y nuestro fin sea el amor, figurado en la resurrección, y así tendremos buena Cuaresma y buena Pascua.

A todos esos señores beso las manos, y me encomiendo en sus oraciones, y que les suplico que amen mucho a Dios y al prójimo, para que en el día del examen sepan bien responder, y les den el grado de laureados ([139]) y sean bien recibidos en el colegio de los santos, adonde para siempre aprendan del Libro de la Vida, que es Dios, el cual estará abierto delante de nuestros ojos para que le conozcamos y amemos y para siempre poseamos.

Jesús sea con vuestra merced,

---

[137] Dominios, territorio.

[138] Ps. 164,14 y Ps. 4.9.

[139] Bachilleres. Hace referencia a uno de los grados que en tiempo del santo se concedían en las universidades: El grado de baccalaureatus.

CARTA N.º 12[140]

B) «GUSTAD Y VED QUÉ BUENO ES EL SEÑOR».

> «Nada en la tierra encuentra sabroso, el que gustó, en verdad, los dones de Dios» (Cf. nota 3).

Si las flores de los buenos principios que Dios en el alma de vuestra merced ha producido por su misericordia la consuelan y dan contentamiento, ¡qué sería si vuestra merced se atreviese a andar un poquito más ligero por el camino de Dios, para que su misericordia tuviese ocasión de, como ha producido flores, producir frutos!

> Creo encontraría vuestra merced con tales cosas,
> que dejaría el cántaro, como la Samaritana,
> por mejor gozar del agua viva que Cristo da;
> *de la cual quien bebe, nunca más tiene sed,*
> *porque se hace en el vientre una fuente de agua viva que da saltos hasta la vida eterna* ([141]).

Entonces, señor, se quitarían de gana los deseos de las prosperidades de esta vida, y antes serían aborrecidas que amadas, como cosa que estorba el gusto de las cosas divinales, y cuyos cuidados ahogan la palabra de Dios. Gran verdad dijo aquel santo Pontífice: *Gustata carne desipit spiritus, ita gustato spiritu desipit omnis caro* ([142]); y en otra parte: *Son habet in terra quod amet, qui donum Dei in veritate gustavit* ([143]).

Entonces vienen al hombre juntamente gozo y dolor. Porque aquel *nuevo vino* ([144]) que Dios le da a beber, le embriaga con su dulcedumbre y le hace despreciar todo lo visible; y considerando cuánto tiempo ha carecido de él y bebido de los ríos de Babilonia ([145]) y vanidad de este mundo, no puede dejar de decir y llorar con S. Agustín: *Sero te cognovi pulchritudo tam antiqua, sero te cognovi, pulchritudo tam nova! Vae caecitati Mi,*

---

140 «A un sacerdote que estaba alegre por las mercedes que Dios le hacía».

141 Jo. 4,13-14.

142 «Gustado lo carnal se descontenta el espíritu, mas saboreado lo espiritual, se descontenta la carne».

143 «Nada en la tierra encuentra sabroso, el que gustó, en verdad, los dones de Dios».

144 Cf. Mt. 9,17.

145 Babilonia es el símbolo de los bienes puramente temporales.

guando non te cognoscebam; vae tempore Mi, quan- do non te amabam! ([146]). Y aunque él lloraba porque no había conocido a Dios por fe, andando envuelto en errores; mas si nosotros nos contentamos con conocer a Dios por fe y no le conocemos por la noticia experimental que del amor nace, y según conjeturas humanas se puede tener, también tendremos por qué llorar como él y decir: ¡Ay del tiempo cuando no te amaba!

Y este sentimiento de la pérdida del tiempo pasado es una gran señal que Dios entra en el alma: porque con la luz se ve en las tinieblas, y con el amor es condenada la tibieza, y con los celestiales conocimientos la sabiduría mundana. Job era gran siervo de Dios aun cuando estaba en la prosperidad, y creció tanto en el alma con la tribulación corporal, que dijo: *Auditu auris audivi te, nunc autem cculus meus videt te; idcirco ago poenitentiam in favilla et cinere* ([147]). Muy gran diferencia va, señor, cuando Dios nos da lumbre del cielo para conocer (aunque a nuestro modo) quién es el Bien sumo al cual hemos ofendido o no servido como debíamos, a cuando le miramos con la pequeña candelilla, de nuestra propia lumbre; porque cuanto excede el cielo a la tierra, tanto va de la inspiración del Espíritu Santo, que nos alumbra y ayuda a hacer penitencia, a la que es de nuestra cosecha.

> Y si vuestra merced quiere saber qué cosa es andar la mano de Dios en el alma; si quiere beber en la tierra una gotilla del río del deleite de Dios; si quiere llegarse a ver la visión de cómo *Dios está en la zarza, y no se quema la zarza aunque arda* ([148]), no aguce tanto el ingenio para inquirir cuanto el afecto para purificarlo.
>
> Más valen para esto amargos gemidos salidos del corazón que sutiles razones ni libros.

Arrójese a los pies del Señor crucificado como hombre culpado, ignorante y que no ha sabido darle contentamiento, aunque ha gozado de muchos bienes que la divina liberalidad le ha dado. Ensalce cuanto pudiere

---

[146] «Tarde te conocí, hermosura tan antigua; tarde te conocí, hermosura tan nueva; ¡Ay qué ceguedad, cuando no te conocía! ¡Ay del tiempo cuando no te amaba!» La frase literal de S. Agustín a la que parece hacer referencia el santo es: «Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé» (Confess., Lib. 10, cap. 27, n. 38).

[147] «Sólo te conocía de oídas; mas ahora te han visto mis oíos. Por ello hago penitencia entre el polvo y ceniza» (Job 42,5-6).

[148] C. Ex. 3,2.

la divina Bondad, y cuente uno por uno los beneficios que le ha hecho en cuerpo y alma desde que le creó, y cuente entre ellos que, no siendo él digno de servirle de mozo de cocina, le dio en su casa tan honrado lugar de sacerdote suyo. Mire bien cómo ha respondido a éstas y otras mercedes, y conjure a la divina misericordia que, por aquellas entrañas con que le ha hecho tantas mercedes, por las mismas dé el conocimiento y agradecimiento de ellas y el servicio correspondiente a ellas.

Quéjese vuestra merced mucho de su propia ingratitud, condene su tibieza en que ha vivido, arda en su corazón el celo de la honra de Dios, y vengúese a sí mismo por haber preciado poco al que le preció a 61 tanto, que se puso en una cruz por él. Y si estas cosas no le movieren el corazón, téngase no por hombre de carne, sino por corazón de piedra, y confúndase mucho, y gima a Cristo, porque, teniendo Él su corazón sacratísimo y limpísimo abierto con lanza, *y manó de él sangre y agua* ([149]) en remisión de nuestros pecados, no se hiera y abra nuestro corazón con la lanza de su amor y salga de nuestro corazón la podre y hedor de nuestras malas y vanas afecciones que en él están encerradas. ¡Oh infeliz de aquel que no es herido con la lanza, clavos y espinas del Señor, y se queda malsano y sobresano, y tiene lo de dentro podrido, según dijo el Señor al otro Obispo: *Nomen habes quod vivas, et mortuus est!* ([150]).

Despertemos, señor, despertemos antes que nos tome la muerte durmiendo, y metamos la mano en lo más íntimo de nuestro corazón, y escudriñémoslo con candelas, porque el juicio de Dios desde allí ha de comenzar como de lugar de su morada: *Incipite a sanctuario meo*, dijo Él a Ezequiel ([151]). Miremos adonde mira nuestro corazón, y si no mira al norte, que es Dios, gimamos y temamos y pidamos: *Averte oculos meas ne videant vanitatem* ([152]).

Porque ¿qué cosa es todo lo que está debajo del sol, sino vanidad? ¿Y qué son los que estas cosas aman, sino vanos como las cosas que aman? *Et telas araneae texuerunt, quae non proderunt eis in vestimentum, nec operientur operibus suis* ([153]). ¡El corazón, señor, a Dios! *Oculi mei sem-*

---

[149] Jo. 19,34.

[150] «Tienes nombre de vivo y estás muerto» (Apoc. 3,1).

[151] «Empezad en mi santuario» (Ez. 89,6).

[152] «Aparta mis ojos para que no vean la vanidad» (Ps. 118,37).

[153] «Y tejen telas de araña... que no sirven para hacer vestidos, no pueden cubrirse con su obra» (Is. 59,6-6).

per ad Dominum ([154]). Deje a los vanos seguir sus vanidades, que ellos y ellas perecerán; pásese a la región de la verdad, que ha de durar para siempre.

Y acuérdese que, cuando el Juez soberano se sentare en su silla y juzgare según la verdad, aprobará por mejor el lloro que la risa, y la penitencia más que el regalo, y las temporales necesidades con paciencia llevadas que las consolaciones que tienen los ricos, a los cuales dijo: *Vae vobis!* ([155]). Y entonces se holgará uno de no haber tenido muchos a su cargo de quien le sea pedida cuenta, porque verá que tiene harto que hacer en darla de sí; y, en fin, parecerá más cuerdo quien emplea su vida y cuidado en purificar su alma y ser amador de Dios que el que se descuidó de esto y puso su mayor cuidado en otras cosas que se le antojaron.

Y pues nuestro Señor ha comenzado a abrir los ojos a vuestra merced, tiene por qué gozarse con la nueva merced; mas tiene por qué temer si no la sabe conocer y acrecentar. Pase adelante, señor, pase adelante, y sabrá aquello que está escrito: *Ducam te per semitas aequitatis; quas cum ingressus fueris, non arctabuntur gressus tui, et currens non habebis offendiculum* ([156]).

Y si quisiere correr por los hermosos caminos de Dios, no vaya muy cargado de tierra; que cuanto más dejare por Dios, tanto El más le dará de su gracia; y cuanta más gracia, más correrá; y mientras más corriere, más gana le dará de dejar más, por poder más correr.

Porque si el que halla el tesoro escondido en el campo *vende cuanto tiene* ([157]) por comprarle,
¿qué hará quien encuentra con el dulcísimo *maná escondido* ([158]) de la dulcedumbre de Dios, sino, por comer de él con entrambos paladares, ayunar de todo lo demás de la tierra
y decir con sus entrañas:

[154] «Mis ojos siempre en el Señor» (Ps. 24,15).

[155] «Ay de vosotros» (Lc. 6,24).

[156] «Te enseñaré el camino de la sabiduría, y cuando andes por él no se enredarán tus pasos, y aunque corras no tropezarás» (Prov. 4,11-12).

[157] Mt. 13,44.

[158] Cf. Apoc. 2,17.

Quid mihi in coelo? et a te quid volui super terram?
Defecit caro mea et cor meum!
Deus cordis mei, et pars mea Deus in aeternum! ([159])
¡Oh parte rica!
¡Oh parte que es todo, al cual comparado todo, es como grano de mijo a la grandeza del cielo!
¿Y quién es aquel que contigo no se contenta,
y que no desea estar desnudo para que tú seas su riqueza?
Y si hicieren burla de él porque *vendió cuanto tenía por comprar aquel campo* ([160])
él llorará de compasión por los otros y se gozará de haber hecho tal trueco ([161]) que dejó muchas cargas para mejor seguir a Dios,
y compró *una perla* ([162]), que sola ella vale más que lo que dejó,
y que todo el mundo.

Añada vuestra merced alguna poca más de penitencia a la que hacía, ore más, limosnas más, cuidado sobre su corazón, obras y lengua, y de ésta se guarde como del demonio, y téngala atada como a bestia fiera, dañosa, y no la suelte a hablar sino con grande acuerdo y encomendándose a Dios. Agradezca lo que le ha nuestro Señor dado, para que se haga capaz de más. Sea el altar su deseo, su gozo y descanso, como el *nido para el pájaro* ([163]); y el Señor, que es fiel, acabará lo que ha comenzado y le dará aumento de gracia; y cada día le sea más provechosa; y pare en ganar aquella vida que sola es vida y digna de perder mil vidas por ganarla.

El Señor Jesús, que con su muerte nos la ganó, dé a vuestra merced fuerzas para que, holladas ([164]) todas las cosas, a El solo ame y a todos por

[159] «¿A quién tengo yo en los cielos? ¿Y fuera de ti que deseo sobre la tierra? ¡Desfallece mi carne y mi corazón, Él es la parte de mi herencia por siempre!» (Ps. 72,25-26).
[160] Mt. 13,44.
[161] Cambio.
[162] Mt. 13,44.
[163] Cf. Ps. 83,4.
[164] Pisadas.

El. Y por su amor le pido se acuerde de este su servidor en sus oraciones y santos sacrificios, que yo, según mi flaqueza, lo mismo hago por vuestra merced.

Algún día estoy para predicar.

CARTA N.º 13[165]

C) LA DOBLE GANANCIA DE LOS QUE AMAN A DIOS.

> «Este amor común, este socorrerse y favorecerse unos a otros y consolarse en sus trabajos y gozarse en sus bienes, gran paga es y vale más de ciento.... Mas todo esto, alma, aunque precioso en sí, es poco comparado... a El dándose a él...»

El Espíritu consolador more siempre en vos y santifique vuestra alma y cuerpo, para que seáis agradable en todo lo que hiciéreis al que todo se ofreció por vos en la cruz; siendo santo fue tratado como si no lo fuera, pagó para que en pago de su liberal amor, vos liberalmente os déis. Y de esta dádiva El no gana cosa alguna, porque es inefablemente rico.

El es fuente donde todos beben; a quien todos han menester y El a ninguno; y si pide no es por necesidad, mas por bondad; no por pobreza, sino para dar El riquezas y tener El ocasiones para hacer bienaventurados a todos; y dándole a El un poco, da mucho; dándole uno, da El ciento tanto —poco digo—, mil tanto y millones tanto, y aun más porque cuando dijo que *daría ciento y tanto a quien deja por su amor padre o madre, o bienes de acá* ([166]), entendió que aquello es la paga de acá, adonde El favorece a los que a El se allegan con favores que les son provechosos, dándoles, por el padre que dejan, a muchos que con entrañable caridad y hermanable los aman.

Y así hallan posadas por la que dejaron, y en fin, tienen por suyo, para lo que han menester, lo que tienen todos los que aman a Cristo y participan del mismo espíritu que El; los cuales, como son todos uno en el que es sumamente Uno, luego aceptan en su compañía e unión al que ven haber recibido de Cristo lo que ellos recibieron y ser así amado como ellos lo fueron, y alegres con el nuevo hermano mayor primogénito de Dios Padre,

---

[165] «A una religiosa».

[166] Mt. 13,29.

primogénito *inquam* ([167]) de Jesucristo nuestro Señor ([168]), y tanto más y de mejor gana le querrían dar, cuanto más ven que dejó por Jesucristo, porque son cuidadosos de agradecer lo que por Jesucristo se hace y que ninguno tenga que arrepentirse por haber comenzado a servirle.

Este amor común, este socorrerse y favorecerse unos a otros, y consolarse en sus trabajos y gozarse en sus bienes, gran paga es y más vale de ciento, más que lo que por Jesucristo se dejó; porque la unión hecha por Dios y la cristiana concordia, es muy rica y poderosa y alegre y contra todo invencible, pues está en ella y entre ellos Cristo.

> Mas todo esto, alma, aunque precioso en sí, es poco
> comparado a lo que el Señor da;
> comparado a El dándose a él,
> comenzando aquí
> y acabando en el otro siglo,
> como el Evangelio dice, que *dará allá la*
> *vida eterna* ([169]), en la cual Dios es poseído
> del que allá está.
>
> Este es el *jornal grande, mucho*, de que Dios dijo a Abraham ([170]) y el que prometió a sus apóstoles en pago de las injurias, miserias, y persecuciones que por El padeciesen.
>
> Y por ser tan grandes, les mandan que no estén tristes, sino *alegres en medio de las persecuciones* ([171]); y con esperanza de gozar de Dios, llevan con ligereza la carga de los trabajos.

Y pues Dios primero os buscó y comenzó a daros su amor y a enseñar su regalo con promesas de mayores bienes, sed agradecida y trocaos de buena gana por El. Sed vos suya, que El quiere ser vuestro, y no seáis encrédula a promesa tan alta, pues en su pasión hallaréis testigos de aquesto,

---

[167] Diré más bien.

[168] A nosotros hoy nos resulta extraña la terminología que utiliza el santo en esta frase, pues parece que llama al discípulo de Jesucristo «hermano mayor primogénito de Dios Padre...» Estos calificativos hoy se aplican sólo a Jesucristo.

[169] Mc 10,29 s.

[170] Gen. 15,1.

[171] Mt. 5,11 s.

si os acordáis de aquel día que fue día de la muerte de uno y vida de muchos.

Dice un evangelista que *entregaron a nuestro Redentor a la voluntad de aquellos que mal le querían* ([172]), y El no rehusó de ser entregado, aunque vió los corazones de ellos muy llenos de rabia para atormentarle de diversas maneras; mas así como *cordero y oveja que no bala, calló* ([173]) y sufrió ser puesto en ajenas manos, para que se hartasen de hacerle mal y El no de padecer. Y, aunque mucho padeció, más amor le quedó para más padecer, si menester fuese. Y de tal manera ofreció la mejilla, que, *siendo herido en una cara, quedó aparejado para tomar a sufrir en la otra mejilla* ([174]), y, siéndole quitada la vida, quedó aparejado a tornarla a padecer, si a la gloria del Padre y bien de los hombres conviniése, quedando siempre su amor vencedor sobre su dolor.

Aunque su amor venció a todos los amores y su dolor venció a todos los dolores, entre dolor y temor y amor quedó vencedor, para que vos creáis que, pues se entregó sin dudar en las manos y voluntad de quien sabía cuán mal le habían de tratar, que no dudará de ponerse en vuestro corazón, pues sabe que le amáis y El mismo os dio su amor.

Por tanto, amada de Jesucristo, no os quedéis en vos, pasaos a El, perdeos en El y entregaros en manos de los dolores por amor de la semejanza de El, que muy gran dicha es la vuestra en padecer por quien por vos padeció. Grande honra es que podáis decir: *Mi amado a mí y yo a mi Amado* ([175]). El me amó y yo a El, El se entregó a la cruz por mí y yo por El. ¿Qué alteza, qué bien hay igual a éste: andar aunque no a las parejas con el Creador, a lo menos con El a las semejanzas?

Y si no corréis tanto como El, corred por donde corrió El. Poned aquí vuestros ojos y miraos en El como espejo; y, aunque lo que padecemos merecen nuestros pecados, y aun uno solo, no deja Cristo de recibirlo como cosa que se pasa por El, pues nos vé en la pelea por no ofenderle a El, y el solo amor que le tenemos nos hace pensar de lo pasado y abrazar la pena aquí y aborrecer lo que en este mundo florece, por no ser conforme a su cruz.

[172] Lc. 23,25.
[173] Cf. Act. 8,32.
[174] Cf. Mt. 5,39.
[175] Cant. 2,16.

Haced, pues, hermana, como soléis, y cada día muy mejor, de daros a quien os pide para dárseos Él en general ([176]). Dad este trueque ([177]), pues El así lo quiere y, conociendo vuestra bajeza y su alteza, quiso tomaros por *suya y* dárseos El por vuestro. Así sea; y por ello sea glorificado, que derrama las riquezas de su bondad en los flacos, bajos e indignos, todo para gloria suya y bien nuestro. El sea todo vuestro. Amén.

---

[176] En todo.
[177] Haced este cambio.

CARTA N.º 14[178]

D) ¿QUÉ OS PARECE, OH HOMBRES, DE ESTE DON?

> «Hermoso es, provechoso es, bueno, rico, sabio, piadoso, fuerte para pelear por ti y blando para recibirte a ti, riguroso contra tus enemigos, manso en sufrirte y recibirte...»

La paz de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vuestra merced.

Señal muy clara de no amar es afligir sin compasión al que ama. Creo que vuestra merced y la señora doña Leonor piensan que tengo yo el corazón de piedra o de hierro, pues que tan sin duelo se quejan de mí con palabras que me dan tormento.

Certifico a vuestra merced que los amo tiernamente, que más es menester consuelo de como no los voy a servir, que no reprensiones y quejas. Pero ¿qué haremos, que hemos de negar nuestra voluntad por la de Dios? En la cual tengo yo esperanza firme que me guía por quien El es en la predicación de su palabra, pues es *negocio* que El tiene tanto a su cargo, por tocarle en cosa que tanto ama, que son las almas. No lastimen, pues, ya al que tiene trabajo por disimular su pasión y se hace fuerza por no amar tanto, a lo menos por recibir tanto las impresiones que causa el amor.

Pero ¿qué hago? Gasto tiempo en rogar que no me den pena. Creo que yerro en ello, que más quiero que ellos descansen en quejarse de mí, si en ello aplacan su pena, que excusar a mí del trabajo que sus penas me dan. Plega ([179]) a Dios y tanta merced me haga a mí pecador, que por el bien de esas ovejicas ponga yo mi vida; que aquél sería descanso mío, aprovecharles en algo.

¡Oh, ¿cómo nos detenemos en palabras, teniendo tanto bien de gozar, *como* es Dios? ¿Por qué entendemos en otra cosa, pues en esto hay tanto que hacer? ¡Oh ceguedad de los hombres, que huyen del gozo, pensando que van a buscar algún gozo; vuelven las espaldas a quien siempre los querría abrazar y dar beso de paz.

---

[178] «A un su devoto».

[179] Plazca, quiera Dios...

¡Oh Dios nuestro y amador de los hombres!

¿Cuándo tornaremos a ti con crédito firme, que nos quieres bien, y con *alma* vacía de nonadas de criaturas,
para que sea llena de tú, oh descanso de dulcedumbre
y hartura de los cielos y de la tierra?

¡Ah de nosotros tan crueles para nosotros por perder tanto bien y tan crueles para con Dios, pues no le queremos cumplir su deseo, que es de darnos mercedes y darnos besos de paz! El cual deseo es tan grande en El, que creo, si el pudiese padecer, le mataría o le haría caer enfermo de amor. ¿Por qué afligimos a quien consolarnos desea? ¿Por qué quitamos los ojos de tal hermosura? ¿Por qué no queremos abrir nuestro seno y recibir en él al que en el cielo y tierra no cabe, para que hombres, nos tornemos divinos?

¡Oh maldita sea tal dureza y porfía y tan sin razón! Y ¿hasta cuándo ha de durar y hemos de salir con la nuestra? Dejémonos ya vencer de las saetas de Dios, tan amorosas; y siendo heridos, le heriremos a El; y enflaquecidos, seremos fuertes; y muertos viviremos; porque pasaremos de nosotros a El, trocando nuestra nonada por su cumplimiento ([180]) de bienes, los cuales comunica El a quien le ama, pues de los amigos todas las cosas son comunes, y dando el corazón por el amor, todo lo demás va tras El.

¡Oh codicia de los avarientos!, y ¿dónde estás tan mal ampleada si esto no sabes? Oyelo bien:

que puedes ganar a Dios si amas a Dios.

Y si esto sabes, y no vienes, la boca abierta, *como ciervo* herido *y sediento a las fuentes de las aguas* ([181]),
muy necia eres,
pues eres tan poca que con tan poco te hartas.

Amemos a Dios y será nuestro Dios.

¡Oh Dios tan bueno, que de tan bueno, eres muy importuno, no en pedir que te den, mas en rogar que reciban, no oro ni plata, mas lo mejor que tú tienes, que eres tú mismo!

¿Qué os parece, oh hombres, de este don?

---

[180] Todo. Quiere decir: «Cambiando nuestra nada, por su todo de bienes».
[181] Cf. Ps. 41,2.

¿Pondréis en El alguna tacha, por achacosos y mal contentadizos que seáis?

No podréis, por cierto; ninguna razón tenéis para no quererlo.

Hermoso es,
provechoso es,
bueno, rico, sabio, piadoso,
fuerte para pelear por ti y blando para recibirte,
riguroso contra tus enemigos, manso en sufrirte y recibir,
aunque tú eres grande enemigo, pues no le amas, habiendo tanta razón de le amar.

Mas dirá algún achacoso: No sé si querrá ser mío, que yo deseo le tengo.

Deja, por Dios, los achaques, que nacen o de pereza o de poca fe. Pluguiese a Dios que abriésemos ya nuestros ojos, ciegos con la vista de las criaturas, y, desocupados los vasos de los corazones, los pusiésemos hasta esta fuente de agua, que harta y refresca; y veríamos que si ahora no corre es porque está detenida por no hallar quien quiera beber. La poca codicia y deseo es impedimento para que no corra; la mucha plática que en nuestros corazones traemos nos impide la habla de quien tanto desea hablarnos, y estos sentimientos devotos y ardores de amor, los cuales son sus palabras muy encendidas, que callando dan voces.

Éste, pues, sea nuestro cuidado y nuestro trabajo, apartarnos primero de darle enojos, olvidar luego todas las cosas, por mejor acordarnos de Él, y olvidarnos, lo tercero, de nosotros mismos, pues somos una de las criaturas, todas las cuales conviene pasar, para del todo emplearnos en Dios. No nos parezca esto recio, pues lo menos de ello hemos de hacer nosotros. Lleguemos ya a nuestro Dios, desocupados los corazones acostumbrados a amar a las criaturas, siquiera los tres raticos acostumbrados de la mañana, y tarde y noche; y de día —quiero decir entre las ocupaciones— trabajemos de acordarnos de Dios, porque muy poca es la obra para impedir esta nuestra obra, si queremos darnos a ello y perseverar. No digamos: no puedo, a lo que no hemos probado. Mucho puede el uso y porfía, y sobre todo la gracia de Dios, que sale al camino de quien le quiere buscar. Enséñase Dios ciertamente a quien persevera en buscarle; porque si no quisiera darse, no convidara consigo, pues es suma verdad que a nadie engañó.

Metámonos en nuestro corazón y cerremos las puertas, que así entró Cristo a sus discípulos, y allí callemos, y las que hablamos, siendo ha-

bladas de Él, son verdaderas. Y siendo consolados y abrazados de Él, acordémonos de su santísima ley, que es que como Él lo hace con nosotros, quiere que lo hagamos con nuestros prójimos.

No más; que pues *el fin de toda ley* y mandamiento *es la caridad* ([182]), razón es que lo sea de nuestra carta prolija ([183]), escrita con caridad. Trabajemos de nos enmendar, porque es ya vergüenza pasársenos los días y no venírsenos el seso.

Jesús sea con vuestra merced y con todos. Amén.

---

[182] 1 Tim. 1,5.

[183] Quiere decir que por caridad no debe alargar más la carta.

V. — POR GANAR A DIOS MERECE LA PENA PERDERLO TODO.

Dios es el mayor bien, acabamos de escuchar en las frases encendidas, de Juan de Ávila. La grandeza del bien que es Dios, se pone ahora de manifiesto de una nueva manera: A su lado todo lo demás nada vale; el que lo pierde, poco pierde.

Pero, al fin y al cabo, perder es siempre perder. Por eso Juan de Ávila, aun manteniendo la necesidad y veracidad de esta pérdida, habla de su verdadero sentido: «Porque así como el que a sí busca pierde a Dios y a sí mismo, también el que a Dios busca, halla lo que busca, que es Dios, y también a sí mismo que no se buscaba» (Carta 17).

En otra carta explica también el sentido de esta pérdida: «La muerte délas afecciones a toda criatura que Dios le pide es muy justa; y así está dicho por boca de San Pedro (?): *Los que tienen mujeres, como si no los tuvieren; y los que usan de las cosas de este mundo, como si no las usasen* (1 Cor. 7, 29.31). Y esta muerte no quita el amor de los prójimos ni quita el amor de las cosas de Dios; porque como después de la muerte del Señor vino su resurrección, así después de esta muerte de todas las cosas viene una resurrección, que es de una nueva vida, en la cual el alma se alegra de todas las criaturas de Dios y las ama y abraza, gozando de ellas en el mismo Dios» (Cf. Cart. n.º 90 Epis. Obr. Comp. T.I. BAC. Líneas 72-83).

Las cuatro cartas que integran este apartado nos hablan de la dimensión de esta pérdida-hallazgo.

a) Perder la propia voluntad en la de Dios (Carta n.º 15).

b) Perder la búsqueda de la mera satisfacción personal (Carta n.” 16).

c) Perder el propio Proyecto de vida (Carta n.º 17)

d) Aun la muerte ganancia (Carta n.” 18).

V. POR GANAR A DIOS MERECE LA PENA PERDERLO TODO.

CARTA N.º 15[184]

A) PERDER LA PROPIA VOLUNTAD EN LA DE DIOS.

> «Y vuestra pelea sea contra vuestra voluntad, dándosela a Cristo las más veces que pudiereis y lo más entrañablemente que pudiereis; y decid a vuestro corazón; ¿Cuál es más razón que sigas la voluntad de Dios o la tuya?

Acreciénteos Dios las buenas pascuas, pues en haberlas vos tenido las he recibido yo.

Gracias a su misericordia que os ha dado mayores prendas de ser vuestro, pues os ha dado mayor deseo de ser suya. Pídeos como a tal el corazón desocupado, pues cada uno quiere morar en su casa; y así de aquí adelante os velaréis, no como a vos, sino como a cosa de Dios, y tendréis gran cuidado de morir a todas las cosas y echarlas de vuestro corazón diciéndoles: «No impidáis el lugar al Señor»; pues aunque se lo dé todo desembarazado, aún es muy poco.

> Y vuestra pelea sea contra vuestra voluntad, dándosela a Cristo las más veces que pudiereis y lo más entrañablemente que pudiereis; y decid a vuestro corazón:
>
> ¿Cuál es más razón que sigas, la voluntad del Señor, o la tuya?
>
> Pues por seguir la tuya te has perdido, y por seguir la de Dios te has ganado.
>
> Tu amarte ha sido aborrecerte y echarte en los infiernos; mas el amarte Dios ha sido hacerte bienes.

[184] «A una mujer devota».

De manera que con más razón te puedes fiar de la voluntad de Dios que de la tuya, pues lo has hallado más fuerte en querer tu bien que a ti mismo.

Toma, pues, esta voluntad buena por tuya y deléitate en cumplirla, y a ninguna cosa te muevas por la tuya, sabiendo que lo que de ella naciere es fruto de imperfección. Decid muchas veces con el corazón y algunas con la boca: *Padre no mi voluntad sino la vuestra sea hecha* (1). Y en todo lo que hagáis y penséis y habléis buscad el solo contentamiento de Dios, y hallarlo héis en el comer, y en el dormir, y en el hablar, y en el callar; y viviréis consolada en todas las cosas, porque en todas las cosas que no son malas hallaréis al Señor.

Y aprovecharos ha para esto la doctrina de nuestro Señor, que dice: *Quien quiere venir tras mí meque se a* sí *mismo* ([185]). Y aprovecharos ha que cada vez que comulgareis hagáis renunciación de vuestra voluntad en la de nuestro Señor y el pedirle muchas veces por merced que, pues vos no la podéis dar, la tome Él y os dé la suya por vuestra. Y aunque sean pocas cosas, no dejéis salir a vuestra voluntad con lo que quiere, sino contradecidla; y amad a quien os la contradice, porque el ensayarse en las cosas peque ñas aprovecha para las mayores.

Cristo os favorezca para que del todo seáis suya. Amén.

[185] Mt. 16,24.

CARTA N.º 16[186]

B) PERDER LA BÚSQUEDA DE LA MERA SATISFACCIÓN PERSONAL.

> «Fúndese vuestra reverencia en no buscar su consuelo, aun en lo que parece quererlo Dios; porque esto ha echado a perder a muchos sin lo sentir... Y digo esto porque leí en la carta de vuestra merced esta palabra de buscar consuelo...»

Aunque la respuesta de la carta de vuestra reverencia va tarde, la alegría que esa carta me dio no fue tarda ni pequeña, pues en ella vi cumplido lo que deseaba cerca del asiento de vuestra reverencia en esa santa Compañía que tiene a Jesús por Patrón ([187]). A Él gracias por las mercedes que a los hombres hace, cuyo amor con ellos es tanto, que parece en ello irle la vida.

Ya vuestra reverencia sabe el dicho del Señor por boca del Eclesiástico, en que nos manda aparejar nuestra alma a la tentación y *estar en temor y justicia* ([188]). Y aunque por la misericordia de Dios no ahora se llegue vuestra reverencia a su servicio, pues hace días que conoce al Señor, o por mejor decir, *juxta verbum Pauli, es cognitus ab eo* ([189]); mas por tomar nueva compañía y nuevo modo exterior ([190]), le hace tomar las dichas palabras como a su propósito dichas, porque toda mudanza suele turbar algo, y es cosa que puede desasosegar a los que están muy sobre el aviso. Júntase a éste el tener a quien obedecer, que es otra cosa asaz nueva para quien no lo ha usado.

Y por estas y por otras causas no estoy sin recelo que nuestro antiguo enemigo ha de trabajar por tentar y derribar y hacer tornar atrás; y por eso

186 «Al P. Diego de Santa Cruz de la Compañía de Jesús en Coimbra».
187 Se refiere a la alegría que le ha causado al santo el ingreso del destinatario de la carta en la Compañía de Jesús.
188 Eccli. 2,1.
189 «Según San Pablo, es conocido por Él.»
190 Nueva forma de vida.

conviene *velar y orar* ([191]), según la palabra del Señor, y mirar con sutil vista los movimientos del corazón, de dónde nacen y adonde van a parar; porque lo que yo en los que a Dios sirven temo, es el engaño del propio corazón, que el enemigo causa con semejanza de espíritu bueno, y es tan dificultoso conocer un hombre los senos de su corazón, que, si no hay mucho cuidado y lumbre del cielo, a cada paso será engañado, pensando que acierta.

> Fúndese vuestra reverencia en no buscar su consuelo, aun en lo que parece
> quererlo por Dios;
> porque esto ha echado a perder a muchos sin lo sentir,
> hasta que, a cabo de tiempos,
> vieron en los sucesos ser propia la voluntad lo que pensaban ser de nuestro Señor.
> Y digo esto porque leí en la carta de vuestra merced esta palabra de «buscar consuelo»,
> y dame alguna congoja,
> temiendo los frutos tan tristes que de esta raíz suelen nacer.

Crea, padre, que por maravilla es verdadero el gozo al cual no precedió temor, ni es verdadero consuelo, sino cuando uno se ha ofrecido a tomar por consuelo y entrar por espíritu de contrariedad a su voluntad, pasando aquella muerte de negarse por sólo amor del Crucificado. Y si en este mundo algunos gozan de consuelo de Dios, por aquí pasan, y tómanlo sin escrúpulo, porque no es en lo que ellos quisieron, sino en lo que no quisieron.

> Y tras el echar a sí mismos atrás hallaron delante de sí al bendito Señor, que no se da sino a trueco de darse el hombre;
> y entonces descansa el hombre.
> porque está Dios en el hombre y no él, y descansa Dios en el hombre, porque, echado de casa el hombre, no hay con quien riña Dios, y estáse en paz.

Atrévase, padre, a morir y hallará la vida. Crea que tras los suspiros está Cristo, y cierto lo hallará; pues se enclavó en la cruz con tanta perse-

[191] Mt. 26.41.

verancia, que, aunque su cuerpo fue de ella quitado, su amor no, para darse de muy buena gana a quien en ella le buscare. Mas quiere ser buscado con fe, que no en balde dijo San Bernardo que *indignus caeleste benedictione convincitur esse qui Deum dubio quaerit affectu* ([192]). Tras los trabajos está, cierto; tras la negación del propio parecer y voluntad está, y, si con fe y sosiego se toma, cierto el Señor se descubre por modo tan manifiesto, que el hombre queda espantado. ¡Cuán amigo es el Señor de los que por Él se olvidan, y cuán leal en consolar a los trabajados, y cuán bien guía a los que no se quieren guiar!

> Por tanto, padre, ni ponga los ojos en esto ni aquello,
> ni crea que ni en soledad ni en compañía en caminos ni en sosiego, en celda ni en plaza.
> *non ibi est Christus* ([193]),
> si por propia voluntad se toma.

Aprovéchese de la obediencia a ajena voluntad y probará que anda Dios en la tierra para responder a nuestras dudas, para encaminar nuestra ignorancia, para dar fuerza a los que obrando por nuestra voluntad, no teníamos fuerza para ello; y probará que *omnia posibilia sunt credenti* ([194]). No es esto negocio de carne, no ve esto sentido de hombre ([195]). *Abscondita est haec sapientia ab omnibus oculis videntium et volucres etiam coeli latet* ([196]). No se halla en la tierra de los que se destierran de sus contentamientos ([197]), ni lo alcanzan los que tienen los ojos abiertos ([198]), ni salen con ella los que, a los primeros golpes que reciben de las contrariedades de su voluntad, vuelven las espaldas y dejan el campo, haciendo entender que nuestro Señor no quiere aquello, y es la verdadera raíz no quererlo ellos.

---

[192] «El que busca a Dios con desconfianza, descubre que es indigno de la bendición celestial» (S. Bernardo. Serm. de div. 37,9).

[193] «Allí no está Cristo».

[194] «Todo es posible al que cree» (Mc. 9,22).

[195] Que Dios actúa por medio del que manda, es algo que no descubre el sentido puramente natural del hombre, sino la fe.

[196] «Esta sabiduría se oculta a los ojos de todos los mortales y aun a las aves del cielo está velada» (Cf. Job 28.41).

[197] Sería más lógico con la idea que está expresando si pusiera un NO en la frase: «No se halla en la tierra de los que no...».

[198] «Tener los ojos abiertos» es aquí fiarse del saber que nace de la carne, no de la fe.

Obras y fe pide este camino. Arrojarse en Cristo a ojos cerrados, y, a semejanza del creyente Abraham, ir tras Dios, *nesciens quo iret* ([199]). *Haec est generatio quaerentium Deum et verissime invenientium eum* ([200]), y por aquí camine vuestra reverencia sin escuchar los que *in via hac ponent scandalum tibi* ([201]), los cuales, como saben que este camino es el de la verdad y ellos *in veritate non steterunt* ([202]), procuran de traer tantos argumentos para hacer vacilar en él, que, según he dicho, fácilmente engañan a los inexpertos y no alumbrados de la luz celestial.

A esta verdad conviene arrimarse y, fundados en ella, caminar adelante, no obstante que la consolación celestial se nos esconde; lo cual a muchos hace desmayar y tomar por argumento que su camino no es bueno. La estrella se escondió a los Magos, mas no por eso tornaron atrás; y, si lo hicieran, muy burlados se hallaran, habiendo perdido lo trabajado y de ver al Señor. Si vinieren sequedades, esperad en el Señor; si le prometiera su pensamiento más fruto en otra parte, diga qué sabe él de esto, pues es cosa tan incierta al juicio humano, y que el más cierto camino para conocer el parecer de Dios, es no creer el hombre a sí mismo; y así vaya adelante, con fe y religioso temor, porque ni los trabajos le derriben ni la prosperidad le ensalce. Sacrifíquese a nuestro Señor, *qui pro te mortuus est* ([203]). Y esto sea su cuidado, cómo más y más se sacrificará cada día por Él.

Y este cuidado no lo pierda por aprovechar a otros; porque suelen muchos atreverse a esto, y quédanse sin aprovecharse a sí ni a otros, pues de la negligencia que en sí mismos tienen, quedan secos y flacos, y de aquí se sigue no poder encender ni esforzar a otros.

Y para estas cosas insuficiente es el hombre, mas conocerse a sí y el conocimiento de estar en Dios nuestro remedio será medio para que seamos remediados, llamando de corazón al Señor, en quien está nuestro bien, pues Él manda que *en la tribulación le llamemos* ([204]); y otro no hay que este nombre merezca, sino el que ayuda nuestra propia flaqueza, y en la que nos ponen nuestros espirituales enemigos. Prometido está el *maná al*

---

[199] «Sin saber dónde ir».

[200] «Ésta es la generación de los que buscan al Señor y la de los que certísimamente lo encuentran» (Cf. Ps. 23.6).

[201] «Sin escuchar a los que en este camino te ponen tropiezos» (Ps. 139,6).

[202] «No están en la verdad» (Cf. Jo. 8.4).

[203] «Que murió por ti» (Cf. 2 Cor. 5.15».

[204] Ps. 49.15.

que vence ([205]). Determínese vuestra reverencia de vencer o morir, y sea cosa muy lejos de su pensamiento el tornar atrás, *pues el camino de los justos crece como el sol* de bien en bien *hasta el día de la eternidad* ([206]), por precio de la cual todo cuanto se pasare es poco.

Cristo que eternalmente reina, pelee por vuestra reverencia y le saque en todo victorioso para perpetua gloria suya. Amén.

De Córdoba, día de la conversión de San Pablo de 1550.

Siervo de vuestra reverencia.

Joannes de Ávila

[205] Apoc. 2,17.
[206] Cf. Prov. 4.18.

CARTA N.º 17[207]

C) PERDER EL PROPIO PROYECTO DE VIDA.

> «Haced vos así, que esta ocasión y oportunidad que ahora tenéis de seguir a Cristo en reposo, no la vendáis por codicia de tener más dineros, mas compradla aunque os cueste cuanto tenéis.»

Carissime:

Pues que vos no os acordáis de hacerme saber de vos, quiero yo ganar esta joya; pues que vos habéis sido primero en hacerme buenas obras, no es mucho que yo lo sea siquiera en palabras.

Deseo veros desenredado del mundo, para que, vuestras cadenas sueltas, pudiéseis correr tras el que corrió hasta la cruz, para desde allí correr al descanso del cielo. No es cosa ligera ser uno cristiano en las obras ([208]). Regla es muy santa que los que tienen el corazón partido pasan mucho trabajo y corren mucho peligro en este negocio, el cual sólo es el que nos debe poner cuidado porque ¡ay de nos si lo hacernos mal! San Pablo dice: *Quiero que todos estéis sin cuidado* ([209]); esto es, que cuanto faltare el cuidado en lo temporal, tanto lugar hay en lo espiritual; para lo cual es menester mucho, porque mucho es lo que va en ello y mucho es este Dios a quien hemos de servir.

No os ocupéis, pues Dios os ha librado; no os hagáis sujetos de tierra, a quien hizo herederos del cielo. ¿Qué podéis tener aunque todo el mundo tengáis? ¿Tenéis, quizá más contento y seguridad de vuestra salvación? Sabed que *a quien más dan, más cuenta le han de pedir* ([210]), y debajo de las mayores dignidades hay peligros para mayores maldades; escondeos

---

[207] «A un discípulo.» Es importante para comprender el tono y contenido de la carta, tener en cuenta las circunstancias concretas del destinatario, algunas de las cuales se deducen de una atenta lectura de la misma.

[208] No es fácil ser uno cristiano entregado a las actividades temporales, quiere decir el santo.

[209] 1 Cor. 7,32.

[210] Lc. 22,48.

para que no os hallen los que siempre *andan buscando a quien traguen* ([211]).

No *luchéis vestido* ([212]), porque ganéis la corona; no corráis con grillos, que os cansaréis y no llevaréis la joya. Si el más aparejado para la lucha suda para vencer, ¿qué espera el mal aparejado sino ser vencido? *Salid de Sodoma y salvaros héis en el monte* ([213]) que *todo este mundo está puesto en el mal* ([214]). Y no sólo de ella, mas de sus *alrededores*, que son las ocasiones para caer. Quien trata la miel algo se le pega, *y quien trata la pez, será con ella tiznado* ([215]). Y así es cosa difícil tratar negocios corporales y no perder algo del alma.

Si estuviérais metido en yugo de matrimonio, os diría vuestro peligro, mas os amonestaría a paciencia y cuidado; mas estando libre, dígoos que no son para vos cuidados de acá y que no quiero que tengáis paciencia para ser esclavo de la tierra, mas que busquéis *alas de paloma para descansar* ([216]) en Dios. San Pablo amonesta que compremos *porque los días son malos* ([217]).

Haced vos así, que esta ocasión que ahora tenéis de seguir a Cristo en reposo, no la vendáis por codicia de tener más dineros; mas compradle aunque os cueste cuanto tenéis. *El reino de Dios es margarita preciosa*, *y quien la halla, todo cuanto tiene vende para comprarla* ([218]), y con ella sola se tiene por más rico que con todos los bienes, no duda perderlo todo, aun hasta su vida, por ganar esta rica y cierta esperanza de ser heredero del cielo. No negará Dios a quien todo lo niega por Él.

Daos, que dárseos ha;
perdéos, que hallarlo héis, y a vos con Él.

Porque así como el que a sí busca pierde a Dios y a si mismo,

---

[211] Cf. Petr. 5,8.
[212] 1 Cor. 9,25.
[213] Cf. Gen. 19,17.
[214] Cf. 1 Jo. 3,12.
[215] Eccli. 13,1.
[216] Cf. Ps. 54.7.
[217] Efe. 5,16.
[218] Cf. Mt. 13,45 s.

también el que a Dios busca, halla lo que busca, que es Dios,
y también a si mismo que no se buscaba.

No es menester dilación para cosa tan clara y tan buena, no seáis como los yernos de Lot, que se hicieron sordos a quien les amonestaba salir de Sodoma, y la pena de su dilación fue ser quemados con los otros por el fuego que del cielo llovió. *Con mucha prisa* ([219]) decían los ángeles a Lot que saliese, y no quieren haya dilación en huir del peligro, porque no sean envueltos en él, hallándose burlados los que pensaban que no les comprehenderia ([220]).

Hermano, no dio Cristo licencia al mancebo que le quería seguir que viniese a ordenar su casa y hacienda, antes le dijo que *ninguno que ponía la mano al arado y torna atrás es bueno para el reino de Dios* ([221]); y esto porque sabe cuántos se han quedado pescados del mundo en el corazón por haberse llegado con las manos a sus negocios, cortadlos que, si algo esperáis, nunca veréis ese día. ¿Qué os pena la temporal pérdida, pues Cristo promete aquí *ciento y tanto después la vida eterna*? ([222]).

Ensanchad el seno para recibir los bienes divinos y no os fiéis en las cosas perecederas, porque no perezcáis vos con ellas. Básteos Dios, pues basta a los ángeles. Y para que de mejor gana quiera ser de vuestra parte, no toméis otra parte; que quien a Él tiene todo lo tiene, y le sobra todo. ¿Por qué queréis hambrear migajas de criaturas, teniendo tal hartura de mano del Rey? Esforzaos a servir a Dios, que alcanzarlo héis. Tanto alcanzaréis de Él, cuanto perdiéreis de vos; tanto os consolará por cuanto Él trabajáreis; y tanto seréis ensalzados cuanto acá humillados. Atreveos un poco a confiar de Dios todo esto presente, y seros ha dado lo que no se puede decir ni pensar; porque sobre todo pensamiento será lleno y abastecido por quien por Él se empobrece. Porque, así como Dios es grande, así lo es para

---

[219] Cf. Gen. 19,14.
[220] Del verbo Conprehender = coger, atrapar.

[221] Lc. 9.62.
[222] Cf. Mt. 19.29.

los que se apocan por Él, para manifestación de su eterna e infinita bondad y por eterno provecho de ellos.

Esperadlo no aquí, sino en el cielo, adonde plega a nuestro Señor Jesucristo nos veamos. Amén.

CARTA N.º 18[223]

D) AUN LA MUERTE GANANCIA

> «¡Oh bienaventurada hora de la muerte corporal, pues por ella sube a tener silla con los príncipes que siempre viven en el acatamiento de Dios! ¡Oh día fin de los trabajos, fin de los pecados...»

La gracia y consolación del Espíritu Santo sea siempre con vuestra merced.

Aunque acá se dice que está vuestra merced tan de camino para *la tierra de los vivos* ([224]), que puedo *pensar que*, cuando ésta se escribe, por ventura vuestra merced estará ya gozando de los dulces abrazos del todo dulce Jesús, todavía me pareció escribir a vuestra merced dándole la norabuena de su promoción a la prebenda de la celestial Jerusalén, donde sin cesar es Dios alabado y visto faz a faz ([225]).

> Vaya enhorabuena, carísimo padre, vaya enhorabuena a ver todo el bien y poseerlo eternalmente.
>
> Vaya al seno del celestial padre, donde Él recibe a sus corderos en gloria, los cuales aquí apacentó con su gracia y corrigió con su disciplina.
>
> Ahora, padre mío, verá cual fue la merced que Dios le hizo en llamarle para la vida religiosa y en darle gracia para que despreciado el mundo, le siguiese a Él por el camino de la cruz, pues el pago de ello será darle el cielo por la religión ([226]), y gloria por la cruz que por su amor ha llevado.

[223] «A un discípulo suyo de la Compañía de Jesús estando cercano a la muerte».
[224] Cf. Ps. 141,6.
[225] Cara a cara.
[226] Por la vida como religioso.

¡Bendito sea nuestro Señor Jesucristo, que tiene bondad para dar gloria a los gusanos de la tierra, levantando *de pulvere egenum, ut sedeat cum principibus populi sui!* ([227]).

> ¡Oh, qué bienaventurada hora la de la muerte corporal,
> pues por ella se sube a tener silla con los príncipes que siempre viven en el acatamiento de Dios!
> ¡Oh día, fin de los trabajos, fin de pecados.
> y en el cual el hombre sube a comenzar a servir al Señor de verdad, donde se consuela por los servicios tan imperfectos que acá hizo!
>
> ¡Que acá anda el hombre cosqueando ([228]) hambreando con deseo de agradar a Dios, y de servirle con todo su corazón, y en el cielo cúmplese este deseo tan cumplido, que todo el hombre es empleado en el servicio y alabanza de Dios, sin que alguno se entremeta a impedirlo!
>
> ¡Bendito sea Dios que tan presto quiso coger a vuestra merced para su granero, *porque la malicia no mudase su entendimiento ([229])* y enseñar las riquezas de su bondad, que por tan pocos años de servicio da galardón eterno!

Éste es Dios, señor, éste es el fruto de su pasión; éste es el valor de su gracia; ésta es nuestra buena dicha, caer en manos de tal Señor, conocerle y amarle, aunque con muchas faltas; mas éstas limpia Él con su sangre, haciéndonos participar de sus sacramentos; y el amor paternal que nos tiene le hace ser fácil en perdonar nuestras culpas y males y muy copioso en galardonar nuestros servicios; y por medio del mar Bermejo ([230]) nos lleva a la tierra prometida, *apartando de nosotros nuestros pecados cuanto dista el oriente del occidente* ([231]) y ahogándolos en su sangre, de manera que,

---

[227] «Del polvo al pobre', para que se siente con los príncipes de su pueblo» (Cf. 1 Reg. 2,8).

De cosquear: hacer pequeños movimientos nerviosos como si uno tuviere cosquillas.[228]

[229] Sab. 4.11.

[230] Rojo.

[231] Cf. Ps. 102,12.

aunque los veamos, será verlos muertos, y que nos dé materia de alabar al Señor, *qui equum et ascensorsm projecit in mare* ([232]).

Vaya, señor, a la bendición de Dios nuestro Señor, a gozar de las riquezas, y de su buen Padre, que, la lanza en la mano y derramando su propia sangre en el monte Calvario, le ganó, que nunca deja de acudir a los que en Él ponen su esperanza y amor. Falta nos hará, soledad nos causará; mas pues Dios os la dio a vuestra merced esta buena suerte, tengámosla los que le amamos por nuestra. Y los que acá gemimos, gocémonos con vuestra merced, y con los hermanos de Rebeca, que se va a desposar con Isaac ([233]) que es el *gozo,* y le decimos: *Frater noster es, crescas in mille millium, posideat semen tuum portas inimicorum tuorum* ([234]).

No digo a vuestra merced cómo se ha de aparejar para esta fiesta pues su vida fue gastada en ello y allá tendrá quien le diga y ayude a pasar de las manos de los hombres a las de Dios. Y el Señor que vino al mundo por él y subió a la cruz por él, ése será en socorro de vuestra merced, porque *etiamsi ambules in medio umbrae mortis, non timeas mala* ([235]).

Llámele vuestra merced, que aunque esté *in ventre ceti* ([236]), oye los suyos. Llame a su Madre bendita, que también es nuestra; llame a los santos, que son nuestros padres y hermanos; que con tales favores no tema perder el celestial reino. Y si el Señor quisiere que pase por purgatorio, sea su nombre bendito, que, con esperanza de verlo, todo se pasará de buena gana.

Cristo, que por vuestra merced murió, le acompañe a su muerte y le reciba en sus brazos salido de esta vida. Dígale vuestra merced lo que Él dijo a su Padre; *In manus tuas, Pater, commendo spiritum meum* ([237]). Y espero de su misericordia que será bien recibido como hijo, y tratado como tal heredero de Dios, y juntamente heredero de Cristo.

De Montilla, a 25 de enero de 1567.

---

[232] «Que arrojó al mar caballo y caballero» (Cf. Ex. 15,1).

[233] Cf. Gen. 21,6.

[234] «Eres nuestro hermano; que crezcas en millares de millares y se adueñe tu descendencia de las puertas de tus enemigos» (Cf. Gen. 24,60).

[235] «Pues, aunque andes entre las sombras de la muerte, no temas males» (Cf. Ps. 22,4).

[236] «En el vientre de la ballena» (Cf. Mt. 12,40).

[237] «En tus manos. Padre, pongo mi espíritu» (Cf. Lc. 23,46).

VI. EN LO QUE CONSISTE EL VERDADERO AMOR DE DIOS.

Si la clave de la respuesta humana al amor de Dios, es el amor del hombre a Dios, importa mucho saber en lo que consiste verdaderamente este amor; porque equivocarse en esto, es, para Juan de Ávila, equivocarse en todo; acertar en ello es acertar en todo.

Las dos cartas de este apartado abordan directamente el tema. Son dos cartas largas escritas en circunstancias muy distintas y con intenciones también diversas, pero que en definitiva, pienso, encajan bien en este apartado.

La primera carta aborda el tema de una forma más bien negativa: nos dice lo que no es amar, no confundamos el amor con el sentimiento del amor, aunque es verdad, que la carta contiene también determinaciones muy positivas acerca del amor verdadero a Dios. La segunda analiza, toda ella, positivamente el «QUERER» en que consiste este amor.

a) ¿Sentir amor? o ¿tener amor? (Carta n.º 18).

b) El «QUERER» del verdadero amor (Carta n.º 19).

VI. — EN LO QUE CONSISTE EL VERDADERO AMOR DE DIOS.

CARTA N.º 19[238]

A) ¿SENTIR AMOR? O ¿TENER AMOR?

> «No penséis, amigo, que tanto uno ama a Dios cuanto siente de Él y cuanto en aquel estado de su devoción piensa él que ama, sino cuando fuere fundado en virtudes, en caridad y en guardar sus mandamientos. Éste es el verdadero amador y amigo.»

Así que, hermano, como hay muchos engañados en pensar que no hace al caso en el camino de Dios la devoción y el sentimiento de Él mismo, con el cual el alma se alimenta y apresura en el camino del espíritu, y este engaño tiene su raíz en su distraimiento que las almas tienen; así os avisad que hay otro engaño de otros, el cual es más dificultoso de conocer y aun curar, cuanto debajo dei mejor título, creyendo que el verdadero amor de Dios sea sentimiento del mismo.

En lo cual yerran mucho, porque no puso Dios su amor en que Él dé su amor a vos, sino en que vos sepáis bien a Él, y entonces le sabréis bien a Él cuando por su amor padecéis sin tasa, y tomáis de su mano, sin desechar cosa, y que hacéis más caso de aprovechar en las virtudes, en ser humilde, casto, paciente y en vuestro aniquilamiento, en sufrir y callar, en ser deshonrado por Cristo, con las demás virtudes, y no en sentimientos ni devociones sensuales. Esto no se ha de buscar, y lo otro sí; en las virtudes no hay peligro. ejercitándonos por Dios en ellas, y en las dulzuras y sentimientos espirituales sí.

---

[238] «A un mancebo.» Esta carta ha figurado en muchas ediciones del Epistolario con el título de «Doctrina admirable». El comienzo que tiene en la actualidad muestra con claridad que ha sido mutilada.

Mirad bien, hermano, no salgáis de un lazo y entréis en otro; quiero decir que pues para os llegar a Dios, renunciaste a todo sabor y contentamiento humano, y distes de mano a lo que deleita —porque tras esto andábais en el tiempo de vuestra perdición, y esto os ocasionó apartaros de Dios—, ahora que lo servís no tornéis a buscaros a vos en Dios, deseándoos contentar en Él y andar a vuestro sabor y servirle como vos queréis y no como Él quiere porque todo es engaño.

Y advertid mucho esto, que hay un amor de Dios muy afectuoso, el cual muchas veces tiene el que menos ama, y es menos perfecto. Porque muchas veces amamos la hermosura de Dios, su bondad, su grandeza, con otras perfecciones que de Él sentimos, por el gusto y sabor que nos dan y por lo bien que nos está; mas no amamos lo que se ha de amar en Dios, que es su misma voluntad y querer, antes huimos de ella; y verlo hemos en que, si Dios nos quita su sabor y nos atribula, lo llevamos con rostro torcido, desconfiados y entristecidos.

¿No se muestra bien claro
que no es amor de Dios,
sino nuestro?

De suerte que amamos a Dios como un hombre bien vestido, que nos parece bien en la ropa de seda que de fuera vemos, mas no le amamos su voluntad, si Él quisiere lastimarnos o trabajarnos. Por este camino tratamos con Dios, que le amamos en la ropa y no queremos de Él sino lo que sentimos de dulzura y lo que gustamos de su sabor, que es lo que vemos en Él con la vista espiritual; mas no amamos su querer ni su voluntad, como esto sea el verdadero amor. No penséis, amigo, que tanto uno ama a Dios cuanto siente de Él y cuanto en aquel estado de su devoción piensa él que ama, sino cuando fuere fundado en virtudes, en caridad y en guardar sus mandamientos. Este tal es verdadero amador y amigo.

El afecto dulce de Dios puede ser sensual y engañoso, y muchas veces procede de la humanidad del hombre ([239]) y no de la gracia de Dios, y del corazón carnal y no del espiritual, y de la carne ([240]) y no de la razón. De arte que algunas veces el espíritu se inflama y siente devoción en lo que a él le sabe bien y da dulzura, y no en lo que más le aprovecha y cumple. Verlo héis devoto porque le sucedió a su gusto tal cosa y dice: «Bendito sea Dios, que así me dio este aparejo o esta buena ocasión para servirle

[239] Del estado físico, anímico, en que se encuentre el hombre.
[240] De la sensibilidad y no de la razón.

a mi contento, y me puso en esta quietud a donde nadie me va a la mano ([241]): rezo cuando quiero, duermo cuando he gana, déjanme hacer lo que quiero, tengo paz con otras cosas»

que cada uno sabe de este jaez ([242]),
que abrevio,
porque hemos topado cantera muy larga.

Y si Dios le quita el gusto o aparejo, y le envía tentaciones y cuidados, cruces, y le aflige con infamias, testimonios y riesgos, tómalos con impaciencia y tristeza. ¿Véis, hermano, claro cómo toma el hombre mayor devoción y afecto del menor bien, que es de lo que a él bien sabe, y no del mayor, que es lo que más el aprovecha y cumple-, como es todo lo penal? De suerte que ama la presencia de Dios hermosa, porque le da sabor; mas no la voluntad suya, porque le da cruz y trabajo.

En esta devoción y afección de Dios erraban los discípulos de Cristo, y así les dijo Él mismo que no le amaban, porque buscaban en Él lo que les daba deleite, y no lo que más les cumplía, como esto sea le qui más se deba buscar, y así les dijo, estando ya el pie en el estribo para partirse al cielo y quitárseles delante, lo cual ellos mucho sentían: *Si me amáseis,* aunque me ausento de vosotros y os quito el contentamiento que os daba mi humanidad *habíais de gozaros* ([243]), mas como no me amáis, no os gozáis.

¿Cómo, Señor, en tiempo que están vuestros apóstoles hechos un mar de lágrimas por vuestro amor y derretidos en fuego de vuestra afición, que antes más querrían morir que dejaros de ver, las mejillas hechas acequias de agua que por ellas van, les decís que no os aman ni es amor el que os tienen? ¡Oh, cuántos piensan que le aman y se aman a sí; que le buscan, y se buscan a sí! Quien mirara a aquellos rostros de los apóstoles y aquellos ojos hechos manantiales de vivas aguas, que regaban la tierra, demudados, trabados, y los corazones ardiendo de afección de la presencia de Jesucristo ¿quién no juzgara que amaban entrañablemente a Dios? Y aun ellos lo juraban, porque así lo sentían en sus corazones. Y díceles la suma Verdad que no piensen que afición, ni lágrimas, ni dulzura, ni sentimientos es amor suyo, sino conformidad con su querer y el vivir a su voluntad, y que

[241] Nadie me corrige y manda, porque hago lo que quiero.

[242] Literalmente el jaez es cualquier adorno que se pone a una caballería, por eso se habla, por ejemplo, de muías enjaezadas. Aquí lo podríamos traducir por «lindezas de este tipo», parecidas a las que el santo ha enumerado.

[243] Jo. 14,28.

huelguen más de lo que Él quiere, aunque sea quitarles a sí mismo por presencia, que no de lo que a ellos bien sabe y contenta.

Y si de esto habían de holgar, que parecía cosa tan justa, pues era estar en la perfección del Hijo de Dios ([244]), ¿de qué se ha de quejar el verdadero amador de Jesucristo, que en la vida le quiten que sea honra ni interés espiritual ni temporal, como le quede el cumplimiento del querer de su Creador? ¡Oh, válgame Dios, y qué de cosas pasamos por tan buenas y verdaderas, siendo tan malas y tan falsas! ¡Oh, cuántas titulamos por muy espirituales que son pura carne! Si no, echad el ojo a San Pedro, cuando Cristo trató de que había de morir, y él le dijo: *Tened, Señor, piedad de vos, ¿qué es razón que muráis*? ([245]). ¿Quién no dijera no proceder esta compasión de grande amor y caridad, y era seso ([246]) de carne? Y fue respondido y reprendido por el mismo Dios con la misma reprensión que hizo al diablo, que le probó a tentar en el monte, llamándole Satanás, que quiere decir acusador y adversario y contradecidor de las obras de Dios. Y si hubiéramos de juzgar aquel consejo, según seso de carne, diéramos voto que era muy justo y muy provechoso, pues era quitar cruz y muerte a quien tan mal la merecía. Y Cristo dice que es *Satanás y que no sabe las cosas de Dios, sino las de la carne* ([247]), porque, a serlo, aceptara la cruz y abrazárala y amérala con Jesucristo, y así, pues, era para remedio del mundo y así lo quería el Padre Eterno.

También parecía grande amor querer estar San Pedro en el monte *a la golosina de la transfiguración de Jesucristo* ([248]) y era propio amor e interés, pues lo quería vestido de gloria y no penado en la cruz.

No se puede pensar pestilencia ([249]) mayor para el linaje humano, ni cosa más enemiga para los bienes del alma, ni ocasión más cierta de perdimiento, que son amores tan falsos como los que hemos dicho, y ver cosas de tan poco (precio) puestas en tan alto precio, y caminos, a nuestro parecer llanos, cuyos fines son peligrosos despeñaderos. Tendríamos por muy loco, y con muy grande razón, quien se proveyese de pedazos de vidrio, confiado en el relucir, y pensase que con aquello habría de comprar

---

[244] Estar en la perfección del Hijo de Dios es «conformarse con su querer y vivir a su voluntad», como dijo anteriormente.
[245] Cf. Mt. 16,22.
[246] Sentido, sabiduría.
[247] Mt. 16.23.
[248] Cf. Mt. 17,4.
[249] Enfermedad contagiosa que causa muertes masivas.

grandes posesiones, y. por otra parte, menospreciase el oro y las cosas de verdadero precio para el fin del que lo desea. Pues muy mayor loco es y de más peligrosa locura el que, dejando lo que verdadera y principalmente la divina Escritura enseña, para que Dios sea servido y amado como debemos, y nuestras penitencias sean verdaderas, con cierto aborrecimiento del pecado, y nuestro corazón esté limpio, y los misterios de Dios nos pongan buen gusto, y nuestra caridad esté muy encendida, y nuestra vida tenga copia de estos ejemplos, y nuestra mortificación sea muy cabal y a las veras, se contentase con solas fábulas, y con cosas falsamente entendidas, y con gustillos de niños, y con sobresanar sus enfermedades, y con imaginaciones y cosas que no sino el parecer solo ([250]) y en lo de dentro no tienen fundamento ni hay fruto sobre que afirmar.

Y es lo peor que éstos que buscan su solo consuelo y contentamiento en las cosas divinas, si son avisados por persona que les entiende el engaño, curan poco de tomar aviso tan sano, y buscan de nuevo maestros que les aprueben su carnal vida y les tengan compañía en su camino peligroso.

Para esta miseria tan grande, y que no se puede pensar mayor, profecía tenemos del apóstol San Pablo, por la cual dice que *vendrán tiempos en que los hombres aparten los oídos de la verdad y del verdadero espíritu y se conviertan a oír fábulas* y cosas de sus intereses y contentamiento mismo; que *busquen maestros que les enseñen cosas apacibles y vanidades bien coloreadas* ([251]), y los pongan descuidos sin lo cual no pueden ir acertados, y los ceben y sustenten con vano mantenimiento y con darles buena esperanza de acertado camino y de próspera salida. Pues sin verdadero negamiento de la voluntad propia y mortificación y cumplimiento de los mandamientos de Dios, y sin tener esta raíz en los corazones, los hombres no pueden ir al cielo, por más que en los aires se eleven y vean visiones; ni hay cosa que baste para descuento de lo que Dios en esto nos pide.

No quiero, hermano, gastar con vos mucho tiempo en deciros si hay algún engaño que venga por este camino a los que se dan a los ejercicios espirituales; remítome a la experiencia de cada uno, y a su poco aprovechamiento, y a los vicios en que viene a dar sin mirar en ello, porque viven contentos en buscar en Dios su propio contentamiento y sabor, sin quererlo para más que esto.

Y los hombres de verdadero celo podrían juzgar,

---

[250] No tienen más que la apariencia.
[251] Cf. Tim. 4,3-4.

aunque no sin gran dolor,
cuán poco es el grano para tanta paja,
y cuán escaso es el fruto entre tanta hoja, poco el seso
y cuán menos la verdad entre tantas
apariencias y ceremonias,
confesiones y comuniones y recogimiento,
lo cual todo son medios para grande santidad y aprovechamiento.

¡Oh, hermano, y cuán faltos estamos de buen paradero y de acertar la posada entre tanta diversidad de caminos, y entre tanta diversidad de enseñadores, y tan diferentes gustos de los enseñados! Hurtad el cuerpo a todo lo que os pide deleite, devoción y gusto y sabor, y no lo procuréis hasta que Dios os lo dé, y ejercitaos en un puro padecer a secas por Cristo en vuestra lección y oración, penitencias, confesiones, comuniones y obediencias, y en el ejercicio de todas las virtudes, y no erraréis, porque éste es el camino que el Hijo de Dios notificó a los hombres, que es la cruz, que, como llave, abre los cielos a todos los que consigo la llevan.

¡Oh Señor mío, y cuán poquitos te sirven y se sirven! ¡Y cuán muchos se aman y no te aman, y dicen que andan tras ti y andan tras sí! Avise cada uno, y busque esto y no gustos y contentamientos, así en la oración como en la confesión, como en la comunión y en cualquiera otro ejercicio. ¡Oh hermano, catad ([252]) qué sutil este engaño!; yo he visto a muchos en él —y aún los conozco y trato— que desordenadamente desean y con grande afición querrían llegarse al sacramento santísimo de la Eucaristía por gustillos y lagrimillas, sin tener respeto al fruto de él, que es lo que se debe pretender de los sacramentos y el fin para que Jesucristo acá los dejó. Andan tras la miel de las cosas divinas, y no tras la cruz que los ha de salvar; y paréceseles en el pelo, pues ellos quedan desaprovechados y son ocasión de desaprovechar a los compañeros. Busque, busque, el que no quiere hallarse en estos inconvenientes y riesgos, sola la voluntad de Dios, curando poco de todo lo demás.

¡Oh amor propio, y cómo eres causa de que no falten vicios en las cosas espirituales! Espiritual hermosura es la que Lucifer deseaba en el cielo empíreo, y porque no le convenía, ni la remitió a la voluntad de Dios, *como rayo bajó del cielo y cayó* ([253]); y deseando el contentamiento, cayó en

[252] Mirad.
[253] Cf. Is. 14,12 ss.; cf. Lc. 10,18.

eterna cruz; y procurando lo ajeno, perdió lo propio. ¿Para qué quiere el que sirve a Dios el contentamiento y la excelencia de la santidad y abundancia de gracias? ¿Es, por ventura, para agradarse a sí, viéndose devoto y con gusto, o para agradar a Dios? Si es para esto postrero, sabe, amigo, que entonces el hombre agrada a Dios cuando se contenta de lo que Él le da, y no cuando está el alma contenta de lo que tiene; luego si te da a padecer desconsuelos, persecución, tristeza, y Él está contento, conténtate tú y darás testimonio que buscas su voluntad y no la tuya. A las lágrimas y muestras de amor de los apóstoles dice Cristo que no es amor; y al llevar su cruz y la pena que les causaba su ausencia con paciencia, pone título y renombre de amor; y así dijo: *Si me amáseis, os contentaríais con mi ausencia* ([254]). Amar es padecer, amar es sufrir, amor de Jesucristo es hacer bien a quien mal nos hace.

Más sentiste de Dios cuando disimulaste la ira, y llevaste la injuria, y sufriste la pena, y te contentaste con la tribulación, que cuando lloraste y tuviste devoción y te arrobastes. *Esto sentid en vosotros, lo que en Cristo Jesús.* ¿Qué tengo, apóstol, de sentir? Menosprecio, como Él mismo, pobreza como Él, que *siendo igual al Padre, se hizo hombre* ([255]). Esto es sentimiento de Cristo, y lo demás es sentimiento de hombre. Sentimiento del Hijo de Dios, y muy seguro es pasar penas por Él. Sentimiento de tu carne, cebarte en sólo gozarte del sentimiento del espíritu. Si no fuese cuando Él los da de su mano, no buscándolos; tú busca conformidad con sólo su parecer y querer, y podrás tener entonces por seguras tus lágrimas, serte han provechosos los sentimientos e irás muy asegurado, y lo demás que por aquí no se regla ([256]) es engañoso.

Porque muchas veces hay espíritus tan afectuosos y con aficiones de Dios, que les proceden de ser muy sensuales ([257]) e imperfectos. Porque verdaderamente ellos no aman a Dios como deben, mas a cualquier sentimiento y devoción sensual que les causan la dulcedumbre y gusto que toman en Dios y no en su voluntad, ni se han negado, ni renunciado en sus manos, y esto sería verdadero amor. Y cuando les dura aquel dulzor, tanto se aprovechan, y no más. Luego los veréis, en quitándoseles el gusto, airados, inquietos, pecadores de arte mayor, flacos y sin rienda en los vicios.

[254] Cf. Jo. 14,28.
[255] Cf. Fil. 2,5-7.
[256] Rige.
[257] Sensibles.

Lo cual es testimonio de lo que decimos, de que amaban a sí y no a Dios, y más a aquel bocadillo de gusto que no a Cristo.

Éstos son muy parecidos al niño, que, si llora, danle una melcochuela ([258]), y en tanto que la come, calla, y acabada, llora. De manera que. cuando callaba, no era porque su padre le mandaba callar, sino por el sabor de lo que comía. No era obediencia ni amor, sino golosina e interés propio. ¡Oh, qué de niños desobedientes a Dios hay hoy, que si no riñen ni deshonran, o murmuran, o hablan ocioso, o no maldicen, o no gastan el tiempo, no es por contentar a Dios, o hacer lo que Él les manda, sino porque les ha dado alguna melcochuela de devocioncilla. que ellos buscaban, en la cual se entretienen; mas, en quitándosela, miradlos a las manos, y los veréis que sus lágrimas y deseos no eran amor, sino propio interés, pues ofenden a Dios y se le desacata. De suerte que tanto les dura el amor cuanto duró la dulzura, como que en los bienes y abundancia se conociesen los verdaderos amigos, y no en los trabajos y necesidades.

Quiero que sepáis, amigo, que muchas veces los livianos y flacos de corazón y pobres de la gracia del Espíritu Santo sienten muy de ordinario esta sensible dulcedumbre de espíritu y afección interior, cual no siempre sienten los verdaderos amadores de Dios. Y más fácilmente se mueve el que no está aprovechado y es flaco, y el liviano de corazón, y el que no sabe qué es perfecta aniquilación; y así, ofreciéndosele cual quier sentimiento o devocioncilla, luego la abraza y recibe como si allí le fuese la vida.

Y mirad bien que muchas veces esta muchedumbre de afectos y devoción la causa no la abundancia y muchedumbre de la gracia, sino la pobreza que tiene de ella el alma. Las cosas pequeñas alegran mucho al pobre, por poco valor que tengan, como si diéseis un sabor de vino a uno que estuviese borracho de beberlo, no lo sentiría ni alegraría; mas dése a uno que no ha bebido, y él tiene gana y muere por él, hará maravillas y alegrarse ha. La gente que no está llena ni embriagada del vino de Dios, con mucha caridad y gracia, tiene en tanto un sorbillo de devoción, que le parece que ya tiene vivienda en la gloria, y dicen que les ha visitado Dios, y estiman sus lágrimas, y andan con grande alegría; y en el hecho de la verdad, es poco o nada, y, como dijimos, por ventura y aun sin ella, procede de poco amor y flaqueza de espíritu verdadero. Mas el que está lleno de amor fuerte, no cura tanto de la devoción sensual, ni la estima en tanto, ni la tie-

---

[258] Pasta hecha con melcocha: miel concentrada y caliente, que echada en agua fría y removida, queda muy correosa.

ne por caudal, sino para echarla en paciencia, en mortificación propia, en amor de la cruz, y en sufrir injurias, y en todas las otras virtudes, ejercitándolas en sí propio.

Esto es testimonio de tener espíritu y gracia en abundancia. Y así veréis que, cuando Dios llama a un alma por mucha abundancia de gracia y dones suyos, no responde el hombre a sabordillos ni gustos, sino con una viveza dentro, muy interior y entrañable, fundada en un deseo vivo de padecer por quien le llamó, y en la determinación del cumplimiento de la voluntad de Dios. Y así dijo Job: *Llamarme has y yo te responderé.* ¿Y en qué libraréis ([259]) la respuesta, varón santísimo? ¿En qué? En tener paciencia grandísima en las adversidades y pérdidas, en las enfermedades y en el resto de la cruz, en las tentaciones de Satanás y en el ejercicio de todas las virtudes.

Así el apóstol San Pablo, cuando fue llamado con viva voz del Hijo de Dios, no dio respuesta de gustillos y niñerías, sino muy cabal y de gran sustancia, diciendo: «Señor, doy a vos mi querer y póstrolo al vuestro, poniéndolo en vuestras manos; tomadlo y mandad lo que mejor os pareciere». Y vemos adelante que el mismo Dios dice, notificando la posesión que tiene ya en Pablo y lo que le quiere como a escogido y llamado: *Yo le mostraré cuánto le conviene padecer por mi nombre y gloria* ([260]). Esta es la verdadera muestra del verdadero siervo de Dios, y éste es el verdadero (amor) de los muy amados de Él, no dulzorcillos ni contentamientos, sino grandes sufrimientos en los trabajos y ejercicios, en angustias, en infamias, testimonios, pobrezas, necesidades y cosas que tienen por fin lastimar y deshacer la misma carne. Éste es el buen responder a Dios cuando llama.

Avisad, amigo, que el llamamiento de Cristo a nadie hace perfecto, si el llamado no acude de veras a quien le llama, cumpliendo la voluntad del Señor que le llamó, antes deja Cristo obligado al que fue llamado a muy particulares servicios, sino quiere hallarse el hombre con gran ingratitud delante de su Creador. De suerte, hermano, que entonces entenderéis que el sentimiento y llamamiento es de Dios, cuando le respondiéreis con el cumplimiento de su divino querer, aunque sea con riesgo de la hacienda, vida y honra. Y esto es lo que justifica al hombre, y le pone en la perfección, y le hace muy parecido y semejante a Jesucristo, Dios hombre, que a

[259] Fundamentaréis.
[260] Hech. 9,16.

sorbos tuvo y de paso en este mundo los consuelos. Y siempre estuvo en el ejercicio de la cruz, sin resfriarse un punto del amor de ella.

También sabed, amigo, que algunas veces el demonio endulzura el alma y la pone devota, al fin y propósito de traer a la carne en grande flaqueza por medio de aquel gusto y sabor de la espiritual gula, para que el alma confíe mucho de ella y descanse en ella, pareciéndole al tal que es verdadero espíritu lo que siente interiormente; y con aquel falso sabor indiscretamente se ejercita en vigilias y larga oración o en extremados ayunos, no comiendo ni durmiendo lo que ha de menester el hombre, sacándose la sangre sin medida ni tasa ([261]); y así con esta demasía viene a perder los ejercicios más útiles y en que Dios más se sirve y contenta.

Y aun de aquí resulta otro engaño, que. como el alma se siente muy abundante en los sentimientos y dulzores, cree de sí que ya es perfecta, y con esto se hace lerda y no procura de aprovechar más ni de adquirir más virtudes, estando como está en esto el verdadero amor de Dios y el verdadero espíritu. O trae en otro desvarío el demonio a los tales, y es que, con aquel sabor y dulcedumbre que sienten de espíritu, que ellos dicen, no es otra su intención en todos sus ejercicios en que se ejercitan en el camino de Dios, sino andar a buscar sentimientos de devociones y dulcedumbres de corazón, hechos golosos tras esos deleites, seguidores amadores de su mismo regalo, poniéndolo todo su fin en si mismos, los cuales vienen de poco en poco a ser del justo juez, Cristo, permitidos caer en grandes pecados en este mundo, y en el otro en eternas penas. Porque este alto Señor pone sus ojos en la intención de los corazones humanos.

Y plugiera a su bondad, amigo, que antes hubiérais sido un glotón de bien comer y beber, y contentarte a ti mismo, según la carne, en estos deleites; y o hubieras sabido a qué saben sentí mientes de Dios si no sabes estimarlos y darles el lugar que merecen, prefiriendo el ejercicio de las virtudes, el padecer y cruz, a todos ellos; porque el sabor suyo quizá no te hubiera engañarlo, poniendo en él todo el fin de tus obras, conociendo tú cómo Jesucristo, nuestro Maestro, puso en la cruz el fin y aun el principio de todos sus días, y allí acabó la vida por ti.

[261] Esta frase parece que hay que tomarla en sentido figurado.

Cató, hermano, que el verdadero amor está escondido en lo más profundo de las virtudes, y manifiéstase en cualquier adversidad ([262]).

Decláreme más; el fundamento verdadero de la humildad es desear ser menospreciado, teniendo este deseo puramente por amor de Dios y porque a É1 le contenta y esto lo quiere.

El fundamento de la paciencia os un deseo entrañable de padecer por Dios todo lo que es posible al hombre sufrir y pasar en tiempo y eternidad.

Y asimismo de todas las virtudes.

De manera que cuando el alma siente allá dentro este entrañable deseo de humildad y paciencia y de las demás virtudes
y después este deseo se manifiesta acá exteriormente,
cuando el hombre actualmente padece,
sufriendo cosas de pena,
hallando en ellas descanso y dulzor, o.
por lo menos, llevándolo con paciencia.

Este, si por amor de Dios lo pasa y acepta, es verdadero amor,
y todo lo demás es sospechoso y sin fundamento.

La santidad de hogaño, hermano, se compone de tener grandes deseos en la oración y hacer grandes pecados en la conversación:

Lloramos allí los dolores de Jesucristo,
y luego procuramos darlo a los prójimos.

Al rincón reverenciamos la paz del Hijo de Dios,
y luego ejercitamos la ira. y deshonramos
y afligimos a los compañeros.

Callamos una hora,
y parlamos todo el día.

De manera que,
sacado en limpio nuestro espiritual aprovechamiento,
es irnos allí a callar, orar y pensar en Dios,

---

[262] Las tres líricas anteriores resumen la idea que Juan de Ávila tiene de lo que es el amor cristiano, lo explícita más posteriormente.

dándole como por precio de lo que de seamos y buscamos,
que os devoción y deleite,
y luego quedamos como antes.
Y nuestra santidad es de molde ([263]) porque nunca creemos, ni se trata de este punto, siendo el principal que debemos tratar y ejercitar.
Mucha gente va engañada por este camino.
Dios lo remedie. Amén.

Mirad, hermano, que os cumple más tomar la mano ([264]) de este buen aviso que os doy, porque os levantéis, que no tropezar al pie de los malos huesos, que los falsos cantos atraviesan para que caigáis, induciéndoos que busquéis los deleites de Dios y no su cruz. Esto que os digo, amigo, que debéis vos hacer, si por dicha no queréis ser compañero de su engaño y malo como ellos, y aún peor, porque no excedan en maldad, pues no les queréis exceder en virtud y santidad verdadera ([265]). Guardaos de estos huecos y vacíos, que no dejan cosa de Dios ni aun de sí, que todo no lo vierten en la conversación espiritual, que ellos dicen, y cuando les faltan verdades vienen a las mentiras y aun tratar de pecados, y aun sin asco de cometerlos.

No sé qué os pueda decir, hermano, siendo éstas unas costumbres tan antiguas, tan recibidas y aprobadas de los santos, que quien tomare ahora la mano, como yo la tomo, para contradecirlos, yo solo y con muy pocos, a tantos millares, queriendo desquiciarles de su modo de santidad falsa en que están fundados, temo pasaré no pequeño peligro, y sé que no me han de tener por tan buen consejo cuanto es necesario ser tenido quien ha de aconsejar y adiestrar a los otros, si por ventura no quisiese dejarme ahora, como dicen, al retortero ([266]) y arrastrar a la cola del mundo con los otros. Esto, amigo, no me conviene, pues que con celo de Dios tomé este cargo de desengañar algunos que andan muy fuera de camino, entendiendo que van por (camino) espiritual. Y así no he dejado de decir, ni dejaré, cosa que me parezca cumplir al aprovechamiento perfecto del varón verdaderamente espiritual, ni callaré ni disimularé, aunque fuese con mucho per-

[263] Falsa, como un molde que está hueco.
[264] Ir de la mano.
[265] «...y aún peor, pues, porque ellos no excedan en maldad, no les queréis exceder en virtud y santidad verdadera».
[266] Dejarme llevar, de un sitio para otro, de sus opiniones.

juicio de mi persona y opinión, pues los verdaderos amadores de Dios, con los cuales yo me entiendo en estos renglones, sé que no me lo tendrán a mal ni me darán con ello en rostro, antes me lo agradecerán; y si algunos hubiere que los hayamos sacado a plaza, para que con los ojos del espíritu vean que lo que hasta aquí tenían ellos por tan espiritual es carne e imperfección, antes me deben agradecer el aviso que condenarlo, pues les muestro el tesoro que pensaban ser carbones.

El que no está tal cual aquí he pintado, piense que mi doctrina nada le toca; y si está mal. conozca su engaño y téngase por avisado; el que está sin sospecha, gócese, y el que en algo se siente, déme gracias por el aviso. ¿No es cosa de gran dolor que no habremos de osar decir lo que os cumple, sino dejaros ir por los despeñaderos sin guía, a ciegas y perdido el camino?

Verdaderamente es cosa de no poco espanto ver que. siendo tan grande la muchedumbre de los que caminan por el camino de Dios, engañados. haya tan pocos o ninguno que piensen que lo están. Si no, preguntadlo. No habrá hombre de todos que no crea y diga en todo su seso, por verse en una devocioncilla o gusto espiritual y lagrimillas, que es ya perfecto y que sabe mucho las cosas divinas, que tiene grande ejercicio y ha pasado por grandes cosas, que tiene para sí y aun para los otros santidad verdadera, y todo puede ser unos testigos falsos que afirman lo que no es, y a no tener una mejor prenda no están éstos tan seguros como imaginan, y aun, si os place, tienen ya prendas, y aun muy ciertas, que les han de dar silla y asiento en el reino de Dios y entre los querubines.

Toda esta temeridad nace de una cosa tan peligrosa a todos y común a muchos, que es la falta del conocimiento del verdadero espíritu de Dios, casándose cada uno con su opinión, teniendo por mejor hacer lo que quiere que lo que no debe y seguir antes adonde guía el apetito de la sensual devoción que escuchar a donde llama el espíritu y doctrina de Jesucristo, que es todo negarse el hombre en todo, y seguir la voluntad del Señor, y procurar enteramente, y perfectamente mortificación de sí mismo.

Mirad qué va de esto a andar tan entero y vivo un hombre, que, acabado su recogimiento, luego entiende en buscar su propia estimación.

Pues ¿cómo, amigo?
¿Allí te encierras y echas la aldaba tras ti,
y aquí buscas publicación de tus obras, fama y loor? ([267])

---

[267] Alabanza.

¿Allí lloras porque pecaste, y luego haces de nuevo por qué llorar?

¿Allí dices que eres tierra,
y aquí juras que eres cielo
y que tienes mejor carne y sangre que el otro,
siendo todos sarmientos de una cepa,
y agua de una fuente,
y frutos de una raíz?

¿Blasonas de que en la oración
aprendes grandes verdades y conocimiento
de las cosas divinas.
y aquí te hallamos sembrador de tantas mentiras
y lleno de tantas ceguedades?

Mira en ti.
y hallarte has entero.
carnal y lleno de tu propio querer
y que en todo te buscas y engrandeces con
grande infamia y afrenta de los ejercicios espirituales,
pues, ocupándote exteriormente en ellos,
interiormente no te aprovechas por tu misma malicia o engaño.

Por esto andamos, hermano, por abrirte los ojos y que veas, y por despertarte de sueño tan grande y pesado. Por eso entrad, amigo, y de nuevo principiad a andar en el camino de la mortificación siempre, curando poco de lo que a vos toca y mucho de lo que Dios quiere. Y mirad que os oso decir que no tendréis aún pureza de espíritu si paráis ([268]) ni aun ponéis vuestro fin en sus dones, cualesquiera que ellos sean, aunque me los pintéis altos y del cielo, dulcísimos y secretos. Pasad adelante de todo lo que podéis comprender y de toda criatura, y sólo descansad en aquella voluntad de vuestro incomprensible bien infinito, y aquél abrazad y amad como quieran que os sucedan las cosas, prósperas o adversas, seguras o de grandes peligros; porque no puede el alma subir a mayor dignidad ni hacer cosa más ilustre ni de mayor honra ni grandeza, ni aun de mayor contentamiento, que tener tanta conformidad y amistad con Dios, que quiera una misma cosa con Él.

[268] Buscáis.

¡Oh, bendito seas, Dios mío, Creador de todas las cosas y vida de todo lo que es, pues siendo tú Creador y yo criatura pecadora, tú ser infinito y nosotros nada y miseria, lleguemos a tan alto y a tan grande participación con tu suma Bondad, que te parezcamos en el querer y en el juzgar! Vos, Señor, decís que esto es bueno. Lo mismo decimos nosotros. Vos lo queréis, también lo queremos acá. Haos parecido que veinte años estemos en una cruz con sequedades y tentaciones, aceptárnoslo de muy buena gana. Queréis que seamos testimoniados ([269]), abatidos y deshonrados y perseguidos; el mismo voto tenemos y por vuestro seso nos gobernamos.

Mirad si podremos errar o nos podrá faltar cosa de las que para el cielo nos importan, y conviene como el profeta David nos lo dijo. De voluntad tan santa como es la divina y querer tan justo, ¿qué mandamiento puede salir que no sea justo, santo y perfecto? Y siendo tan liberal y largo, ¿qué puede pedir el hombre que no sea para él grande e incomprensible tesoro? ¿Qué aviso puede enseñar que no sea de grande seguridad y misericordia y profundísima sabiduría? ¿Qué camino nos puede mostrar que no sea de grande seguridad y muy llano? ¿Qué consejo nos puede dar que no sea fidelísimo y cierto, y qué nos importa la vida? Siendo esto tan cierto, tan de fe y tan sin poderse dudar, ¡qué locura es la nuestra, hermano, seguir a nuestro querer y apetito y al cumplimiento de nuestra voluntad, dejando de seguir tras la de Dios, que tanto nos asegura el camino!

Azote o castigue, mate o sane, quite devoción o póngala, trátenos como a esclavos o como a hijos, peniténcienos o regálenos, todo es seguro, si hay entrañas enteras de conformidad con su voluntad y negamiento de la nuestra, que tan perjudicial es, pues no tiene para cosa más habilidad que para deshacer en nosotros lo que Dios en nosotros hace, y para borrar de nuestros corazones lo que Dios con su dedo escribe, y para resistir a su divino querer.

Mirad, hermano mío, si son daños estos para temerlos y para huirlos. Buscad, buscad lo que a Dios contenta y a vos descontenta, porque esto es camino derecho de dar en la mortificación de vos mismo. Y si en esto os ejercitáis, no os llegaréis a la confesión, contemplación, lección ni oración y a los otros sagrados ejercicios con el gusto que allí habíais de hallar ni porque él allí habéis de sentir, ni andaréis en las obras de Dios mendigando vuestro propio interés, sino el cumplimiento y gloria de su voluntad. Ni aun en vuestras comuniones os llegaréis por gozar del sabor espiritual, ni

[269] Objeto de falsos testimonios. Calumniados.

por satisfacción de vuestro espiritual deseo, ni que allí se os dé manjar de paz ni quietud, ni por otro interés propio, sino sólo por la honra y gloria de Jesucristo y porque es su voluntad que aprovechéis. No en contentamientos, que hartos os dará en el cielo, si le servís, sino en virtudes y propia mortificación y en la conformidad de padecer por Él mismo. Éste (es) espíritu seguro y verdadero amor, de todos cuatro costados, con el cual no erraréis, si por aquí camináis.

Ocupaos vos en lo que, amigo, se os ha dicho y descuidaos de vuestro propio contentamiento, que Cristo tiene cuidado de ello, para darlo o quitarlo, como verdadero médico, que entiende la enfermedad del enfermo y sabe cuándo le ha de sacar la sangre, para darle salud y la purga, para limpiarlo y el faisán, para que le sustente. Si Dios os diere consuelo, recibidle, mas no lo busquéis vos ni le sigáis, mirad que os perderéis.

> Y advertid que no os digo esto para que algún rústico entienda por ello que quiero decir que son malos los sentimientos de Dios y sus dulzores, los cuales da a los que no le ofenden y le sirven y se mortifican. Porque podéis tener certenidad que a éstos suele visitar con la mano de su largueza, con sus dones puestos y ordenados por instrumento para que con más fervor y menos pesadumbre anden el camino del cielo.

Lo que digo y aviso es que no tengáis grandes ansias en buscarlos y suspirar por ellos, sino por Dios solo, no parando sino en la conformidad de su voluntad, siguiéndola en todo y deshaciendo a vuestro propio querer. Porque no podéis, por mucho que procuréis y porfiéis, ofrecer a Jesucristo cosa mejor ni más rica que vuestra propia voluntad, ni podéis ofrecer cosa peor ni que más os dañe, porque es lepra pestilencial que cunde (en) el hombre interior. De esta propia voluntad nacen los pecados todos: la ira, la soberbia y los otros vicios y todo lo que enoja a Cristo, porque sólo es reservado a Dios tener propia voluntad, la cual a nadie está sujeta; luego cualquiera que quiera usar de su propia voluntad hurta a Dios su corona, pues a sólo Él se le debe, y en cuanto en si es quiere ser semejante a Él y le quita dignidad y excelencia.

Procurad vos, hermano, de hoy jamás no caer en yerro tan grande, porque sin duda os perderéis, ni curéis de santidad fundada en vuestro propio amor y contentamiento, sino en derribaros totalmente a los pies de Dios y en buscar conformidad con su voluntad, y yo quedo por fiador de

que Él os ponga en el cielo y os pague negamientos de vuestra voluntad, porque tiene bien con qué, a osadas ([270]).

Y porque no tengo más lugar y tengo otros negocios entre manos, perdonadme, recibid mi deseo, pues el vuestro me necesitó ([271]) a escribir esta doctrina breve; mas si penetráis a las veras, es más larga que el vulgo pueda entender. Ponedla, señor, por obra, porque de haberla leído no saquéis mayor condenación, no haciéndolo así, y tened este camino por una puerta del cielo. Y si alguna cosa no entendieres, otro día de vos a mí lo conferiremos ([272]). Yo sé cierto que es condición de nuestro Maestro que aquéllos que de veras le buscan, lo que sus entendimientos no entendieren lo pondrá en sus corazones, para que le amen, que es el punto de todo negocio y el fin de todo lo que leemos o pensamos. Y como estemos ya diestros y advertidos a la conformidad de nuestro gran Dios, ni esto ni lo otro os desalentará para seguirle y amarle, pues le habernos de servir donde, como y de lo que Él quiere y no como nosotros querríamos, que es negocio que emprenden pocos.

Encomendadme a Dios y pedidle para mí destierro de mi propio parecer, negamiento de mi voluntad, amor de su cruz y perseverancia en su camino y olvido de todo lo que no es Él, y así lo haré yo por vos, porque nos veamos en aquel alto y glorioso reino de su gloria y gocemos de lo que Jesucristo nos ganó con sus trabajos. Al cual sea dada la honra y gloria de lo dicho. Amén.

---

[270] Equivale al adverbio osadamente, y aquí, en este contexto, a «por encima de todo», atrevidamente.

[271] Me obligó.

[272] Lo trataremos, dialogaremos sobre ello.

CARTA N.º 20[273]

B) EL «QUERER» DEL VERDADERO AMOR.

> «Y si queréis ver la excelencia de este amor, ejercitadlo, y veréis cómo no se satisface el alma si no alaba al Señor. Que parece que, como ve en su Dios cumplido lo que ella quiere, prorrumpe luego en hacimiento de gracias por haberle cumplido su deseo en bendecirle.»

Devota esposa de Jesucristo:

Pedisme en vuestra carta que os escriba qué cosa es caridad para guiar vuestra vida por ella. Porque siendo verdad la sentencia del Apóstol, si estamos sin ella, todo cuanto hiciéremos, aunque sea entregar nuestros cuerpos a las llamas, todo vale nada ([274]).

La petición es muy grande, y quisiera que el mismo apóstol San Pablo, cuya sentencia os movió a preguntarlo, nos respondiera; porque no sé yo qué mayor cosa me pudiérais pedir que ésta, pues que en ello consiste lo supremo de nuestra cristiana religión, y quien la guarda, dice el mismo Apóstol, que *cumple toda la ley* ([275]).

Así que, devota esposa de Cristo, suplicad al Espíritu Santo, a quien se atribuye el amor, que os enseñe en el corazón qué cosa sea lo que preguntáis, como lo enseñó el día de Pentecostés infundiéndose en aquellos santos apóstoles. Que el verdadero Maestro de este lenguaje no es otro sino Él.

Porque ¿qué podía decir mi lengua terrena del lenguaje que se trata en los cielos? Ese lenguaje es celestial; los que verdaderamente lo ejercitan, los bienaventurados, los cuales no entienden otra cosa sino en amar verdaderamente con todas sus fuerzas a nuestro Señor Dios y a todo aquello que Él quiere que amen.

---

[273] «A una doncella que le preguntó qué cosa era caridad».
[274] Cf. 1 Cor. 13,3.
[275] Rom. 13.0.

¿Cómo podré yo decir del amor que ningún interés ni amor propio tiene, ni mira a otro hito ni fin que a Dios, habiéndome dejado mi padre Adán todo revuelto hacia mi propio interés y vuelto a que me busque a mí en todo?

Mirá que tanto ([276]), que aun en las cosas de Dios estamos tan torcidos hacia nosotros, que muchas de ellas las hacemos por provecho nuestro e interés, que, aunque las obras sean santas, el amor con que se hacen todavía es propio. No tiene otra diferencia sino que cuando lo buscamos con obras malas corría por el caño de barro, y después buscándole por obras buenas, corre por caños de oro; pero en fin hacia nosotros corre ([277]). Plegue a nuestro verdadero Maestro Jesucristo, el cual siempre buscó la honra de su Padre, cuyo amor lo abajó a este mundo, *no hacer su voluntad, sino la del que lo envió* ([278]), que abra mi lengua para que diga algo de lo que deseáis. Que cierto, si vuestro buen deseo no me forzara a deciros algo de lo que he leído, mi poquedad me hiciera callar.

Empero, qué cosa es caridad y cómo andéis siempre ocupada en ella, querría que supiéseis algo del amor que los bienaventurados tienen en el cielo, para que de aquél vengáis a conocer en qué consiste la caridad verdadera; porque tanto cuanto más (a) aquel amor nos llegáremos, tanto más tendremos del amor perfecto.

Habéis de saber, hermana, que el amor del cielo tiene a los santos transformados en un querer con el de Dios nuestro Señor. Porque uno de los efectos del amor, según dice San Dionisio, es hacer que las voluntades de los amados sean una; quiero decir, que tengan un querer y un no querer ([279]).

Como el querer y el amor que nuestro Señor tenga no sea sino de su gloria y de ser sumamente perfecto y glorioso, de aquí se sigue que el amor de los santos es un amor y un querer con que aman y quieren con *to-*

---

[276] Fijaos hasta dónde llega, que...

[277] Cuando buscamos nuestro interés, haciendo obras malas, nuestra intención corre por caños de barro, si lo buscamos haciendo obras buenas, la intención corre por caños de oro, pero al fin, en ambos casos, mala es la intención porque nos buscamos a nosotros mismos.

[278] Jo. 6.38.

[279] Un mismo querer y un mismo no querer.

das sus fuerzas que el Señor Dios sea en sí mismo tan bueno y tan glorioso, tan digno de honra como es ([280]).

Y como vean en Él todo aquello que ellos desean, síguesele de aquí el fruto del Espíritu Santo, que es un *gozo* ([281]) inefable. Y si queréis rastrear algo de este gozo divino, mirad cuán grande es la alegría que recibe un buen hijo que ve a su padre, que mucho ama y querido de todos, sabio, rico, poderoso, honrado y muy estimado del emperador. Cierto, hijos hay tan buenos, que dirán que no hay cosa a que se compare la alegría que reciben de ver a su padre tan estimado; tanto, que, por mucha necesidad y aflicción que ellos tengan, no basta para quitarles tan gran gozo, porque ellos no pretenden sino el bien de sus padres.

Y si este gozo es tan grande, ¿qué os parece, hermana mía, que será aquel gozo de los santos, viendo a su verdadero Señor, Creador universal, en quien tan transformados están por amor, tan bueno, tan sabio, tan lleno de hermosura y tan infinitamente poderoso Señor y Creador, que por su solo querer todo lo creado tiene, ser y hermosura, y sin Él no se puede menear una hoja en el árbol? Cierto, gozo es *que ojo nunca vio, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre pudo entrar* ([282]) conocimiento tan inefable sino en Aquel que lo tiene y posee.

Véis aquí, hermana, el amor que los santos tienen en el cielo, hablando conforme a la poquedad de nuestro entendimiento. De aqueste río *caudaloso que alegra a la ciudad de Dios* ([283]), sale el amor del prójimo en el cielo. Que como todo el deseo y gozo de los santos sea ver a su Dios —amor verdadero suyo— lleno de honra y gloria, de aquí salen con un ferventísimo amor, amar y querer que todos los santos sean tan llenos de gloria y hermosura como son, y gozarse en gran manera de aquesto, porque en ellos se glorifica y honra Aquel cuya honra y gloria solamente pretenden. Y porque la causa de amar a los santos es ésta, de aquí se sigue que más se gozan y quieren la gloria y hermosura de los mayores santos que de la suya

---

[280] A través de toda la carta va a repetir el santo la misma idea: «El amor perfecto a Dios consiste en querer que Dios sea en sí quien es». Hoy decimos esto mismo cuando afirmamos que el amor desinteresado y verdadero consiste en querer el bien da la persona a quien se ama. El «bien» de Dios es que Él sea Dios, siga siendo siempre Dios y que nosotros lo reconozcamos por tal, obedezcamos, alabemos... por eso dice el santo que el amor consiste en querer que Dios sea en sí quien es.

[281] Cf. Gal. 5,22.

[282] 1 Cor. 2,9.

[283] Cf. Ps. 45,5.

propia, poique ven a su bendito Señor más glorificado en los otros que en ellos. Bien véis, hermana, cuán lejos anda de esta santa compañía el amor propio y la envidia que de él nace.

Pero decísme que de ahí se sigue que tendrían algún pesar, porque ellos también no están muy crecidos, pues que esto crece la gloria de los otros santos, ver crecida la honra y gloria de su Dios en ellas.

No se sigue mirando el primer efecto del amor, que es unir voluntades; porque ellos están tan transformados en el querer de Dios, y r-o quieren más de lo que su Señor quiere; y porque ven que tener uno más gloria que otro fue por quererlo así el Señor Dios, de aquí vienen a estar muy contentos con la gloria que a ellos les dio. Y también porque la diversidad de grados de gloria en los bienaventurados más hermosea la ciudad de Dios que si todos estuvieran de un color: y como es más suave la música de una vigüela, porque tiene diferentes cuerdas y diversos sonidos que si todas fueran de uno solo. Y si es así que, habiendo diferentes grados de gloria *y diversas mansiones en la Iglesia triunfante* ([284]), está más hermosa que si todos tuvieran una misma gloria, de aquí ven que su Señor está más honrado en ellos que si todos estuvieran iguales, y así no tienen ellos pena por tener menos gloria que otros; porque ellos con sus colores y los otros con los otros más subidos, todos concurren en manifestar la infinita bondad y hermosura del que los creó.

Véis aquí, hermana, el río que vio San Juan en el Apocalipsis *salir de la silla de Dios y del Cordero* ([285]), del cual beben los bienaventurados en el cielo; y con este amor inebriados cantan aquel *aleluya* ([286]) perpetuo, glorificando y bendiciendo a nuestro Señor Dios.

Bien habéis ya conocido algo de aquel esmalte con que están esmaltadas aquellas piedras preciosas con que está fundado el templo del celestial monte. Pues *a la semejanza de este templo que habéis visto en el mente* habéis de fabricar la morada en vuestra alma para el Señor; como lo dijeron a Moisés, que mirase que hiciese el tabernáculo *al traslado* ([287]) *del que había visto en el monte* ([288]).

[284] Cf. Jo. 14,2.
[285] Cf. Apoc. 22,1.
[286] Cf. Apoc. 19,55.
[287] A imagen, imitación.
[288] Ex. 25,40.

Habéis, hermana —si queréis andar en perfecta caridad y amor el camino de esta vida—, de traer un querer perpetuo, o el más continuo que pudiéreis, con que siempre queráis que nuestro Señor Dios, delante del cual habéis de andar, sea en sí ([289]) tan bueno, tan santo, tan lleno de gloria como en sí mismo; así con un gozo y complacencia en todos los bienes de Dios, holgándoos y regocijándose vuestra alma en ver que vuestro Señor, verdadero amor, tiene todo aquello que merece en su ser infinitamente bueno y poderoso, de quien recibe todo lo creado ser y hermosura, el cual en sí mismo es tan lleno de gloria y de bondad, que todos tienen de Él necesidad y Él de ninguno; éste ha de ser el blanco donde ha de tirar vuestro amor. Y en esto dice Santo Tomás ([290]) que consiste la perfecta caridad. Que el amor que los buenos devotos dicen ser caridad, que es cuando están encendidos en devoción, amando tiernamente al Señor, aunque es santo, empero no es de tan altos quilates como este santísimo amor que transforma las almas en el Amado.

Nos convida la Escritura en muchos lugares diciéndonos: *Alegraos justos en el Señor* ([291]).

Y San Pablo dice: *Gozaos en el Señor* ([292]).

Y pareciéndole que no era consejo éste para decirlo una sola vez, torna a repetir diciendo: *Otra vez os digo que os gocéis* ([293]).

Esto mismo nos dijo el profeta David cuando dijo: *Deleitaos en el Señor, y daros ha lo que pidiéreis* ([294]).

Éste es el gozo en que se alegró la Virgen Santísima cuando dijo: *Alegróse mi espíritu en Dios mi salud* ([295]).

Y con este gozo se alegró Cristo cuando dice San Lucas que se alegró Jesús en Espíritu Santo, que *su corazón y su carne se alegraron en Dios vivo* ([296]), lo cual acaece cuando el alma está con su voluntad (que *corazón*

---

[289] En ti misma.
[290] Summa Theol., 2-2, q. 23, a. I.
[291] Ps. 96,12.
[292] Fil. 4,4.
[293] Fil. 4,4.
[294] Ps. 36,4.
[295] Lc. 1,47.
[296] Cf. Ps. 83.3.

allí *voluntad,* quiere decir) actualmente amando y queriendo que el Señor sea en sí quien es.

Y de la gran redundancia, que procede de la alegría que esto tiene, se enciende la misma *carne* en el amor del Señor.

Y por ser cosa tan divina y celestial este amor, por eso la Iglesia, regida por el Espíritu Santo, en el principio de los maitines nos convida con el invitatorio a amar al Señor diciéndonos: *Venid, alegraos en el Señor, y cantemos cánticos de alabanza a Dios nuestra salud* ([297]).

Y si queréis ver la excelencia de este amor, ejercitadlo, y veréis como no se satisface el alma si no alaba al Señor. Que parece que, como ve en su Dios cumplido lo que ella quiere, prorrumpe luego en hacimiento de gracias por haberle cumplido su deseo en bendecirle, que es el mismo efecto que se sigue al amor del cielo, diciendo el profeta David: *Bienaventurados son, Señor, los que moran en tu casa, que en los siglos de los siglos te alabarán* ([298]).

En este amor estaba inflamado San Agustín cuando hijo hablando con el Señor: Si vos fuéseis, Señor, Agustín, y yo Dios, haceros habría yo a vos Dios, y hacerme habría yo Agustín. No creo que sea menester traer más testimonios para probar la grandeza de este amor, porque la misma razón dice que éste es el amor que saca al hombre de sí ([299]) y lo transforma en Dios su amado.

De este amor, hermana, se os tiene de seguir que todas vuestras horas y ejercicios, y oraciones habéis de hacer en gloria y honra de este Señor, y el cual merece ser servido y adorado por su sola bondad, de cuantas criaturas ha creado, sin que tengáis otro respecto ([300]) que os ha de galardonar lo que hiciéreis ([301]); porque aunque sea bueno y santo servir al Señor por *retribución* ([302]), pero no es de perfecta caridad, la cual no busca interés, sino sola la gloria del Señor. Si quisiéreis alguna vez ponerle a vuestra alma delante el premio que le han de dar por lo bueno que hiciere, para animarla a

---

[297] Ps. 94.1.

[298] Ps. 83,5.

[299] Es interesante ver como de este moral y místico «sacar de sí», el lenguaje llega al «sacar al hombre de sí» que es la locura.

[300] Motivo.

[301] «Sin que miréis que por ello os ha de premiar lo que hiciéreis.»

[302] Ps. 118.112.

buen obrar, no sea éste el último fin, sino querer servir al Señor; porque mientras más gloria tuviéreis, más honra y gloria recibirá nuestro Señor Dios. De arte, que el último paradero sea glorificar nuestro benditísimo Señor; y de esta manera podréis *inclinar vuestro corazón a los mandamientos de Dios por la retribución,* como decía el profeta David ([303]).

Me diréis: ¿Quién tiene el alma despierta para quedar alegre y regocijada, gozándose en su Dios, pues está muchas veces tan triste y tan tibia, que en ninguna manera puede entrar en ella alegría? ¿Qué remedio habrá entonces para no quebrar tan perfecto y soberano amor?

Por eso os dije que trajéseis un *querer,* con que quisiéseis que el Señor fuese en sí quien es;
porque la caridad en este *querer* consiste,

El cual aunque él esté seco y tibio y triste, lo puede tener, así como puede querer que su padre viva así estando triste; entendiendo que es menester gracia de Dios, la cual no negará el Señor a quien se esforzare en andar este camino. Quiero luego decir que, aunque estéis triste, que queráis que nuestro Señor sea en sí quien es. Que el gozo que de aquí se sigue y alegría en el Señor, eso es *fruto del Espíritu Santo,* que se sigue de esta caridad cuando nuestro Señor quiere con más familiaridad comunicarse. Y aquél, cuando su Majestad lo diere, bendigámoslo por ello; y cuando no, perseveremos en este otro, bendiciendo y adorando siempre a nuestro Señor, digno de infinita gloria y alabanza. Que es muy gran yerro el de aquellos que piensan que, si no hay gozo, aquel acto de voluntad no vale nada, en el cual consiste la caridad; y como el demonio lo siente, no hace sino echarles grandes tibiezas y sequedades, para que, pensando que no hacen nada, dejen el santo ejercicio.

Debéis luego haciéndoos sorda a las tentaciones del demonio, perseverar en vuestro ejercicio, porque, si no perseveráis, no vendréis a gozar de la corona y paraíso que vienen a alcanzar los aprovechados en este santo amor, aun acá en la tierra. Debéis mirar con cien mil ojos que el fin y paradero de vuestro amor sea todo —en lo que hiciéreis— glorificar a nuestro Señor. Porque es tanta la vuelta que dio la naturaleza, por el pecado de nuestro primer padre, a buscar en todo su provecho y su bien, que si no estáis en atalaya ([304]), aun en este ejercicio, que totalmente echa fuera el

[303] Ps. 118,112.

[304] Muy atenta. Como centinela en la atalaya, torre, destinada a la observación del campo para ver lo que ocurre.

amor propio, os veréis muchas veces buscaros a vos misma, holgándoos porque así amáis al Señor, porque adquirís grandes premios para el cielo y porque vuestra alma recibe consolación y otros intereses propios, que, aunque no sean malos, son, empero, de imperfecta caridad.

Véis aquí en breve el amor de Dios que ha de tener vuestra alma, al traslado ([305]) que los bienaventurados tienen en el cielo. Resta ahora declararos el amor al prójimo, que desciende de este profundísimo amor.

El amor, hermana, que habéis de tener al prójimo es o ha de ser queriendo y amando todo el bien que en él viéreis, porque con él es adorado y glorificado nuestro Señor Dios, y de aquí mayor será vuestra alegría; y por el contrario, cualquier pecado y ofensa que en vuestro hermano viéreis ha de ser aborrecida de vuestra alma, porque es ofendido Aquel cuya gloria y honra vos deseáis. Y así como os dije que *el amor* de Dios consistía en querer que el Señor Dios fuese quien es y que el *gozo* en esto era don particular del Señor

así también el amor del prójimo consiste
en un querer de la voluntad
con que queráis
el bien del prójimo.

el *gozaros* del bien del prójimo y sentir gran dolor con el pecado que comete, eso es una dádiva del Señor más especial, que la da Él a quien es servido. De manera que, si bien habéis mirado en ello, habréis visto que el blanco adonde tira el amor de Dios y del prójimo es que Dios sea glorificado y honrado.

Y de aquí veréis cuán flaco y falto de amor verdadero anda aquel que de ver a su prójimo crecido en santos ejercicios recibe tristeza y desmayo, mirándose a sí no estar tan crecido. Porque aunque sea verdad que el verdadero amador del Señor debe tener atravesado un cuchillo en el corazón, porque no sirve tanto al Señor como debería y podría, empero no se sigue de aquí que, si ve crecer al otro siervo de Dios más que él, por eso reciba tristeza y desmayo; antes el refrigerio y alivio que ha de recibir su alma en la gran tristeza porque no sirve mucho al Señor, ha de ser en ver, ya que él por su flaqueza no hace lo que debía, que hay otros que cumplen lo que él desea, glorificando y sirviendo mucho al Señor. Que esotro desmayo que a algunos se sigue yo creo que nace de amor propio; porque cierto está que

[305] A semejanza del que…

si el fin por el que el verdadero amor desea mucho servir al Señor es honrar y glorificar a su Dios, como se glorifique también con la santidad puesta en el otro como puesta en él, se-sigue que le ha de dar grande alegría el ver que los otros crecen mucho en el servicio del Señor, aunque por otra parte tenga él pena porque no le sirve así.

Véis aquí, hermano, en la obra que habéis entender en el paraíso de esta Iglesia militante, donde el Señor os puso cuando os llamó a su amor y gracia, si queréis ir a gozar del fruto que se da en la Iglesia triunfante de la gloria. En la cual plegue al Señor que todos le bendigamos, loemos y gocemos para siempre. Amén.

VII. — AMAR SIN MEDIDA

Al Maestro Ávila le gusta llegar hasta el final, aunque este final pueda ser duro, o aparentemente duro.

Ya sabemos que el final es amar, sabemos también, porque acabamos de oírlo en las dos cartas anteriores, en lo que este amor consiste; mas ahora nos dice más explícitamente, lo que viene diciendo desde el principio: Jesucristo es también la medida del amor, y su amor es un amor sin medida.

En esta sin medida alcanzan justificación, para el santo, las cosas aparentemente más extrañas: El deseo de padecer, ser perseguidos por Cristo, la mortificación corporal... porque no cabe la menor duda que, para Juan de Ávila, el amor ha llegado a su perfección si florece en el deseo de la cruz, y esto no porque haga de la cruz un valor absoluto ni del sufrimiento algo que deba buscarse por sí mismo, sino porque el Señor también sufrió, y no le parece «decente» que el discípulo ande coronado de rosas cuando el Maestro estuvo coronado de espinas.

a) Ya han florecido las granadas (Carta 21).

b) Amar en la dimensión de la cruz (Carta 22).

c) «Y castigo mi cuerpo» (Carta n.º 23).

VII. AMAR SIN MEDIDA.

CARTA N.º 21[306]

A) YA HAN FLORECIDO LAS GRANADAS.

«...si en el padecer ponemos tasa, en aquel punto la ponemos en el amor, y en éste no hay razón que la haya, pues la tasa de él es amar sin tasa».

Dios dé a vuestra merced muy buena Semana Santa; quiero decir, muy gran sentimiento del vivo amor que nuestro Cordero Jesús tuvo en ella y de los puros dolores que le acompañaron hasta que su alma del cuerpo salió. Muchos fueron, más que la mar; mas muy más fue lo que amó que lo que padeció: y si fuera menester padecer más, nunca se cansara, porque no tiene tasa el amor.

¿Entiende, señora? No se contente con lo que padece, aunque sea mucho; porque si en el padecer ponemos tasa, en aquel punto la ponemos en el amor, y en éste no es razón que la haya, pues la tasa de él es amar sin tasa. Ame, señora, a nuestro Señor y salten centellas vivas de su amor, que son fervientes deseos de padecer por Él; que la esposa dice:

Salgamos al campo,
mi amado,
y veamos si nuestra viña ha florecido,
y si las flores se han tornado en frutos,
y si han florecido las granadas ([307]).

El salir al campo, es un desembarazar el pensamiento y una libertad que Dios da, con que el alma no esté ocupada ni impedida por cosa acá. Y

[306] «A una señora».
[307] Cant. 7,11 s.

allí se para a mirar qué *deseos buenos tiene y* si de ellos salen *buenas obras*, porque no sean deseos vanos.

Y aunque tenga deseos
y obras,
no se contenta
si no han *florecido las granadas,*
que quiere decir si tiene deseos de
derramar la sangre por Jesucristo, porque
aquello es darle verdaderamente amor,
pues *ninguno lo tiene mayor que dar la*
vida por quien ama ([308]).

Y aunque demos la vida por Cristo, aun es poco: debemos desear tener muchas, para darlas todas por Él, pues una sola que Él nos dio, vale más que todas las de los hombres y ángeles.

Por tanto, señora, pues nuestra vida es poca, esforcémonos a dársela a nuestro Señor. Y como el amador de sí mismo tiene todo su deseo y pensamiento en «cómo descansaré y huiré del padecer», sera el nuestro «cómo más padeceré por nuestro Señor». Y ni) nos contentemos con padecer lo que Él nos envía, sino salgárnosle al camino, deseándolo primero que venga.

Que si nosotros tuviésemos hambre
de cruz,
el Señor nos daría mucho de ella;
porque escrito está:
Que no *afligirá* Dios *con hambre el alma del justo* ([309]).
Mas como luego nos hartamos y
damos de arcadas,
no nos da sino poquito,
porque no le vomitemos todo,
hasta que se nos va ensanchando poco
a poco el estómago
y nos va sabiendo el padecer dulce;
y entonces será nuestra alma sana,

[308] Cf. Jo. 15,13.
[309] Prov. 10,3.

pues le sabe muy bien su manjar, que es
el Crucificado.

Y mucho huelgo do las comuniones de vuestra merced, porque para llevar cruz, menester es recibir al que la llevó en sus hombros, pues fil es el que la lleva en nosotros; y así lo haga vuestra merced, aunque el demonio no quiera.

Y mire bien no se haga escrupulosa a cabo de rato ([310]) con las confesiones, que son artes de nuestro enemigo para quitarle la paz. Bien confesada está, y a lo que podemos conjeturar, también perdonada; entienda más en amar que en temblar, y en confiar que en escrupulear, que esto es lo que el Señor más quiere de ella.

[310] Al cabo de un rato. Después de haberse confesado.

CARTA N.º 22[311]

B) AMAR EN LA DIMENSIÓN DE LA CRUZ.

> «En la cruz me buscaste, me hallaste, me curaste y libraste y me amaste...; pues en la cruz te quiero buscar y en ella te hallo, y hallándote me curas y me libras de mí.»

Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en toda nuestra tribulación, de manera que podamos nosotros consolar a los que en toda angustia están; y esto por la consolación por la cual Dios nos consuela. Porque, así como las tribulaciones de Cristo abundan en nosotros, así por Cristo es abundante nuestra consolación. Palabras son éstas del Apóstol San Pablo ([312]).

Tres veces fue *azotado con varas, y cinco con azotes*, y *una vez apedreado* ([313]) hasta que fue dejado por muerto, y perseguido de todo linaje de hombres, y atormentado con todo género de trabajos y penas, y esto no pocas veces; mas, como él en otra parte dice, *nosotros siempre somos traídos a la muerte por amor de Jesucristo, porque la vida de Jesucristo sea manifestada en vosotros* ([314]).

Y con todas estas tribulaciones no sólo no murmura ni se queja de Dios, como los flacos suelen hacer; no se entristece, como los amadores de su honra o regalo; no importuna a Dios que se las quite, como los que no las conocen, y por eso no las quieren por compañeras; no las tiene por pequeña merced, como los que las desean poco; mas toda la ignorancia y flaqueza dejada atrás, bendice en ellas y da gracias al Dador de ellas como por una señalada merced, teniéndose por dichoso de padecer algo por la honra de Aquel que sufrió tantas deshonras por sacarnos de la deshonra en

---

[311] «A unos devotos afligidos por una persecución que se había levantado.» Esta carta fue escrita, así se acepta casi comúnmente hoy, desde la cárcel de la Inquisición. en la que estuvo el santo por proceso seguido contra él.

[312] 2 Cor. 1,3-5.

[313] 2 Cor. 1.3-5.

[314] 2 Cor. 4,11.

que estábamos sirviendo a la vileza de los pecados, y nos hermoseó y honró con su espíritu y adopción de hijos de Dios, y nos dió arra ([315]) y prenda de gozar en el cielo de Él y por Él.

¡Oh hermanos míos muy amados! Dios quiere abrir vuestros ojos para considerar cuántas mercedes nos hace en lo que el mundo piensa que son disfavores, y cuán honrados romos en ser deshonrados en buscar la honra de Dios, y cuán alta honra nos está guardada por el abatimiento presente, y cuán blandos, amorosos y dulces brazos nos tiene Dios abiertos para recibir a los heridos en la guerra por Él, que sin duda exceden sin comparación en placer a toda la hiel que los trabajos aquí pueden dar. Y si algún seso hay en nosotros, mucho deseo tendremos de estos abrazos; porque, ¿quién no desea al que todo es amable y deseable, sino quien no sabe qué cosa es desear? Pues tener por cierto que si aquellas fiestas os agradan y las deseáis ver y gozar, que no hay otro más seguro camino que el padecer.

Ésta es la senda por donde fue Cristo y todos los suyos, que Él llama *estrecha*-, empero *que lleva a la vida* ([316]); y nos dejó esta enseñanza, que si queríamos ir por donde está Él, que fuésemos por el camino por donde fue Él; porque no es razón, que yendo el Hijo de Dios por el camino de deshonras, vayan los hijos de los hombres por caminos de honras, pues *que no es mayor el discípulo que el maestro, ni el esclavo que el Señor* ([317]). Ni plega a Dios que nuestra alma en otra parte descanse, ni otra vida en este mundo escoja, sino trabajar en la cruz del Señor. Aunque no sé si digo bien en llamar trabajos a los de la cruz, porque a mí parecen que son descansos en cama florida y llena de rosas.

¡Oh Jesús Nazareno, que quiere decir *florido,* y cuán suave es el olor de ti, que despierta en nosotros deseos eternos y nos hace olvidar los trabajos, mirando por quién se padecen y con qué galardón se han de pagar!

¿Y quién es aquel que te ama, y no
te ama crucificado?
En la cruz me buscaste,
me hallaste,
me curaste
y libraste

[315] Arra es lo que se da como señal o prenda en algún contrato.
[316] Mt. 7.14.
[317] Lc. 6,4; Jo. 13,16.

y me amaste, dando tu vida por mí en
manos de crueles sayones;
pues en la cruz te quiero buscar
y en ella te hallo,
y hallándote me libras y curas de mí, que
soy el que contradice a tu amor,
en quien está mi salud.

Y libre de mi amor, enemigo tuyo, te respondo, aunque no con igualdad, empero con semejanza, al excesivo amor que en la cruz me tuviste, amándote yo y padeciendo por ti, como tú, amándome, moriste de amor por mí. Mas ¡ay de mí y cuánta vergüenza cubre mi faz, y cuánto dolor a mi corazón!; porque siendo de ti tan amado, lo cual muestran tus tantos tormentos, yo te amo tan poco como aparece en los míos. Bien sé que no lodos merecen esta joya tuya, de ser herrados por tuyos con el hierro de la cruz; empero, mira cuánta pena es desear y no alcanzar, pedir y no recibir, cuanto más pidiéndote, no descansos, mas trabajos por ti.

Dime, ¿por qué quieres que sea pregonero tuyo y alférez ([318]) que lleva la seña ([319]) de tu evangelio, y no me viste de pies a cabeza de tu librea? ([320]). ¡Oh cuán mal parece nombre de siervo tuyo, y andar desnudo de lo que tú tan siempre, y tan dentro de ti, y tan abundantemente estuviste vestido! Dinos, ¡oh amado Jesús!, por tu dulce cruz, ¿hubo algún día que aquesta ropa te desnudases, tomando descanso? ¿O fuéte algún día esta túnica blanda, que tanto a raíz de tus carnes anduvo, hasta decir: *Triste está mi alma hasta la muerte*? ([321]). ¡Oh que no descansaste porque nunca nos dejaste de amar, y esto te hacía siempre padecer! Y cuando te desnudaron la ropa de fuera, te cortaron en la cruz, como encima de mesa, otra ropa bien larga, desde pies a la cabeza, y cuerpo y manos, no habiendo en ti cosa que no estuviese teñida con tu benditísima sangre, hecho carmesí ([322]) resplandeciente y precioso: la cabeza con espinas, la faz con bofetadas, las manos con un par de clavos, los pies con uno muy cruel para ti y para nosotros dulce; y lo demás del cuerpo con tontos azotes, que no sea cosa 1

[318] Oficial que llevaba la bandera en la infantería, y el estandarte en la caballería.
[319] Bandera. Está bandera es la cruz, en el pensamiento del santo.
[320] Uniforme con que los príncipes vestían a •sus criados.
[321] Mt. 26,38.
[322] Aquí, tela de seda roja. Ésta es la «otra ropa bien larga» con que fue vestido Jesús, todo cubierto de sangre.

¡fiera de los contar. Quien mirando a ti, amare a sí y no a ti, grande injuria te hace.

Quien, viéndote tal, huyere de lo que
a ti lo conforma,
que es el padecer,
no te debe perfectamente amar,
pues no quiere ser a ti semejante.
Y quien tiene poco deseo del padecer por ti,
no te conoce con perfecto amor;
que quien con éste te conoce,
de amor de ti crucificado muere,
y quiere más la deshonra por ti que la
honra ni todo lo que el engañado y
engañador mundo puede dar.

Callen, callen en comparación con tu cruz, todo lo que en el mundo florece y tan presto se seca; y hayan vergüenza los mundanos del mundo, y habiendo tú tan a tu costa combatido y vencido en tu cruz; y hayan vergüenza los que por tuyos son tenidos en no alegrarse con lo contrario del mundo, pues tú tan reprobado y desechado y contradicho fuiste de este ciego mundo, que ni ve ni puede ver la Verdad, que eres tú. Más quiero tener a ti, aunque *iodo* lo otro me falte que ni es *todo* ni *parte,* sino miseria y pura *nada*, que estar yo de otro color que tú, aunque todo el mundo sea mío. Porque tener todas las cosas que no eres tú, más es trabajo que verdadera riqueza, empero, ser tú nuestro, y nosotros tuyos, es alegría de corazón y verdadera riqueza, porque tú eres el bien verdadero.

Olvidado me había, amados hermanos, de lo que comenzado había a hablaros, rogándoos y amonestándoos de parte de Cristo que no os turbéis y os maravilléis, como de cosa no usada o extraña de los siervos de Dios, con las persecuciones o sombras de ellas que nos han venido. Porque esto no ha sido sino una *prueba o examen de la lección* que cinco o seis años que leemos diciendo: «¡Padecer! ¡Padecer por Cristo!». Véis- lo aquí a la puerta; no os pese, a semejanza de niños que no querrían dar lección de lo que han estudiado; mas *confortaos en el Señor y en el poder de su fortaleza* ([323]), que *os ama* para querer defenderos; y aunque es uno, *puede* más que todos, pues que es omnipotente: por falta de *saber* no temáis, pues no hay cosa que ignore; pues mirad si es razón que se mueva quien con estos

[323] Efe. 6,10.

tres nudos estuviere atado con Dios. Ni os espanten las amenazas de quien os persigue, porque de mí os digo que no tengo en un cabello cuanto amenazan, porque no estoy sino en manos de Cristo.

Y tengo gran compasión de su ceguedad, porque el Evangelio de Cristo, que yo en este puebla he predicado, está cubierto a los ojos de ellos, como San Pablo dice, *que el dios de este siglo*, que es el demonio, *cegó las olmas de los infieles para que no les luzca la gloria del Evangelio de Cristo* ([324]). Y deseo mucho, y lo pido a nuestro Señor, que haya misericordia de ellos, y les dé bendiciones en lugar de las maldiciones, y gloria por la deshonra que me dan, o por mejor decir, dar quieren; porque en la verdad no pienso que otra honra hay en este mundo sino ser deshonrado por Cristo.

Haced, pues, así, amados míos, y sed discípulos de Aquel que *dió beso de paz* y llamó *amigo* ([325]) al que le había vendido a sus enemigos. Y en la cruz dijo: *Perdónales, Padre, que no saben lo que hacen* ([326]). Mirad en todos los prójimos, cómo son de Dios y cómo Dios quiere su salvación, y veréis que no queráis mal a quien Dios desea bien. Acordaos cuántas veces habéis oído de mi boca que hemos de amar a nuestros enemigos; y con sosiego de corazón y sin decir mal de persona, pasad este tiempo, que presto traerá nuestro Señor otro.

Y estad sobre el aviso, que no tornéis atrás, ni en un solo punto, del bien que habíais comenzado, porque eso sería extremo mal; mas asentad en vuestro corazón que éste a quien habéis seguido es el Señor del cielo y tierra y de muerte y de vida, y que, en fin (aunque todo el mundo no quiera) ha de prevalecer su verdad, la cual trabajad por seguir; que siguiéndola, no sólo a hombres, mas ni a demonios, ni aun a ángeles, si contra nosotros fuesen, no los temáis.

Usad mucho el callar con la boca hablando con hombres, y hablad mucho en la oración en vuestro corazón con Dios, del cual nos ha de venir todo el bien; y quiere Él que venga por la oración, especialmente pensando la pasión de Jesucristo nuestro Señor. Y si algo padeciéreis de lenguas de malos (que otra cosa no hay que padezcáis), tomadlo en descuento de vuestras culpas y por merced señalada de Cristo, que os quiere limpiar con

[324] 2 Cor. 4,3.
[325] Cf. Mt. 26,49 s.
[326] Lc. 23,34.

lengua de malos, y vosotros limpios con el sufrir, vuestro bien esté cierto en el otro mundo.

Mas no quiero que os tengáis por mejores que los que véis ahora andar errados; porque no sabéis cuanto duraréis en el bien; *mas obrad vuestra salud con temor* ([327]) y en humildad; y de tal manera esperad vuestro bien en el cielo, que no juzguéis que vuestro prójimo no irá allá; y así conoced las mercedes que Dios os ha hecho como no despertéis ([328]) las faltas de vuestros prójimos; porque ya sabéis lo que acaeció entre el fariseo y el publicano, en lo cual debemos escarmentar.

No hay santidad segura sino en el *temor* santo de Dios, *en el cual envejeced* ([329]) como la Sagrada Escritura dice, para dar a entender que no sólo conviene a los principios, más aún al fin, temer a nuestro Señor Dios. Este temor no da fatiga, mas en gran manera es sabroso, y quita toda la liviandad del corazón, y hace al hombre que aun lo que bien hace no ose aprobarlo por bueno, mas deja a Dios el juicio de sí y de todos, como San Pablo decía: *Yo m me juzgo a* mí, mas *quien me juzga el Señor es* ([330]). Este temed si queréis perseverar en el bien y que vuestro edificio no se caiga, mas crezca firme hasta llegar al Altísimo Dios, lo cual se hace por el amor el cual plega a Jesucristo nuestro Señor de os dar. Amén.

[327] Fil. 2,12.
[328] Recordéis.
[329] Eccli. 2,6.
[330] I Cor. 4,3 s.

CARTA N.º 23[331]

C) «Y CASTIGO MI CUERPO».

> «Aunque ni el cilicio, ni pobre cama, y semejantes cosas. tomadas por amor de Jesucristo, nos salven, *pues sólo la cruz de Cristo salva*; mas a los menos sea imitación de aquella extrema pobreza y aspereza de Cristo crucificado.»

Muy reverendo padre y señor mío:

Recibí la carta de vuestra merced y obró en mí lo que otras suyas; conviene a saber: ha cimiento de gracias a nuestro Señor por los dones que le da, según las palabras dan testimonio de lo que está en el corazón. V también obró en mí mucha confusión de haberme llamado maestro y padre del que ya pensaría hacerme nuestro Señor merced de acertar a ser su hijo y discípulo. Y especialmente me confundió y aun penó, venir en el fin de la carta que había mu chas cosas que me escribir ([332]), y que no lo hacía por guardar el decoro de oyente y discípulo. No es cosa que se puede llevar adelante ([333]), porque no es cosa que pierda yo por querer aprovechar a vuestra merced. Y si de este arte lo he de hacer, haráme oír y callar.

No sé si el otro día le escribí se guardase de un yerro que he visto en algunas personas que se tienen por espirituales, y despreciar los corporales trabajos y aflicciones tomadas por amor del Señor. Y si lo escribí no hay nada perdido en tornarlo a decir; y si no, es necesario escribirlo.

Después que la lumbre, señor, de nuestros ojos, Jesucristo, vivió en este mundo en tantos trabajos y murió con tantos dolores, quedaron sus siervos tan hambrientos de padecer, que exceden al hambre que los hombres mundanos tienen de descansar. Y no sólo se contentan de sufrir el tra-

---

[331] «A un discípulo suyo sacerdote».

[332] Que tenía muchas cosas que escribirme Va desde el principio de la carta se ve que el destinatario es un discípulo a quien le gustaba no sólo oír al maestro sino discutir con él sus ideas. El tema que Juan de Ávila somete a su opinión en esta carta es el valor de la mortificación corporal.

[333] Que pueda seguir así.

bajo que les viene, y más el que es necesario para evitar que el hombre no caiga en algún pecado; antes buscan todas las vías que pueden para poder hallar algún trabajo y con él mostrar el amor que a Jesucristo penado tienen, como Él lo mostró para con nosotros en los trabajos que pasó.

Así como el tibio no querría trabajos, mas los que vienen súfrelos con paciencia por no ofender al Señor, así el ferviente amador de Jesucristo no querría descanso, y si alguno por fuerza ha de tomar, súfrelo con paciencia porque lo mandó Jesucristo. De manera que, así como el tibio tiene los consuelos en deseo y el trabajo en paciencia, así el verdadero cristiano tiene el trabajo en deseo y el descanso en paciencia. Esto viene del Espíritu de Cristo que obra donde perfecto está lo que en el mismo Cristo obró, que fue amor de trabajos, para más enseñar el amor. Y de aquí es que así como desconsuelan a un tibio cuando le viene el trabajo, así a un cristiano cuando le viene el descanso; porque el uno sufre el trabajo y no le ama, y el otro sufre el descanso y no le ama.

Y esto es parte de lo que nuestro Señor Jesucristo nos dijo cuando nos mandó llevar la cruz si queremos ser sus discípulos. Digo en parte, porque lo principal en que consiste la cruz es la muerte del parecer y voluntad propia y de las racionales pasiones; esto es, el hombre viejo, que ha de morir conforme al hombre viejo de Cristo que murió en la cruz. ¿Cuál es este hombre viejo? El mortal y pasible cuerpo. Muerto ha de ser en nosotros este hombre malo que he dicho.

Mas aunque éste sea el principal *llevar la cruz* ([334]), no se ha de quitar lo que es también parte, aunque sea menos principal.

Y aunque San Pablo dice: *Exercitatio corporalis ad modicum utilis est* ([335]), no quiere el siervo de Jesucristo dejar de agradarle ni aun en cosa tan mínima.

Y porque no cayésemos en este error dice en otra parte: *Castigo corpus meum, et in servitutem redigo* ([336]).

No entiendo yo esto que lo decía porque era tentado de carne (como algunos entienden el *estímulo* ([337]) de que se queja), mas quísolo por cura

[334] Cf. Lc. 9,23; 14,27.

[335] «La gimnasia (mortificación, en la traducción del santo) corporal es de poco provecho» (1 Tim. 4,8),

[336] «Castigo mi cuerpo y lo esclavizo (1 Cor. 9,27).

preservativa, y trabajaba su cuerpo por no venir a enfermar ([338]), contando los trabajos que pasaba: *Semper mortificationem Jesu Christi in corpore nostro circumferentes* ([339]); a donde llama *mortificación de Cristo,* que es la misma cruz, a los corporales trabajos. Y en otra parte dice: *Qui Christi sunt, carnem suam crucifixerunt* ([340]). Si quisiera entender solamente la crucifixión de los afectos, bastaba decir *cum vitiis et concupiscentiis* ([341]) mas diciendo *carnem,* con el mismo cuerpo lo ha ([342]).

Y esto explica él muy bien ad Corintios, 6 ([343]), adonde pone, entre las cosas en que se deben ejercitar los ministros, los corporales trabajos como ayunos y vigilias; de manera que todo el hombre ande en cruz, pues todo Cristo anduvo en ella; el alma por la compasión y memoria de Cristo crucificado, y por la mortificación del hombre viejo que es dicho; y el cuerpo también en cruz por corporales trabajos; porque así todo el hombre sea conforme ([344]) con Cristo penado, pues ha de serlo con Cristo glorioso.

Hasc dixi ([345]), para que debe cada uno medir las fuerzas que Dios le dió y emplearlas en hacer y padecer todo cuanto pudiere, no sólo mirando si es menester para otro buen fin, sino aunque no sea sino para ser conformes con Jesucristo trabajado no por necesidad, sino por amor.

Aunque ni el cilicio,
ni pobre cama,
y semejantes cosas, tomadas por amor de Jesucristo,
nos salven: *sola enim crux Christi est salvífica* ([346]);
mas a lo menos sea imitación de aquella extrema pobreza
y aspereza de Cristo crucificado,
lo cual no es de tener en poco,
si no falta el amor de Cristo:
Gloria enim magna est sequi Dominum ([347]).

---

[337] Cf. 2 Cor. 12,7.
[338] A enfermar espiritualmente.
[339] «Llevando siempre en nuestro cuerpo la mortificación de Jesús» (2 Cor. 4,10)
[340] «Los que son de Cristo han mortificado su carne» (Gal. 5,24).
[341] «Con sus vicios y concupiscencias» (Gal. 5,24).
[342] «...hace referencia al cuerpo».
[343] Cf. 2 Cor. 6,4 ss.
[344] Se identifique.
[345] «He dicho esto...».
[346] «Pues sólo la cruz de Cristo salva».
[347] «Porque gran gloria es seguir a Jesucristo».

De hoc hactenus ([348]).

Otros dos puntos tenía pensado escribir, y no hay tiempo, escribirlos he, porque no se me olviden, con condición que me escriba lo que hay que enmendar sobre aquesto.

[348] «De esto es suficiente con lo dicho».

VIII. — HACIA EL AMOR

Este último apartado *recoge lo que* podría ser *el* itinerario a *seguir* para *llegar al* amor cristiano.

Los pilares de ese *itinerario.*

Para el Maestro Juan de Avila no resulta nada complicado descubrir el camino que conduce al hombre hasta la perfección del amor. Se trata, en primer término, de descubrir cuál es la propia realidad del hombre, una realidad que se manifiesta en su pobreza. Tras este descubrimiento, abrirse a la acción de Cristo, el único que puede capacitar al hombre en su camino hacia el amor; es en definitiva la repetición del mensaje con que Jesús comenzó su predicación: «Convertíos y creed la buena noticia». No hay otro camino, saber que el hombre no puede por sí solo hacer nada pero que tenemos en Cristo al Señor. Ésta es la conversión cristiana. Y capacitados, responder amando.

Después vendrían los medios, muchos de ellos los hemos visto ya apuntados en sus cartas: Oración, sacramentos, Palabra de Dios, lectura, examen...

Las cartas que he seleccionado en este apartado nos explicitan el itinerario apuntado.

a) Ser y sentirse culpablemente pobres (Carta n.º 24, 1.ª part.).

b) Creer que sólo Cristo es Señor (Carta n.º 24, 2.ª part.).

c) La mirada puesta en el fin (Carta n.º 24, 3.ª part.).

d) Para que todo esté sazonado (Carta n.º 24, 4.ª part.).

e) Caminar ilusionado (Carta n.º 25).

f) Paso a paso: Largo y duro es el camino (Carta n.º 26).

g) El amor es don de Dios (Carta n.º 27).

VIII. — HACIA EL AMOR

CARTA N.º 24[349] (1.ª parte)

A) SER Y SENTIRSE CULPABLEMENTE POBRES.

> «Este punto es de grandísima importancia, porque es el fundamento del camino espiritual, naciendo de él verdadera humildad.»

Muy reverenda señora:

Porque la ignorancia es causa de muchos males, y muchas personas devotas dejan de aprovechar por no saber, por esta causa me pareció poner aquí, en esta carta, tres puntos que servirán de raíces para toda manera de virtud y ejercicio espiritual, y querría mucho que los considerase con mucha atención para obrarlo, porque tengo para mí, que casi la principal causa de todas las tentaciones y desconsuelos espirituales vienen de falta de ellos.

Lo primero que debe hacer quien quiere aprovecharse en las cosas de la oración y ejercicios espirituales, es que traiga consigo un desconsuelo casi perpetuo de todos cuantos pecados y ofensas ha hecho contra Dios.

Este descontento no ha de ser buscado por fuerza ni ha de pensar la persona que es aparejo para alcanzarlo afligirse con el corazón, para tenerlo; porque, así como no es buen medio para que ande un caballo darles frenadas y espantarlo, así tampoco no es medio para los ejercicios del alma afligirse por alcanzarlos, antes se sigue de semejantes medios salir el alma más seca y apartada de lo que busca.

La manera que se ha de tener para traer en el alma este descontento, no ha de ser por vía de descontento y trabajo, sino con la misma suavidad que se indigna el alma, aflígese y descontántase de lo que ha hecho cuando

[349] «A una religiosa.» Esta carta la presento dividida en cuatro partes sugeridas por su contenido. No se introduce por ello ninguna otra variación: quitando esta división y los títulos que pongo a cada parte, aparece la carta en su redacción original.

descontentó a alguno que aquí mucho amaba. Que si bien miramos en ello, si acá tenemos un grande amigo que mucho amamos y acaece, que por alguna desgracia nuestra, descontentarle en algo, después, sin más fuerza y aflicción con sólo pensar que le desagradamos, y por haber caído en aquella obra con que nuestro amigo se desagradó, 'porque la misma condición del amor trae consigo gana de agradar a su amigo y da pena y descontento con lo contrario.

De esta manera habernos de inclinar el alma a que esté descontenta por haber pecado, considerando que un grande amigo nuestro, que es Dios, se ha desagradado con nosotros; de manera que así como el viento, dando en las velas, encamina suavemente el navio a que pase su jornada por la mar, y así como el fuego, recalentando el madero verde, hace que se siga salir el humo y agua que tiene, así, entrando en la consideración de que ofendimos a nuestro gran Señor y Padre, fiel y verdadero amigo de nuestras almas, se sigue también en nosotros un gran descontento de nuestros pecados; pasando por el mar de la penitencia, nos descontentamos de nosotros, aborreciendo todas las ofensas que habernos hecho.

Éste es el dolor que tuvo aquella bienaventurada mujer, Magdalena, a los pies de Cristo, cuando oyó aquella voz soberana: *Perdonados le son sus pecados porque amó mucho* ([350]). En aquello mostró el Redentor del mundo que la causa principal de aquellas lágrimas y sentimiento que tuvo a sus pies, que fue el amor grande de su Creador. Lo mismo dió a entender David cuando dijo en aquel salmo de la penitencia: *A ti sólo, Señor, pequé* ([351]); porque, aunque su pecado fue contra Urías, el grande amor que tenía a su Creador hacía que no le doliese casi nada, mirando la ofensa del hombre, en comparación de lo que sentía mirando que había faltado en el mandamiento de su Dios, que tanto amaba.

Debe luego procurar el hombre, para la contricción y dolor de sus pecados, pensar y acordarse de nuestro Señor Dios debajo de este título que como fiel amigo, y que ha hecho muy mucho por nosotros, y que tiene en sí infinita y maravillosa hermosura, y luego consigo un descontento y gran desgano ([352]) porque a Señor tan lindo y bueno quiso con su vida ofender.

Este dolor es cosa espiritual y está colocado principalmente en la voluntad. Por cuya causa no hay hombre, por seco y duro que sea, que, si en-

---

[350] Lc. 7.47.
[351] Ps. 50,6.
[352] Desgano, desgana, congoja.

camina el alma de la manera dicha, no halle en sí sentimientos de sus pecados, que ninguna manera los quisiera haber hecho por amor de su Dios, que como a verdadero amigo ha considerado. Esta pena ha de estar fijada en el alma de quien sirve a Dios y desea ser su amigo

> que sea como llaga que muchas veces la refresca, teniendo como una lástima en sus entrañas de haber faltado en algún tiempo la fidelidad que a su Dios y Señor debía,

porque así como es cosa propia a un buen vasallo que ame mucho a su rey, si en algún tiempo le hizo traición, recibir un descontento de sí cada vez que considera su culpa, así también lo hace el fiel vasallo y servidor de Dios, que, cada vez que se acuerda de su pecado, le pesa en el alma, que no lo quisiera haber hecho por cosa del mundo.

Y no sólo nos hemos de contentar con tener plantada esta llaga en el alma para hacer sentimiento de nuestras culpas cuando de ellas nos acordáremos, pero es cosa que pertenece a la ley de buenos amigos y que en gran manera agrada a Dios, nosotros mismos traer a la memoria la falta de nuestra fidelidad y en nuestra misma villanía, pensando cuán mal lo hicimos contra Dios, tan bueno, cuando pecamos; y así en junto, mirándonos como traidores, estar con nosotros descontentos, mirando la linda hermosura de Aquel que ofendimos.

Éstos son los verdaderos penitentes de los cuales era el profeta David cuando decía: *Lavaré par cada una de las noches mi lecho y regaré mi estrado con lágrimas de mis ojos* ([353]). Y con mucha razón por cierto, pues la pérdida de una perla preciosa suele ser muy sentida, y la muerte de un agradable esposo suele muy a menudo causar pena en la esposa. Sea luego éste el manjar y salsa que se debe juntar con todo lo que hiciéremos, como primer fundamento: que traigamos un descontento por haber ofendido a nuestro Dios y Señor.

Entremos con esta cortesía en la oración, porque, como dice la Escritura, *el justo en el principio* de la oración *es acusador de sí mismo* ([354]). En la entrada del oír misa, digamos de entrada aquella santa confesión, conociéndonos por pecadores e ingratos; sentémonos en el templo como corridos y avergonzados, diciendo con el publicano: Señor, yo *no soy digno de*

[353] Ps. 6,7.
[354] Prov. 18,17.

alzar los ojos al cielo como pecador desconocido ([355]). Y finalmente, siempre que alzáremos el corazón a mirar a Dios, cáigansenos los ojos de empacho, estando lastimados y sentidos, porque dejamos de hacer lo que un tan grande amigo nuestro nos mandó. Éstos son los *bienaventurados llorosos* a quien promete Cristo *consolación* ([356]), y de éstos dice Dios por un profeta que *vive Él que en la hora que el pecador gimiere su pecado, que no se acordará más de él* para castigarlo ([357]).

Este punto es de grandísima importancia,
porque es el fundamento del camino espiritual,
naciendo de él verdadera humildad; porque quien bien siente esta llaga de haber pecado, de este sentimiento le sale tornarse verdugo de sí mismo, pretendiendo vengar en sí las ofensas que hizo a su Amado,
y así busca confusiones y deshonras, toma trabajos,
saca ánimos para toda pena deseando recompensar la desgracia que hizo al que tanto ofendió con sus pecados.

Ruegue, señora, a Dios que se lo dé a sentir, porque espero en nuestro Señor que le mostrará ([358]), alcanzando muchos mayores beneficios que yo le puedo decir.

Que créame, que todos nuestros pecados y desconciertos, nacen de falta de verdadera penitencia.

---

[355] Oculto.
[356] Cf. Mt. 5,5.
[357] Cf. *Ez.* 33.11; 18.21-22.
[358] La frase parece incompleta, podría completarse así: «...mostrará su eficacia...».

CARTA N.º 24 (2.ª parte)

B) CREER QUE SÓLO CRISTO ES SEÑOR.

> «...Dios todopoderoso... mandó a sus predicadores que declarasen al mundo que hincasen todos las rodillas a Cristo, unigénito Hijo suyo... porque *no había otro nombra por* el *cual los hombres habían* de *ser salvos* sino en e! santo nombre de Jesús.»

El segundo punto que debe mucho notar para alcanzar el camino del cielo, ha de ser tener una viva esperanza en Cristo nuestro Redentor, aprovechándose de sus merecimientos en todas sus necesidades. Esto se llama en la divina Escritura con muchos nombres, porque unas veces lo llama *fe*, otras *esperanza*, otras *sentir de Dios con bondad*, otras le llama *confianza* ([359]), y no sin causa, porque todo concurre cuando el hombre de veras atina a aprovecharse de Cristo.

> *Yo soy puerta, dice el mismo Cristo; si alguno entrare por mí, será salvo,*
> *y entrará y saldrá,*
> *y hallará pastos* ([360]).
> *Y* en otra parte dice el santo Evangelio que *toda la gente andaba por tocar a Cristo,*
> *porque salía de Él virtud*
> *y sanaba a todos* ([361]).

Así como las cosas naturales quiso hacerlas por medios y causas segundas, así también los bienes del alma darlos por medio de los merecimientos de Cristo. Y así conviene, quien quiere aprovechar en el *servicio* de *Dios y en el* aumento de las virtudes, que atine bien y sepa entrar por este medio de Cristo, para alcanzarlo. Que casi la principal causa de no

---

[359] «Fe»: Mt. 6,30. Sant. 1,6. «Esperanza»: Rom. 5,4 5; 1 Cor. 13 13 «Sentir de Dios en bondad»: Sab. 1,1. «Confianza: Hebr. 10.35.

[360] Jo. 10,19.

[361] Lc. 6.19.

aprovechar siervos de Dios, es no saber aprovecharse de este tesoro; porque los más tratan los negocios espirituales más a manera de filósofos que cristianos.

Y para más declaración de esto, será bien que notéis que en dos maneras se puede buscar una virtud para alcanzarse; el uno es puro de filósofos, y es cuando uno por muchas obras y ejercicios pretende alcanzar una cosa. Que así cuando uno no sabe tañer toca muchas veces la vihuela, para que tañendo alcance el hábito de tañer, así también para alcanzar paciencia el que no la tiene, procura de acostumbrarse a sufrir, para que, por la costumbre de sufrir injurias, venga a alcanzar la virtud de la paciencia.

Este medio ([362]) y manera tomaron los filósofos cuando plantaron sus escuelas para mostrar la virtud; y para mostrar Dios que él solo vale poco, permite Dios, como dice San Pablo, que, *diciendo que eran sabios se tornan grandes necios* ([363]), tanto que caigan en grandísimos pecados; y cuando más buscaban virtudes, tanto más caían en maldades, porque pensaban que sus fuerzas y juicios bastaban para hacerse virtuosos.

Este medio toman muchos siervos de Dios, que todo su negocio anda plantado en ejercicios y arte, ordenando trazas y maneras para mortificarse y alcanzar virtudes, pareciéndoles que toda la felicidad está allí, y así hacen gran caudal de los avisos que inventan ([364]); y si topan con algunos consejos de libros, séllanlos muy bien en su memoria, pareciéndoles que la causa de no haber aprovechado hasta allí, que ha sido no haber caído en aquellos medios. Éstos desprecian a los que no saben lo que ellos, porque como piensan que de aquellos avisos sale el aprovechamiento, paréceles que quien no los sabe o usa. que no lo alcanzará. Éstos muchas veces se tornan necios, pareciéndoles que son sabios, y cuanto más proponen y se aprovechan de sus artes, tanto más mortificados están,

y cuando piensan que están más aprovechados,
permite Dios que salgan en alguna grave caída,
para que entiendan
que quien hace la santidad son los merecimientos de Cristo
y el aprovecharse de ellos
con la fe

---

[362] Este medio de buscar virtudes.
[363] Rom. 1,9. 31 32.
[364] «Y así inventan gran cantidad de avisos», quiere decir.

y el amor,
y que los otros son robadores
que no entran honrando a Cristo,
sino a sí.

Esta causa puso el Apóstol San Pablo en el capítulo 9 de la epístola *ad Romanos* cuando quiso mostrar la razón por la que los judíos se perdieron: *Buscaban la ley de la justicia,* dice él, *y no la alcanzaron; y la causa fue que la buscaban poniendo toda su confianza en las obras* que ellos para sí hacían *y no en* los merecimientos de Cristo con *la fe* ([365]). No quiero concluir con lo dicho que tengamos en poco los ejercicios y avisos santos que ponen los doctores, porque eso sería error; sino quiero mostrar la bajeza de esta manera de alcanzar virtudes y aprovechar cuando anda a solas, para que nos guardemos de la soberbia que se mete en semejantes caminos, y nos encaminemos por ellos del arte que Dios quiere.

Hay otra manera de buscar virtudes, engrandecida y alabada por la Sagrada Escritura, y es cuando el hombre, poniendo y asentando su conciencia en los merecimientos de Cristo, cree que por Él ha de alcanzar lo que toca a su salvación, y así se enciende su amor y pide por Él al Padre mercedes y gracia y todo lo demás.

Esta manera de alcanzar virtudes y aprovechamiento ha de ser la principal del cristiano, y por ésta ha de pensar alcanzar su fin,

porque así como los reyes suelen tener privados para que, por medio de ellos, los hombres alcancen de ellos mercedes, así también nuestro Dios y Señor tiene un Privado, que es Cristo, por cuyo medio quiere que entremos a Él para alcanzar lo que deseamos.

Esto figuró Dios en aquel pregón que dio una vez Faraón que todos reconociesen al santo José por *Salvador* y que *todos le hincasen la rodilla, y así a él pidiesen el mantenimiento, porque tenía determinado que no se repartiese pan sino así* ([366]). Este Faraón representó él al Padre soberano, Dios todopoderoso, que mandó a sus predicadores que declarasen al mundo que hincasen todos las rodillas a Cristo, unigénito Hijo suyo, y creyendo que por Él se daba el perdón de los pecados y la gracia, que lo buscasen

---

[365] Cf. Rom. 9,31-32.
[366] Cf. Gen. 41,43.45.

por medio suyo, porque *no había otro nombre por el cual los hombres habían de ser salvos* sino el santo nombre de Jesús ([367]).

Esto mismo fue figurado también en aquel *propiciatorio* que estaba en el templo, donde Dios respondía a su pueblo concediéndoles sus peticiones, porque, si el Padre eterno da mercedes a los que se las piden, es porque Jesucristo padeció en la cruz y lo mereció con sus penas. Todos cuantos sacrificios se hacían en la vieja Ley para alcanzar ([368]) de pecados, dice San Pablo que *acaecían en figura* ([369]), porque aquello representaba que en la santa Iglesia que ahora tenemos, habíamos de ofrecer al Padre un sacrificio digno de alabanza, el cual era las penas y trabajos de Cristo, por el cual habíamos de conseguir misericordia y remedio de nuestras miserias.

Éste es el blanco donde ha de mirar el hombre,
entendiendo que de su parte nada vale, que los ejercicios
y artes valen poco si Dios aparta su mano,
y con ésta estar muy firme y muy confiado,
que vale tanto Jesucristo delante de su
Eterno Padre,
que cualquier pecador,
si llegare compungido y humillado
a pedir mercedes por Él,
que sin ninguna duda las alcanzará;
y así firme,
aprovéchese de este tesoro en todas las obras que hiciere,
pidiendo mercedes por Él.

Ésta es aquella fe que tuvo la Magdalena a los pies de Cristo, cuando le dijo: Vete *en paz, que tu* /a *te ha hecho salva* ([370]); porque aunque es verdad que se dolía por haber pecado, y el dolor, como arriba dije, nacía del amor, su estribar ([371]) y confianza de alcanzar perdón estaba asentado en la clemencia y valor de Jesucristo, y así, para muestra que ambas cosas se han de tener, dolor y confianza, le dijo el Redentor: *Perdonados le son*

[367] Cf. Act. 4,12.
[368] «...perdón de pecados...»
[369] 1 Cor. 10,11.
[370] Lc. 7,50.
[371] Su fundamento. Su seguridad.

sus pecados, porque amó mucho. Y luego: *Vete en paz, que tu fe te ha hecho salva* ([372]).

De aquí se podrá sacar que la confianza que aquí se pide no ha de ser seca y sin amor, porque claro está que sería poco agradecimiento entender uno que su salud y bien está por medio de algún privado de su rey, y por otra parte dar bofetadas a aquel privado; y así sería gran desatino uno confiar que por medio de Cristo ha de ser perdonado, y por otra parte quererse estar en pecado mortal.

La fe que aquí se encomienda es la que dice San Pablo, *que obra por amor* ([373]). Lo cual es cada y cuando que, considerando un hombre lo que le ganó Jesucristo, se enciende e inflama en su amor, al modo y manera que un malhechor, quitado de la horca, mirara a quien de allí le quitó; y así, agradecido y deseoso de servir a quien tan bien le hizo, levanta su confianza y la pone en los merecimientos de Cristo nuestro Redentor, pidiendo mercedes al Padre Eterno por ello. Esta fe y confianza es a la cual corresponde el dicho de Cristo; *Vete en paz, que tu fe te ha hecho salva.*

Esta segunda manera de alcanzar mercedes y el aprovechamiento es puramente de cristianos, que quiere decir seguidores de Cristo, porque profesamos que el Padre Eterno puso un Medianero entre nosotros y Él para que por su medio alcanzásemos misericordia. Esta manera no desecha la pasada de ejercicios y artes, sino lleva la delantera en el cristiano, porque tenida ésta, se sigue la otra como cosa que pertenece a lo que Dios nos manda y encomienda. Y así como un hombre se compone de alma y cuerpo, y el alma es lo principal y lo que da vida al cuerpo, así también nuestra manera de allegar virtudes y bienes espirituales ha de ser esta manera de fe y confianza, con ejercicios y artes de propia mortificación; pero la confianza será el alma y lo principal, que dará vida a todo lo demás.

Véis aquí, señora, la causa porque, venido el Espíritu Santo el día de Pentecostés, los apóstoles se daban tanto a predicar, diciendo a los hombres que el Padre Eterno había enviado a su Hijo unigénito al mundo, el cual había padecido por nuestros pecados, y que en Él habían de poner su amor y confianza, porque éste había de ser nuestro principal fundamento. Y así, después de haber asentado esto, predicaban paciencia y humildad, y que hiciesen obras de caridad, porque ni ha de ser estotro sin aquello ni

[372] Lc. 7,47.
[373] Gal. 5,6.

conviene andar tan envuelto y confiado en estas obras, que se olvide lo principal, que es confianza y amor.

Levantemos luego nuestros corazones y, como las ovejas, que van tras su pastor, miremos en el Autor de nuestra salud, que es Cristo, y así. cuando oráremos, digamos con entera confianza: «Señor de mi parte nada valgo y mi oración poco valdrá si vos no estuvieres por medio. ¡Gracias infinitas, a vos, que, porque orásteis por mí, por eso vale mi oración! En vos, Señor, confío, y por vos espero alcanzar mercedes.» Si ayunáremos, digamos lo mismo: Señor ¿qué vale mi ayuno, si vos no hubiéreis ayunado? Vuestras penas dieron algún valor a lo que hago, y en ellas espero ser salvo. Cuando diéremos limosna, acordémonos que, dan do Cristo su sangre y vida en limosna por nosotros, dio valor a la nuestra, y así como en el templo de la vieja Ley había un altar con *fuego* del cielo para quemar y sacrificar todos los sacrificios, así en nuestra alma estará otro altar de nuestro corazón, donde, con el fuego del amor y confianza en Cristo, sacrifiquemos nuestras obras.

Ésta es aquella fe de la cual dice San Pablo que *los santos vencieron los reinos por fe, y que obraron la santidad y alcanzaron las promesas, y que desquijararon los leones y mataron el ímpetu del fuego* ([374]).

De esta fe dice el Apóstol San Pedro que andando *nuestro adversario como león rabioso, cercando a quien trague, que le resistamos en la fe* ([375]).

Y de ésta dice Cristo que *lo que pidieren en su nombre al Padre, que lo alcanzarán* ([376]),
porque todo cuanto los santos hacían y nosotros debemos hacer, ha de ir fundado en esta fe viva en Cristo.

No seáis luego como los cocineros ignorantes, que los ricos manjares tornan con sus guisados desabridos por no saber; lo cual hacen muchos siervos de Dios, que, haciendo muchas buenas obras, les dan un desabri-

---

[374] Hebr. 11,33.
[375] Cf. 1 Pet. 5,8-9.
[376] Cf. Jo. 16,23.

miento con sus desesperaciones y desconfianzas que tienen, que hacen a los ricos manjares de las buenas obras desabridos y de poco valor. Dios *quiere,* dice San Pablo, *al dadivoso alegre* ([377]). Y Cristo dice que *no temamos, porque Él venció al mundo* ([378]). Y en otra parte: *No queráis temer, manada pequeña, porque plugo a nuestro Padre daros el reino* ([379]). De lo cual se concluye que, cuando con nuestras buenas obras vamos alegres, confiados, mirando lo mucho que nos ganó Cristo y así esperamos que por Él valdremos del Padre, entonces va nuestro manjar bien guisado y las obras buenas se tornan oro de veinticinco quilates en el merecimiento.

Sea luego éste el segundo punto tras el primero, que servirá de raíz verdadera de todo bien, que, sintiendo de entrañas los pecados, como dije, por haber ofendido a nuestro Amado Señor, que estemos con una viva confianza que por los merecimientos de Cristo alcanzaremos perdón de ellos y hallaremos abierta la puerta de la divina misericordia. Y así como es bien muy provechoso traer muchas veces a nuestra memoria que en algún tiempo pecamos, para cobrar una lástima y confusión por haber faltado en la fidelidad de nuestro Amado, así también traigamos a nuestra memoria lo mucho que nos alcanzó Cristo, para que alcancemos nuestra confianza, gozándonos en sus bienes y consolándonos en Él.

---

[377] 2 Cor. 9,7.
[378] Cf. Jo. 16,33.
[379] Lc. 12,32.

CARTA N.º 24[380] (3.ª parte)

C) LA MIRADA PUESTA EN EL FIN.

«El tercero punto que habéis de notar muy sentado en el alma, ha de ser el grande mandamiento del amor de Dios, el cual, aunque se pone al cabo, es el que da sabor a lo dicho.»

El tercero punto que habéis de notar muy asentado en el alma, ha de ser el grande mandamiento del amor de Dios, el cual, aunque se pone al cabo, que es el que le da sabor a lo dicho; éste consiste en un contento que queráis toda la gloria que Dios tiene consigo mismo.

Esta manera de amor no habéis de pensar que está colocada y asentada en la afección y ternura del corazón, porque de esta manera muchas personas se encontrarían impotentes para amar: que casi la principal causa para amar a Dios, es porque piensan que no hay amor si no se aficionan y tiernamente aman.

El amor de caridad, dicen los santos teólogos, que ha de nacer de la voluntad y, siendo &ello así, como las obras de la voluntad sean querer y no querer, la verdadera esencia del amor consiste en eso, y así diremos que un alma quiere a Dios cuando quiere a Dios y su gloria; y entonces no le ama cuando no le quiere. Lo otro de la afición y ternura de corazón es cosa que suele seguir a ésta cuando el cuerpo está dispuesto, porque de querer yo bien a una persona nace aficionarme a ella. Esto dijo San Pablo cuando dijo: *Todas las cosas que hiciéreis, hacedlas en gloria de Dios* ([381]); como si dijera: nazcan de este amor; porque, así como el corazón manda todas las partes del cuerpo, así el amor y querer, con que queremos sea Dios glorificado, manda que le sirvamos.

Para mayor declaración de este amor habéis de notar que una cosa puede ser amada de dos maneras: la una, con amor que llaman de concupiscencia, que es cuando

[380] La doctrina de esta parte de la carta es repetición de la expuesta por el santo en la carta n.º 19, aunque hay muchas variantes en la redacción.

[381] 1 Cor. 10,31.

se quiere por el propio provecho e interés; la otra con amor de verdadera amistad, y es cuando se quiere por el bien y gloria de la cosa amada.

Estos dos amores hallaréis bien claros con una madre que tiene algún hijo muy querido, que unas veces le ama por holgarse con él y no querría que se le quitasen delante; otras le quiere para que él valga y sea estimado en el mundo, y así, por conseguir esto, sufre que se vaya a lejas ([382]) tierras, y pasa en paciencia la pena de su ausencia por el bien de su hijo. Con estos dos amores podemos amar a Dios, porque unas veces le amamos por el premio, y otras, solamente por su gloria y honra; de arte que, si ninguna paga nos hubiese de dar, con sólo verle contento, nos tenemos nosotros por muy bien pagados.

El primer amor de éstos, si fuese solo, no bastaría para la caridad y el gran mandamiento del amor, porque claro está que, si yo no amase a Dios por otro respecto que por la paga del cielo, que querría mas el cielo que a Dios, pues por él le amaba, y así no amaría a Dios sobre todas las cosas, como me es mandado. Síguese luego que todo nuestro caudal ha de estar en amar, como fieles amigos de la gloria de Dios, que es la segunda manera de amor que se declaró; porque, estando plantado en el alma, esotra de amar por interés no traía daño, sino provecho, como hacía en David cuando decía: *Incliné mi corazón a guardar tus mandamientos por la retribución* ([383]).

Esta manera de amar es la que pide Dios en el grande mandamiento del amor, cuando dice que le amemos con todas nuestras fuerzas:

porque cuando todo nuestro contento está asentado en su divina gloria, entonces salen todas nuestras fuerzas a emplearse en el servicio del que ama, según aquello de Cristo: *El que me ama guardará mis palabras* ([384]). Y entonces nuestras fuerzas que no se emplean todas en Él cuando no buscamos su gloria y honra.

Esta gloria y honra que tiene Dios, sobre la cual se ha de asentar nuestro amor, puede ser mirada con dos respectos ([385]): el uno es cuando

[382] Lejanas.
[383] Ps. 118,112.
[384] Jo. 14,23.
[385] Bajo dos aspectos o puntos de vista.

está en el mismo ser divino colocada; porque toda la gloria esencial —¡qué maravillosa!— que tiene Dios, es su mismo ser, de arte que ser el trino en persona y uno en esencia son todos sus placeres y regocijos, que, aunque nada hubiera creado, no por eso hubiera perdido de esta infinita y admirable gloria de un solo punto. Hemos luego de pensar que Dios es sumo mar infinito de gloria en sí, y que aquellas tres personas divinas se están infinitamente amando por una manera incomprensible a nosotros, y que esto es toda su gloria, que tiene desde antes de los siglos y tendrá para siempre, sin haber aumentado ni disminuido una migaja, porque dice Él mismo: *Yo Dios, y no me mudo* ([386]).

En esta gloria y honra ha de estar principalmente vuestro amor y querer colocado, que_ no haya en el mundo placer ni contento que se iguale al que hemos de tener que Dios está como está y que le demos la norabuena de su gloria, como fieles amigos. Este gozo en la gloria de Dios es agua prometida a los trabajadores, lo cual declaró Cristo cuando dijo: *Gózate, siervo fiel, que, pues en lo poco fuiste fiel, te constituiré en lo mucho; entra en el gozo de tu Señor* ([387]). De este gozo dice el Apóstol San Pablo que *el reino de Dios no es comer ni beber, sino santidad, y gozo y paz en el Espíritu Santo* ([388]). Y en otra parte dice que el *fruto del Espíritu es caridad, y gozo y paz* ([389]).

De todo lo cual se sigue la grandeza de este amor: que así como lo esencial y subido del cielo es que los santos se gozan de que su Dios y su Amado es en sí tan lleno de gloria, siendo trino en personas y uno en esencia, así también lo más subido de la caridad que en esta vida es cuando nos gozamos de la misma gloria que Dios tiene.

De aquí vendréis a concluir ser verdad lo que dijo Cristo, que *su yugo era suave y su carga ligera* ([390]), porque, andando el hombre ocupado en este amor, es tan grande placer ver que su Amado está lleno de gloria y que nadie se la puede quitar, que de aquí le hace andar pacífico y ligero, llevando cualesquiera cargas que se le ofrecen con poca pesadumbre, por-

---

[386] Mal. 3,6.
[387] Mt. 25,21.
[388] Rom. 14,17.
[389] Gal. 5,22.
[390] Cf. Mt. 11.30.

que a quien verdaderamente ama, bastante paga es de sus trabajos ver contento a su Amado.

En este amor estaba ocupado el glorioso Agustín, cuando, preguntado por Dios qué tanto lo quería, respondió muy encendido: «Señor, ámeos tanto, que, si vos fuerais Agustín y yo fuera Dios, os tornara a vos Dios, y me volvería a mí Agustín.» A este mismo amor nos convida la santa Madre Iglesia en el invitatorio de los maitines cuando entra llamando a sus fieles: Venid alegrémonos en el Señor; regocijémonos en Dios, nuestra salud; porque el Señor Dios es grande y Rey maravilloso sobre todos los señores. Esta gloria esencial que Dios tiene ha de ser principal mente amada con la caridad.

Hay otro aspecto con que se puede mirar la gloria de Dios, y es mirando las criaturas, como Dios es glorificado, pues, según dice San Agustín, todas las cosas alaban a Dios desde lo más alto hasta lo más bajo. En el cielo sobre ([391]), los espíritus angélicos y los santos glorifican a Dios; en el mundo los justos le alaban; en el purga torio también saca Dios gloria de aquellas penas que allí reciben las almas, purgando sus pecados; de los mismos demonios dañados que están el infierno y de los pecadores que están en el mundo es tan alto y soberano este Señor, que así como un buen artífice de ruin madera saca lindas obras, y un buen cocinero de ruines manjares saca lindos guisados, así Dios saca grande gloria, de arte que, mal que les pese a los malos sabrá Dios sacar de ellos honra con que resplandezca su divina justicia.

También las criaturas todas, que Dios ha creado en todo el universo, dicen con su ser y hermosura: «Lindo es el que nos creó»; que cada una, si miráis en ello, trae su divisa en el mismo ser natural que tiene, de arte que dice con verdad David. *¿Señor, y Señor nuestro, cuán admirable es vuestro nombre en toda la tierra!* ([392]), porque en todo, como en imagen y retablo, resplandece la omnipotencia y sabiduría y bondad del que lo hizo. Esta gloria es la que saca Dios de las Escrituras ([393]).

Y ésta habéis de pensar que es también incomprensible a nosotros como la primera, porque, aunque es verdad que el Altísimo de Dios vuela sobre toda sabiduría y ninguna criatura llega a igualarse con su hermosura,

---

[391] Más arriba del firmamento.

[392] Ps. 8,2.

[393] Quiere decir que las Escrituras hablan de la grandeza de Dios manifestada en las criaturas.

este concierto Que Dios tiene ordenado en el mundo desde que le creó, quiso que saliese también maravilloso e incomprensible a nosotros, para que, admirados en entrambas glorias creamos que es mucho más lo que hay en ellas que nosotros podemos pensar.

En esta gloria habéis de asentar vuestro contentamiento y amor, holgándonos en que nuestro Dios y Señor sea tan maravilloso y admirable en sus obras, que no sólo está infinitamente lleno de placer en sí, pero que nadie basta a apartarse de su calor; pero en todo lo creado es alabado y engrandecido, aunque unos de grado, como los buenos, y otros por fuera, como los malos.

En esta gloria estaba engolfado el profeta David cuando se admiraba de la divina providencia y decía:

> *Señor, tú como atalaya desde tu alta sabiduría, me conociste y viste cuando me asiento y me levanto,*
> *entendiste mis pensamientos antes de que los tenga.*
> *Todas mis cosas, grandes y pequeñas, escudriñaste, que ni una palabra se me suelta que tú no lo sepas.*
> *Las cosas antiguas y presentes tú las sabes.*
> *Tú me formaste y pusiste tu mano poderosa sobre mi, de arte que te hallo maravilloso en las cosas que por mí pasan y véote tan alto en tu gobernación,*
> *que desfallezco y digo que no basto a alcanzarte.*
> *Si voy al cielo, te hallo estando allá dando gloria;*
> *si bajo al abismo, estás también presente; y si quiero tomar alas como de paloma y huir de tu presencia por esos montes, allí también;*
> *si lo considero, hallo que me gobierna tu providencia* ([394]),
> de arte que en todo te hallo por una alta manera.

Sacando gloria de este libro de las criaturas y cosas que pasan por el mundo, se ejercitaban muchas veces los santos, gozándose de que nuestro Dios cumpliese en ellos tantas maravillas; y no sin causa, porque créeme, que si bien lo miráis, que hallaréis un gran despertador de vuestra alegría, porque, como en ellas se descubren tantas cosas nuevas al entendimiento, gózase la voluntad al tono de la música, mirando las diferencias ([395]) que

[394] Ps. 138,1-10.
[395] Diversas alturas y tonos musicales.

hace este alto Tañedor, y hállase pronto el hombre para contentarse y dar parte a Dios de su gozo, holgándose en su gloria que en todo tiene.

Estas dos glorias que tiene Dios: esencial, en sí, y creada, en el universo, están figuradas en aquellos dos querubines que se estaban mirando dentro del templo; porque la gloria esencial que tiene Dios nos muestra la lindeza de la creada, y la hermosura que está en las criaturas nos muestra cuánto mayor y soberana será la de Aquel que las creó. Entre estos dos querubines que se miraban, estaba puesta el arca del Testamento, para representar que, mirando con el entendimiento la lindeza de las criaturas, saque de allí qué lindo será el que las hizo, y así, como fiel amigo, se huelgue de que sea tan rico y maravilloso en sí, dándole la enhorabuena de lo que tiene; y por otra parte, mirando la lindeza de este Dios, que es infinito en gloria, saque concluir qué de gloria sacará Él de todo lo que en el mundo pasa, y así también se goce y contente porque en todo, su Amado y Señor es glorificado.

Este punto del amor, como está declarado, ha de tener asentado en el alma, quien quiere perfectamente cumplir el gran mandamiento del amor; y aunque es verdad que todos los que están en gracia lo tienen por una manera habitual, que siempre que les preguntasen si querrían que Dios sea glorificado en sí y en las criaturas dirían que sí, no se ha de contentar el hombre que pretende aprovechar con sólo eso, sino procurar traer una memoria perpetua, o la más continua que pudiese, de que anda delante de Dios, y con esa atención holgarse de toda la gloria que en sí tiene y de la que le dan las criaturas; y esto por una vía de amistad, a la manera que inclina el corazón a holgarse de los bienes de un gran amigo que tiene. Esto podré hacer en todas las obras que hiciere y en cualquier lugar, porque como Dios esté en todo lo creado por esencia y presencia y potencia, si trae cuidado y reposo en lo que hace, podrá cumplir con la obra con Marta y estar con María, atento a que está Dios presente, muy gozoso de toda su gloría.

Y es bien que notéis aquí que, aunque se trata este ejercicio en nombre de gozo y contento ([396]), habéis de entender lo que arriba se dijo:

> Que todo el punto está en un querer con que queráis que Dios en si esté en gloria y que todo lo creado le glorifique,

[396] El sentido de la frase es: «Y aunque estamos hablando del amor en cuanto produce gozo y contento...».

porque, entendido esto, veréis que, aunque las tentaciones y desconsuelos interiores os podrán muchas veces quitar la alegría y regocijo para no poderos gozar en esto, no por eso os podrán quitar que vos podáis hacer una obra interior de ejercitar un querer, con que queráis todo lo dicho, lo cual basta para andar en perpetua caridad. Y mirad mucho en este punto, porque, si lo queréis encomendar bien a vuestra memoria, con él ha liaréis remedio para toda manera de sequedad.

Conocí una persona que fue tan combatida de sequedades, que en ninguna manera podía alegrarse en la gloria de Dios, tanto que le parecía todo gran frialdad cuanto decía; y en medio de esta guerra se aprovechó mucho de este remedio, para no quebrar con este amor, que andaba entre sí diciendo: «Señor, quiero que seas glorificado y que todo te alabe. Bendito seas, que estás en ti tan lleno de contento y placer, aunque yo estoy seco y descontento». Y peleando así, halló gran victoria, de arte que no había después placer que se le igualase con el que sentía con la gloria de Dios.

También debéis aquí notar lo que arriba dije, en el primer punto, que vuestra alma no había de ser forzada ni con aflicción había de tomar sus ejercicios, porque, siendo así, en lugar de hallar amor, sacará sequedad el sentido de él. ([397])

Vos, si miráis en ello, hallaréis que por la misma vía natural que la encaminamos a mirar lo verde la encaminamos a mirar lo blanco; y lo mismo pasa con el oír, que, si queremos oír una música y unas voces y un ruido, de una misma manera inclinamos el oído para lo uno que para lo otro. Sería gran disparate pensar un hombre, que es menester diferente artificio para encaminar la vista a ver un color, que es el natural que tiene para vez otro porque en los sentidos en cada uno puso Dios una manera que sirve de artificio natural para que con ellos nos ejercitemos cuando quisiéramos; y así, si uno dudase en cómo ha de mirar lo verde y de qué arte se ha de encaminar para ello, diríamosle que de la manera que se encamina a mirar lo prieto ([398]) y los otros colores, porque no tiene camino diferente para un color más que para los otros.

Lo mismo habéis entender en la voluntad: que no habéis de pensar que es menester otra manera de inclinación en la voluntad para amar a Dios que tiene para amar a un hombre; porque de una misma manera y un mismo artificio natural le puso Dios para amar todo lo que ama, y así, si

[397] Del sentimiento del amor, en vez de sacar amor, sacará sequedad.
[398] Se dice del color muy oscuro, casi negro.

vos ignoráis y no sabéis que artificio habéis de tomar para que ligeramente os inclinéis para amar a Dios, mirad con atención la manera que tenéis de guardar. Y por eso muchos, cuando quieren enamorarse de Dios, se hallan más secos, porque dejan el arte natural que Dios les dio y vanse con atención a poner fuerza en el corazón y pecho, pensando que así se ha de alcanzar, como está muy claro que no se hace así cuando queremos amar a algún amigo.

Sea luego la manera para alcanzar este amor que, así como vos, cuando tratáis algún amigo bien acondicionado ([399]), mirando sin aflición su nobleza, de allí nace un inclinaros a quererle bien que sentís vos sin esforzaros para ello: que le amáis y queréis, y le habéis cobrado una buena voluntad, de esa manera mirad que Dios es altísimo en lindeza y que no hay cosa que se iguale a su alta hermosura y perfección, y, mirando esto en la fe, queredle bien sin más fuerza de inclinar vuestra voluntad a tenerle una bienqueredla como amigo, y en esta bienquerencia entrará que sea en sí tan lleno de gloria y que todo lo creado le glorifique; y si de esto se siguiera en vos el regocijo y gozo, que es el fruto que sale de este amor, tomadlo, enhorabuena, y si no estáos con aquella bienquerencia, que está declarado, que con aquella andaréis en amor, que es lo sumo del cristiano.

[399] De buena condición.

CARTA N.º 24 (4ª parte)

D) PARA QUE TODO ESTE SAZONADO.

«... porque estando eso en el alma, luego no se jura el santo nombre de Dios en vano, y se santifican las fiestas, y todo lo demás, porque el mismo amor convida a ello.»

De esta bienquerencia sale el obedecer, como sale el hacer lo que manda mi amigo; que, si miráis con ello, no hay cosa en el mundo que así convide a hacer algo por otro que el amarle. Por cuya causa, nuestro Señor Dios, cuando comenzó a dar ley, mandó que le amásemos; porque estando eso en el alma, luego no se jura el santo nombre de Dios en vano, y se santifican las fiestas, y todo lo demás, porque el mismo amor convida a ello.

De aquí sacaréis la manera que habéis de tener en las buenas obras que hiciéreis, para ir perfectamente hechas; que así como si un grande amigo os rogase que hiciéreis algo por él, el amor os convidaría a hacerlo y, en el mismo ejercicio de la obra tendríais a vuestro amigo presente en la memoria para hacer de buena gana aquello y poner de vuestra parte todo lo que es en vos para alcanzarlo, así también, cuando saliéreis a hacer alguna obra buena, acordaos de Dios nuestro Señor, verdadero Amador vuestro, y la buena voluntad y amor que le tengáis, ello os ha de convidar a que lo hagáis de buena gana, y haciéndolo, tener a Dios presente, de arte que el amor os mueva a hacer lo que hiciéreis.

Los que viven de esta manera han encontrado la caridad cristiana, que es la suma del cristiano, porque todo cuanto hacen nace del amor;
y así no sola la voluntad está enamorada de Dios,
pero todas las potencias exteriores e interiores ([400]) obran por amor.

---

[400] Llama potencias, según la filosofía de la época, a todas las actividades tanto externas: andar, mirar, hablar..., como internas: pensar, recordar.... que son fruto de una decisión previa de la voluntad.

Estos dice Dios que *ama porque le aman* ([401]), y de estos dice Cristo que *quien le ama guardará sus palabras y que el Padre le amará y a El vendrán y tendrán en El su morada* ([402]). Todo cuanto está escrito va enderezado a este camino, porque plantado esto en el alma, están en ella todas las virtudes y los dones del Espíritu Santo y la rigen para bien obrar.

De este amor sale la caridad con el prójimo de la manera que se ha de tener, porque quien se goza y contenta de la gloria que Dios tiene en sí y en sus criaturas, de allí se les sigue gozarse cuando a los prójimos les va bien y sirven a Dios, porque con ellos se glorifica a su Amado, y, por el contrario, reciben pena cuando les ven afligidos y en pecado, porque su amado les manda que la tengan. También nace el guardar el orden de la caridad, amando de la manera que Dios quiere, a unos más y a otros menos, a unos castigando y a otros halagando; dase la limosna y quítase a su tiempo, porque en todo no se busca más de la voluntad del que amamos, que es Dios. ([403])

De esta misma fuente sale la manera que se ha de tener en amar la santa Humanidad de Cristo nuestro Redentor, porque, como nuestro amor ha de ser holgamos de la gloria que tiene Dios, de aquí ha de nacer holgamos que aquella alma santísima de Cristo esté tan llena de gloria como está, alabando y engrandeciendo a la Divinidad. Lo mismo hemos de guardar con la Santísima Virgen y con todos los ángeles y santos: que nos holguemos cuando les quisiéremos amar, porque están tan llenos de gloria, porque con ella se honra nuestro Señor Dios. De manera que hemos de pensar que tenemos un grande Amigo, que es Dios, el cual nos tiene presos los corazones en su amor; que le queremos en grandísima manera bien, y que El nos manda que tengamos otros muchos amigos, que son sus santos, entre los cuales el principal es Cristo, en cuanto hombre; y así a todos demos la enhorabuena del bien y gloria que tienen. Esta es la fiesta que quiere la Santa Iglesia que celebremos cuando celebra algún santo del cielo acá en la tierra; que refresquemos el amor, holgándonos en particular de que

---

401 Cf. Prov. 8.17.

402 Cf. Jo. 14.23.

403 Es importante no olvidar que Juan de Ávila en esta parte de la carta está mostrando como del perfecto amor a Dios salen otras virtudes, en concreto el amor al prójimo, lo cual no implica que el santo no valore otros motivos que el hombre pueda tener al amar al prójimo. El mismo santo, en otras ocasiones, mueve al amor al prójimo fundándose en estos motivos.

aquel santo, está tan lleno de gloria y que con ello se glorifica nuestro Señor.

Y así también acercaréis a adorar al Santísimo Sacramento del Altar, porque, cuando le viéreis, os habéis de gozar mucho de que debajo de aquella blancura está Cristo gozosísimo, y así, lleno de una buena voluntad, a El había de dar la enhorabuena de los bienes que tiene en cuanto Dios y en cuanto hombre, adorándole y venerándole de entrañas como a verdadero Dios.

> Este punto tercero del amor es, como dije, el que sazona y da sabor a los pasados porque quien bien ama, bien siente sus pecados y maldades, y se aprovecha de los merecimientos de Cristo, para que por ellos suba a honrar y glorificar al que tanto desea.

Sobre estos tres fundamentos habéis de asentar todo lo que hiciéreis para que vuestra casa esté bien fundada y no se caiga con el viento de las tentaciones. Habéis de sentir de entrañas el haber pecado y traer una lástima que se os pasó ([404]) ofendiendo al que amáis. Habéis de estar muy confiada que por los merecimientos de Cristo habéis de ser salva; y, estribando en ellos, pediréis lo que deseáis. Con esto tendréis lo segundo, como está declarado, que traeréis a Dios en vuestra memoria, holgándoos de toda la gloria que tiene en sí y que le dan las criaturas.

Plega a la misericordia de Dios que de tal manera obréis lo dicho, que consigáis la perfección en esta vida y después la gloria.

Soli Deo honor et gloria in saecula saeculorum ([405]). Amén.

---

[404] La vida.

[405] «A solo Dios el honor y la gloria por los siglos de los siglos» (1 Tim. 1,17).

Carta n.º 25[406]

E) CAMINAR ILUSIONADO.

> «... desenvolvamos las manos y comencemos a obrar con diligencia, porque, según está escrito, *si fueres diligente, venirte ha tu mies abundante, así como fuente*.»

Vino la carta de vuestra merced mezclada de nuevas de alegría y de pena. Lo primero, por decir que le iba mejor de las antiguas enfermedades, y lo segundo, por haberse habido tibiamente en los ejercicios de la virtud. Demos a nuestro piadoso Señor gracias por la salud; démosle quejas de nosotros por lo malo que hemos hecho.

¿Oh tibieza en el bien! Y si este nombre de tibieza fuese entendido de los que tan experimentado es, no tan de ligero nos dejaríamos vencer de él, porque temeríamos ser cautivos de un tirano tan cruel y tan cargoso; y tanto, que ninguna cosa hay que por Dios se haga ni sufra, aunque sea la misma muerte, que sea pesada si la tibieza está ausente;, y una paja hace tanto peso al tibio, que lo derriba en el suelo, y le hace dejar lo comenzado y aun arrepentirse de haberlo comenzado, y le hace entender ser amargo de sí lo que es más dulce que la miel.

El estómago de los que por el desierto venían era desabrido, que no el maná que Dios enviaba, pues *contenía en sí todo deleite* ([407]); y ellos eran tan ciegos, que no se quejaban de sí mismos ni de los malos humores que tenían, sino del manjar, que de sí era sabrosísimo; y por esto pedían otros, con los cuales pensaban ser hartos y contentos. Diéronseles y costóles la vida. Para que entendamos, si mal nos saben las cosas de Dios, que no hemos de desear las contrarias, aunque nos parezcan deleitables, porque cierto está en ellas la muerte; mas echar de nos el sinsabor que en nosotros está, y entonces con paladar sano tendremos verdadero y sabroso gusto en el manjar que Dios da a sus hijos.

Esto, señor, tenga por cierto,
si con pereza y tibieza negocia el negocio de Dios,

[406] «A un su amigo».
[407] Sab. 16.20.

que allende ([408]) de ser desleal a Señor que con tanto ardor de amor negoció nuestro negocio, tomando la cruz por nos con grande denuedo, sobrándole amor y faltándole qué padecer; mas aun vivirá una vida tan miserable, que de penada la haya de dejar.

Porque como el tibio no goza de los placeres del mundo, por haberlos dejado por un poco de buen seso, y como, por falta de diligencia, no goce de los de Dios, está como puesto entre dos contrarios, que cada uno le atormenta por su parte, padeciendo desconsuelos bravísimos, que le hacen, en fin, dejar el camino y con miserable consejo buscar *las cebollas de Egipto* ([409]) que ya dejó, porque no puede sufrir la aspereza del desierto. Ponga vuestra merced en una balanza los trabajos que se pueden pasar siendo uno diligente y viviendo en fervor y los que pasa el tibio mil tanto mayores de los del que vive en fervor. Cosa es ésta maravillosa, que halla más deleite el que sirve al Señor con diligencia en el velar y orar, ayunar y en todo lo que se ofrece de trabajo, que el tibio en regalos, y en charlas y en todo lo demás. Riéndose está el tibio por fuera y carcomiéndose de dentro, y llora el justo y alégrase en corazón.

Pues, ¿por qué por huir unos pocos de trabajos, caemos en otros mayores y queremos más morir de hambre que trabajar un poco para comer?

¿Por qué no entendemos que Dios es joya,
y que tal joya no se debe ganar bostezando y durmiendo
y mano sobre mano?

Hayamos vergüenza de tener la lengua tan larga diciendo que queremos a Dios,
y la bolsa tan cerrada,
no queriendo dar por Él un poco de diligencia.

¿Así se honra a Dios?

¿Así se estima?

Que se quede sin Bien tan valeroso quien tan poco le estima, ésa es la justicia,

[408] Además.
[409] Num. 11,5.

y así lo ha sentido el mismo Señor cuando nos manda *velar y estar aparejados, como siervos que esperan a su Señor, para abrirle cuando llamare* ([410]);
y ha dicho que *quien no toma su cruz y le sigue, no es digno de Él* ([411]).

Pues llevar su cruz no es cosa de
flojos,
sino de amadores del Señor, que en ella se puso,
e imitadores de su esfuerzo, y por eso compañeros de su victoria: que los otros hoy comienzan y mañana lo dejan, y poco a poco vienen a del todo dejar según el Señor lo ha amenazado, diciendo:

Porque eres tibio vomitarte he ([412]);
que es dejar caer al hombre en mayores y más feos pecados.

Y pues en este camino hay tantos ladrones para robarnos y matar, tantos lazos en que caer, tantos estorbos para pasar, no conviene irse durmiendo quien en tanto peligro va. Y si alguna vez hemos visto aun peligrar los que parecía que iban cuidadosos y recatados, ¿qué esperamos los descuidados, sino a cada paso caer en manos de nuestros enemigos con miserable cautividad?

Seamos, señor, diligentes, ahora sea por frialdad de temor, ahora por calor de amor, y no permitamos reinar sobre nosotros tibieza, que, como hiel, hace amargo el camino de Dios al hombre y a Dios el servicio del hombre. Miremos cuánto debemos de lo pasado, miremos cuán llagados de presente y cuán en peligro para lo porvenir. Y pónganos espanto un infierno que está debajo de nosotros y un cielo encima nos convide, y avergüéncenos que nos están mirando los ojos de nuestro Señor, para recibirnos por suyos o reprobar por extraños.

Ahora sea mirado lo que nos cumple, ahora para dar contentamiento al Señor, desenvolvamos las manos y comencemos a obrar con diligencia, porque, según dice la Escritura, *si fueres diligente, venirte ha tu mies abundante, así como fuente* ([413]). Y halláronlos sor verdad lo que Dios

---

410 Cf. Lc. 12.36.
411 Cf. Lc. 14.27.
412 Apoc. 3,16.
413 Cf. Prov. 6,11.

prometo a los suyos, quo os *una agua, que quien la bebe nunca más tiene sed* ([414]).

Y si esto aquí da, allá ¿qué dará? Si on el tiempo do la **guerra** hay tal refresco, on las fiestas de la victoria, ¿qué habrá? Hagámonos *fuerza-*, que aquel reino así se ha de buscar ([415]). Y tanto aprovecharemos en el camino de él, y en el agradamiento de Dios cuanto a nosotros mismos nos negáremos e hiciéremos fuerza a nuestras inclinaciones.

Paréceme que no se hable de estudio hasta haber a lo menos pasado un año de rozar las malas matas y raíces que en su alma hay; y si fuere poco un año, gastará más. Por eso dése prisa, pues hasta estar medianamente este negocio hecho, no se ha de entender en otro ninguno.

---

[414] Cf. Jo. 4,12.
[415] Mt. 11,12.

CARTA N.º 26[416]

F) MASO A MASO: LARGO Y DURO ES EL CAMINO.

> «Porque no es arremetida, sino la larga perseverancia que cobija al hombre hasta su fin.»

Señora: ya sabe que no ha de costar poco el cielo; ya sabe que, unos de una manera y otros de otra, no se ha de salvar nadie sin cruz. Y que no está en manos del hombre escogerla, sino que ha de tomar la que el Señor le da. Porque, si el hombre la escogiese, ni le seria provechosa ni se probaría la obediencia de la voluntad que a Dios se debe, sujetándonos a Él en lo que queremos y no queremos.

Muy mejor sabe Él lo que nos envía que nosotros lo sabemos pedir; y por esto hemos de pasar adelante, aunque sea por puertos muy agrios y agujeros muy estrechos que nos hagan sudar; y saliendo de una guerra, entrar en otra, y decir cada día: *Ahora comienzo* ([417]). Porque esta santa porfía es la que vence al demonio y agrada al Señor.

> Porque no es arremetida,
> sino la larga perseverancia que cobija al hombre hasta su fin;
> como la vestidura que hizo Jacob a su hijo José, que llegaba hasta el carcañal ([418]), cubriéndolo todo.

Adelante, señora, adelante, que *por fuego y agua hemos de pasar al descanso* ([419]). Más merece el Señor que se pase por Él. Mucho más será el descanso que el trabajo, pues será mayor en calidad y mayor en el durar. Todo lo de acá tiene fin; lo de allá no.

Los que se cansaron en el desierto y se desmayaron, por ser el camino largo y duro, y los enemigos grandes como gigantes, desagradaron al Señor y fueron por Él desechados, porque se contentaban más de haber estado en Egipto en cautiverio que de haber salido tras el Señor por camino

---

[416] «A una señora que sentía muchos impedimentos en el servicio de Dios».
[417] Ps. 76,11.
[418] Calcañar, calcañal: parte posterior de la planta del pie.
[419] Cf. Ps. 65, 12.

áspero; y perdieron sus trabajos pasados por pereza de no sufrir los presentes.

San Pablo cuenta de los trabajos de los santos patriarcas y profetas, alabando en ellos mucho la longanimidad ([420]) del corazón, que es una virtud que hace al hombre muy largo en el esperar y nunca ahitarse ([421]) de la tardanza de las promesas de Dios.

> Y por esto dijo Dios por Isaías: *el que creyere no se dé prisa* ([422]).

Lo cual, el Señor dijo porque mandando por boca del profeta la venida de su Unigénito al mundo, quizá habría algunos que pensasen que había de ser a cabo de muy pocos años; mayormente, como el Señor decía, que de ahí a poquito vendría.

> Avísales, pues,
> que no traten con él como hombres de corto corazón,
> oyendo hoy y esperándolo mañana,
> sino que sea su creer sin mucho aguijar ([423]), esperando luego lo prometido.

Baste, señora, que el camino que vuestra merced ha caminado ha sido por desierto y, como dice Jeremías, por *tierra de sed y que tiene imagen de muerte* ([424]). Y paréceme que el desierto no es acabado; más queda por andar. Y a las veces queda, al cabo de la jornada, una gran cuesta para subir a la ciudad adonde vamos; y al cabo de la copa de la purga suele estar lo que más amarga; y al cabo del cautiverio de Egipto fue la persecución mayor contra el pueblo de Dios, que nunca había sido. Y aunque por una parte dé esto desconsolación, porque parece agua caliente sobre quemadura, y viene sobre tanto cansancio, por otra es cosa que debe consolar, pues tras la cuesta está la ciudad, y acabado de beber el suelo de la purga, no hay más que beber; y tras la grande persecución de gitanos viene la liberación de la mano poderosa de Dios, y uno es víspera de otro.

---

[420] Literalmente: ánimo grande, largo; por eso grandeza y constancia de ánimo en las adversidades.

[421] Hartarse, cansarse.

[422] Is. 28, 16.

[423] Aguijonear, presionar, barrenar.

[424] Jer. 2,6.

No conviene, señora, desmayar por la grandeza de los enemigos, no por sus astucias, no por tormentos que den; que tanto será más acepta a su Señor, cuanto más fuere perseverante en mayores tormentos por Él. En cruz conviene estar hasta que demos el espíritu al Padre; y vivos, no hemos de bajar de ella, por mucho que letrados y fariseos nos digan que descendamos y que seguirá provecho de la descendida, como decían al Señor ([425]). La cruz se tomó por Él, y Él la ha ayudado a llevar hasta ahora; y si alguna vez es tan pesada que hace arrodillar, así también hizo a nuestro Señor; y no se maravillará Él que nuestra flaqueza arrodille, pues su gran fortaleza arrodilló; lo cual Él quiso hacer para que no desmayasen los flacos, cuando por el peso de los trabajos algunas veces les parece que, no pudiendo sufrir tanto, quedan atollados con tristeza y como con alguna desconfianza, y sin aquella alegría en el padecer que otras veces.

Bien sabe el Señor nuestra masa, bien sabe nuestra mancha; que en la frente la traemos escrita para con Él; no se maravilla de nuestras flaquezas, y más ama nuestra humilde confesión de nuestra falta que nuestro engreimiento con la justicia ([426]).

Padre nuestro es, guía de nuestro camino; aunque alguna vez se esconde a los caminantes, como la estrella a los Reyes, no por eso los dejó, que luego les tornó a enseñar su luz, con la cual se gozaron de gozo nuevo, como quien tenía tristeza por haberla dejado de ver.

Por estas mudanzas pasaron los siervos de Dios que ahora reinan con Él, ya con lumbre, ya a oscuras; ya con esfuerzo para vencer todo el mundo y todos los trabajos, ya con tanta flaqueza que una paja les parecía un quintal, y no podían pasar adelante, apesgados ([427]) de su propia pesadumbre y parecíales cosa recia andar en estas mudanzas; y como dice Job: *Nunca permanecer en un estado mismo* ([428]); y David dice: *Que a la tarde hay lloro y a la mañana alegría* ([429]); y otras veces hay tarde alegre y mañana triste.

Queramos o no, por esta mar hemos de navegar, que nunca está queda. Diferencia ha de haber de quien reina en la tierra firme del cielo a los que navegamos en la mudanza continua de la mar. Y debemos contentarnos con que no huyamos de la guerra, aunque algunas veces nos hieran en

---

[425] Cf. Mc. 15,32.
[426] Santidad.
[427] Del verbo apesgar, hacer peso, agobiar a uno. Apesgados = agobiados.
[428] Cf. Job 14,2.
[429] Ps. 29,6.

ella; que. en fin, *no desechará Dios a su pueblo* ([430]); como dice David; y se acordará del amor del desposorio cuando le siguió en el desierto ([431]). No tiene el Señor olvidado lo que por Él ha pasado; no la tiene olvidada en lo que ahora pasa. En tormentos está por su honra y amor; Él sacará a puerto su nao y ojeará ([432]) los cuervos que vienen a ensuciar sus sacrificios ([433]). Así trató a otros sus siervos acá, y así los libró y galardonó; y después cuentan con más alegría lo que acá más pena les dió.

Pensemos qué placer será del demonio si en sus manos nos asiese, y qué burla haría de ver que goza él de nuestros trabajos; y por otra parte pensemos qué placer daremos al Señor y a sus ángeles en ser fieles en los que nos puso, con cuánto gozo *cantaremos la misericordia del Señor para siempre* ([434]) en el cielo por habernos librado de las miserias y lazos de este suelo.

Él sea luz y esfuerzo de vuestra merced, amén, para que todo lo pueda confortada por Él.

---

[430] Ps. 50,19.
[431] Cf. Jer. 2,2.
[432] Espantará.
[433] Cf. Gen. 15,11.
[434] Cf. Ps. 88,2.

CARTA N.º 27[435]

G) AMAR ES DON DE DIOS.

> «Y por esto así tened diligencia en buscar esta merced. que vaya acompañada de entrañable sosiego, fundado en que *ninguno puede tener más de lo que nuestro Señor Is diere.*»

Esperando he estado ver alguna carta vuestra para saber de la salud de vuestra alma y para alegrarme si está cual deseo o penarme si no. Yo suplico a Aquel que por vos vivió y murió, para daros con su vida ejemplo y con su muerte fuerza, que, desde que no sé de vos, hayáis ido en crecimiento del divino amor, pues por amor fuiste creada, redimida, llamada y ganada, y que *no déis tal mancha en vuestra honra* ([436]). que, siendo amada de un tan alto Rey, dejéis vos de le responder al mismo tono, diciendo lo de la Esposa: *Mi amado a mí. y yo a Él* ([437]).

¡Oh hermana, y qué merced nos hizo Dios en darnos licencia para le amar y de convidarnos a ello, haciéndonos primero Él. guardando con nosotros la ley de verdadero amador, que es hacerse uno con lo que ama! ¿Quién hizo a Dios hombre, y, como San Pablo dice *ser hallado en hábito y manera de hombre* ([438]), sino el amor que tuvo a los hombres, para que, tomando Él nuestra pobre compañía, tomásemos nosotros la rica de Él? Hízose semejante a nosotros para hacernos semejantes a Él; desciende Él para que subamos, y murió para que vivamos, y toma nuestras cargas para que, libres y desembarazados, corramos a Él con el ímpetu del amor, estimulados con las agudas espuelas de sus beneficios.

Amad, hermana, a tan fuerte amador y porque de
vos no tenéis el amor que Él os pide,
pedídselo vos a Él,
para que tengáis que le dar;

[435] «A una devota suya».
[436] Cf. Eccl. 33.34.
[437] Cant. 2,16.
[438] Fil. 2,7.

y con obras piadosas,
y con santos trabajos,
y con ferviente oración,
no déis silencio al Señor, como dice
Isaías ([439]), hasta que envíe en vos el fuego de su amor,
con el cual dulcemente os queméis,
y sabrosamente ardáis,
y santamente viváis.

Y si no os lo da luego, no dejéis de importunarle; porque suele Él probar a sus deseosos con la dilación del deseo, para que, cuando les diere el deseo de su corazón, tanto mejor les sepa la merced, y mejor la guarden cuanto con más trabajo alcanzada y más tiempo deseada. Y también lo dilata porque quiere ser amado de verdad, y para esto es menester ser deseado de verdad y con perseverancia; porque quien se cansa de andar buscándolo, también se cansará de buscar otros trabajos que vienen con el amor. Y así conviene que en esperar sus mercedes, y en todo, andemos sujetos a su voluntad, aunque Él no ande a la nuestra; y andar contentos con la hambre, pues son llamados *bienaventurados los que han hambre y sed de la justicia* ([440]). ¿Y cuál justicia más justa que amar un alma a su Creador? ¿Y cómo dejará de dar este amor a aquel que tan justamente lo pide?

No perdáis, pues, vuestra hambre de las ansias del amor; mas pasad vuestra hambre con esperanza de la hartura, que acá o allá os veréis junta con el que desea vuestra alma, y los senos de ella tan llenos del bálsamo de la vida que aviva los celestiales y cuanto vive, que todos vuestros huesos digan: *Bendice, alma mía, al Señor* ([441]).

Y acordaos de lo que os encomendé, que vayáis paso a paso en este camino,
porque queriendo andar muy aprisa no tropecéis y caigáis.

Porque escrito está: El que es apresurado en andar tropieza ([442]).

Y también dice: Que es más segura la hacienda que se gana poco a poco que la de golpe ([443]).

---

[439] Is. 62,7.
[440] Mt. 5,6.
[441] Ps. 102.1-2.
[442] Prov. 19,2.

Y por esto, así tened diligencia en buscar esta merced, que vaya acompañada de entrañable sosiego, fundado en que *ninguno puede tener más de lo que nuestro Señor le diere* ([444]).

Y mirad mucho vuestra vida, no haya en ella algo que desagrade a los ojos de Dios y os sea estorbo para que no os dé lo que pedís. Porque quien pretende tener trato de amor con el Rey celestial, conviene que viva con mucho aviso de dentro y de fuera; porque estando en la tierra y querer comer aunque sea de las migajas de los del cielo, no se puede hacer sin grande mortificación de lo de la tierra y mucha limpieza de vida.

Sed, pues, agradecida a la merced que el Señor os ha hecho en poneros en esa poca de vida, que podáis conjeturar que estáis en su gracia; y que ya que no os acrecentase más virtud, bastaría ésta para salvaros por su misericordia y para vivir consolada, pues no es poco tener esperanza de ir al cielo, aunque sea pasando por purgatorio y aunque sea con los menores, pues allá ninguno es pequeño. Y no os digo esto para que viváis en tibieza, hartándoos con el poco amor que tenéis; mas para que se os quiten los desabrimientos y desmayos que por no alcanzar luego *todo* el amor que deseáis, podríais tener.

Pedid mucho amor, porfiad por él, y la perfección de él os ponga cuidado de trabajar; y ese poco que el Señor os ha dado, tomad en prenda de que Él os dará más. Decid con los apóstoles: *Acreciéntame*, *Señor*, ¿a fe ([445]). Pedid mucho *amor* como la Magdalena, para que vuestra esperanza sea muy firme de gozar en el *cielo del* que acá deseáis.

Él sea vuestro favor, lumbre, y amor ahora y siempre.

[443] Cf. Prov. 28,22.
[444] Cf. Lc. 17,5.
[445] Cf. Lc. 17,5.

EPÍLOGO

Cualquiera que haya terminado la lectura de estas cartas, y seguido el hilo con que las hemos engarzado, habrá entendido el porqué del título en que están arropadas: «YA HAN FLORECIDO LAS GRANADAS». Más allá de la belleza poética de la expresión, distinto de un título sonoro, está el sentido místico en él encerrado y que, de alguna forma, valdría para expresar poéticamente, tanto la vida de Juan de Ávila como el ideal cristiano que él nos empuja a buscar.

En la carta 21.ª nos ha dado el santo la clave y explicación de este sentido:

> «Y aunque tenga deseos
> y obras,
> no se contenta
> si no han florecido las granadas,
> que quiere decir si tiene deseos
> de derramar la sangre por Jesucristo,
> porque aquello es darle verdaderamente amor.
> pues ninguno lo tiene mayor que dar la vida por quien ama.

Ésta es la pauta de la vida del cristiano Juan de Ávila: Un hombre que ha aprendido a ser cristiano, contemplando —con una insistencia que puede parecer obsesiva—, a Jesucristo, la Vida de Jesucristo. Éste ha sido su libro: aunque Juan es un hombre que sabe de filosofías, que entiende de teología, no fueron éstas las que lo condujeron a este final, ni dejó que ellas le estorbaran para conseguirlo.

Esta vida, en bloque, le muestra a un Cristo que desde que nace hasta que muere, se lo pasa amando al hombre con la única forma que parece posible de amar en verdad aquí: Amar perdonando, amar enriqueciendo, amar compartiendo, amar sacrificándose, amar sufriendo, amar muriendo,

y por eso «si no han florecido las granadas» el amor no ha llegado a su perfección. Juan de Ávila no es un obseso de la cruz, de la mortificación, de la ascesis; nada de esto es valorado por Él de una forma absoluta; son sólo expresión de la imitación de Jesucristo que nos mostró su amor de esta manera; así de sencillo.

Así de sencillo y así de necesario: Tener siempre presente la vida real de Jesús de Nazaret, de este Jesús de Nazaret, que nace como nace, vive como vive y muere como muere, descubriendo en el transcurso de esta vida los valores permanentes que Él encarna.

Este tener siempre delante la vida real de Jesús, impidió a Juan de Ávila perderse en su seguimiento y lo condujo a ser una reproducción fiel del Maestro, a lo San Pablo, a lo San Francisco de Asís, y en realidad a lo «santo». Y éste es el ideal cristiano al que Juan invita a todo creyente: Seguir a Jesucristo en puridad, sin que las «interpretaciones» de su vida, tras corromper la vida real de Jesús de Nazaret, terminen por corromper lo que quiere ser su imitación.

Por eso, si el Maestro Ávila habla de pobreza y de seguir a Cristo pobre, habla de una forma tal, y vive de una forma tal. que resulta imposible confundir la pobreza con otra cosa que en nada se le parece. Y si habla de hacerse obediente —como en la carta 16.ª «con esa sabiduría que no es de carne»—. lo hace desde la interpretación de la obediencia del que «aprendió sufriendo a obedecer». Como cuando se trata del amor a los enemigos, de vencer el mal con el bien, de poner la «otra maxila» lo hace desde el sonido real de las palabras, tal como ha sido amplificado por la conducta de Jesús; lo hemos leído en la carta 22.ª: y así todo lo demás, todas las virtudes CRISTIANAS.

Y, sobre todo, y esto es lo más importante, la vida de Jesús no ha de ser imitada y reproducida por el cristiano basándose en sus fuerzas —«a la manera de un filósofo», nos ha dicho en la carta 24.ª, 2.ª parte—, el intento, además de inútil, sería decepcionante, sino fundándose en la fuerza y capacitación que transmite al creyente Cristo Jesús el Señor. Ésta es la formulación definitiva del camino a seguir por el cristiano realizada por Juan de Ávila: Tener siempre presente la vida de Cristo para imitarla desde la fuerza que Él transmite a los que en Él creen.

Esto hace que Juan de Ávila no sea un moralizador a la manera de un Sócrates, de un Kant o de cualquier «predicador» religioso, ni siquiera un moralizador cristiano, sino un evangelizador que anuncia al hombre una buena noticia: la de que Dios por Jesucristo quiere llevar al hombre a ser

imagen fiel de su Hijo, si el hombre con su libertad no se lo impide, y desde ahí, instaurar el Reino de Dios.